


Bianca™

HIJOS de la PASIÓN

# El desafío de una mujer

Lynne Graham

# EL DESAFIO DE UNA MUJER

## Graham Lynne

EL DESAFÍO DE UNA MUJER, N. º 54 - junio 2011
Título original: Flora’s Defiance

***Argumento***

*Flora Bennett estaba dispuesta a adoptar a su sobrina a pesar de que Angelo van Zaal ya daba por hecho que la custodia la tendría él. Aunque el deseo que sentía hacia ella le incomodaba, lo que verdaderamente sacaba de sus casillas a Angelo era que ella evitara la atracción sexual que existía entre los dos. Tenía que encontrar la manera de que Flora se plegara a sus deseos. Lo que no sospechaba era que fuera a quedarse embarazada.*

## Capítulo 1

ANGELO van Zaal contempló a la niña de nueve meses que le había llevado la enfermera. Tenía el pelo rubio y los ojos azules y grandes. Parecía una muñeca de porcelana. La pequeña sonrió feliz al verle y Angelo se emocionó ante aquella sonrisa. Pocos niños habrían tenido un comienzo de vida más difícil que Mariska. Milagrosamente, sólo tenía un pequeño moratón y un rasguño en la mejilla. Eran las únicas secuelas que le habían quedado del trágico accidente en el que sus padres habían perdido la vida. La silla de seguridad en la que viajaba le había salvado la vida.

–Tengo entendido que no es usted pariente directo de Mariska –dijo la doctora.

–Su padre, Willem, era mi hermanastro, pero para mí era como un verdadero hermano –replicó Angelo con el mismo aplomo del que hacía gala en el mundo de los negocios–. Considero a Mariska parte de mi familia y por eso estoy dispuesto a adoptarla.

–El asistente social que lleva su caso me dijo que usted ha estado cuidando de Mariska desde que nació.

–Hice todo lo que estuvo en mi mano por ayudar a Willem y a su esposa, Julie. Por desgracia, no fue suficiente –dijo con él con un gesto de amargura, consciente de que la doctora estaría al tanto del estado en que iban los padres de Mariska cuando tuvieron el accidente.

Y aún tenía que dar gracias de que la verdad de lo sucedido no se hubiera aireado en la prensa.

Angelo van Zaal era un hombre extraordinariamente atractivo. La forma en que le miraba la doctora daba buena prueba de ello. Poseía además una gran fortuna y gozaba de un gran respeto social por sus generosas donaciones a obras benéficas y causas solidarias. Sin embargo, el magnate del acero tenía igualmente fama de ser inflexible en el mundo de los negocios. Por otra parte, y a juzgar por lo que se publicaba en las revistas, era muy aficionado a salir con modelos internacionales de belleza deslumbrante. En el aspecto físico, había salido más a su madre española que a su padre holandés. Tenía el mismo pelo negro y el mismo tono de piel moreno que ella. Su padre era de piel más bien sonrosada, casi blanca. Angelo tenía los ojos azules con el brillo y el fuego de un zafiro. Eso, unido al color de ébano de sus largas pestañas, daba a su mirada un aire penetrante y turbador. Era muy alto, casi uno noventa, y tenía una complexión atlética y musculosa. Había llamado la atención de todo el personal femenino al llegar al hospital.

–Flora Bennett, la tía de la niña, ha estado llamando varias veces al hospital interesándose por ella. Es la hermana mayor de Julie, ¿verdad?

Angelo pareció ponerse tenso al escuchar el nombre de Flora. Le vino la imagen de una mujer con los ojos de color esmeralda, la piel increíblemente blanca, una boca rosada y carnosa y todos los encantos que desearía cualquier hombre en su sueño más erótico. Flora era una mujer bastante alta, independiente y con mucho carácter, como buena pelirroja.

Trató de alejar de sí aquellos pensamientos tan turbadores y mantener su calma habitual.

–Sólo hermanastra –respondió él, en voz baja–. Julie y Flora eran hijas del mismo padre.

Podría haber dicho muchas más cosas, pero se contuvo. No quería demostrar su hostilidad hacia la rama materna de Mariska. Pensó que eran cosas privadas que no había por qué sacar a la luz. Él había llevado a cabo algunas investigaciones sobre la vida de Julie Bennett cuando se quedó embarazada y Willem decidió casarse con ella, y sus sospechas y reservas sobre la inglesita se habían confirmado.

Estaba convencido de que su hermano Willem seguiría con vida de no haber sido por ella, y a juzgar por lo que sabía de su hermana mayor, Flora, tampoco ella le ofrecía mucha más confianza. Las indagaciones que había hecho en su día sobre Julie ponían de manifiesto un gran escándalo sucedido unos años atrás en el que Flora había sido la principal protagonista. Se había valido de todo tipo de argucias y chantajes para tratar de prosperar y enriquecerse en la empresa donde trabajaba. Era más elegante y tenía más clase y personalidad que su hermana, pero era igual de ambiciosa que ella y Angelo estaba dispuesto a mover cielo y tierra para evitar que Mariska, la hija de su hermano Willem, se criara bajo su influencia. Después de todo, la niña era la legítima heredera de la herencia de su hermano. Algún día sería una joven muy rica.

Ya que no había podido impedir que Willem se viera libre del influjo de Julie, estaba dispuesto a que Mariska llevara una vida muy diferente de la que habían llevado sus irresponsables padres.

De momento, ya le habían concedido la custodia temporal de Mariska. La doctora miró a Angelo, que había tomado a la niña en brazos.

–¿Ha pensado usted en casarse, señor Van Zaal? –le preguntó abiertamente la doctora, incapaz de aguantar la curiosidad.

Angelo la miró con sus penetrantes ojos azules muy fijamente hasta hacerla ruborizarse. Acostumbrado a ocultar sus intenciones en las reuniones de negocios, no resultaba fácil para nadie desvelar sus pensamientos.

–Es posible –respondió él–. A la vista de la situación de esta niña, creo que es algo que tendré que plantearme.

La doctora escuchó complacida aquellas palabras. Le habían dicho

que Angelo van Zaal era un hombre frío y sin sentimientos, pero la doctora, aun admitiendo que no era precisamente muy afectuoso, pensó que era un hombre responsable. Muchos otros habrían tratado de escurrir el bulto, librándose así de complicaciones familiares, pero él había procurado en todo momento ayudar a su hermano hasta que se produjo aquel trágico desenlace. La doctora valoraba todo ello muy positivamente y pensó que Angelo sería el tutor ideal que necesitaba aquella niña huérfana e indefensa.

Flora tomó un taxi al salir del aeropuerto de Schipol. El vuelo a Amsterdam había resultado bastante agradable, pero estaba algo tensa. Siempre había sido muy independiente y no le gustaba que le organizasen los viajes sin contar con ella.

Con su casi un metro ochenta de estatura, largas piernas y curvas seductoras, era una mujer espectacular que llamaba la atención. Pero nunca se había parado a pensar en ello, porque desde muy niña su madre se había encargado de hacerla sentirse como una chica grande y desgarbada, sin ningún encanto.

Tenía un pelo muy bonito de color castaño rojizo que le llegaba por los hombros, cuando se lo dejaba suelto, pero que ahora llevaba recogido sobre la nuca con una cinta negra. Sus maravillosos ojos verdes relucían como esmeraldas en aquel rostro inmaculado sin la menor mancha en la piel, aunque al conductor del taxi, al verla entrar, le parecieron algo hinchados y enrojecidos, como de haber estado llorando.

Flora hizo un gesto de desagrado al recordar que en unos minutos tendría que verse con Angelo van Zaal y darle las gracias por haberle organizado aquel viaje a Amsterdam para asistir al funeral. Le detestaba. Era prepotente y arrogante. Siempre quería tener la razón. Lo que él decía iba a misa, tanto en el entorno familiar como en el laboral y en todos los ámbitos a los que llegaba su enorme poder e influencia. A ella no le gustaba que nadie le dijera lo que tenía que hacer. Y eso que, cuando había tenido un jefe, no le había quedado más remedio. También había tenido que aprender a sonreír y llevar la corriente a los huéspedes impertinentes de su hostal. Y lo hacía con gran naturalidad sin dejar que esa impertinencia o arrogancia le afectase lo más mínimo.

Pero Angelo van Zaal era distinto, conseguía sacarla de sus casillas. Ni siquiera había tenido la cortesía de llamarla por teléfono personalmente tras la muerte de su hermana a las pocas horas de aquel trágico accidente. Había sido el abogado de la familia el encargado de comunicarle la noticia por delegación suya. Algo muy típico de él, siempre intentando llevar el control de los acontecimientos y de subrayar su autoridad, dejando así constancia clara de que ella no tenía ni voz ni voto en las decisiones de la familia.

Pero Flora, que nunca trataba de engañarse a sí misma, tenía que reconocer que su aversión hacia Angelo Van Zaal era sobre todo porque estaba enamorada de él como una colegiala. A pesar de que habían pasado ya más dieciocho meses de su primer encuentro con él, aún le ardían las mejillas recordando la impresión que le había causado.

Estaba dispuesta a no volver a mirarle, aunque sabía bien que Angelo era un hombre terriblemente atractivo y eso sería un gran reto para ella. Se revolvió inquieta en el asiento trasero del taxi. Por más que trataba de controlarse, estaba nerviosa y algo azorada con la sola idea de tener que volver a verle. Aquello no tenía ningún sentido, se dijo para sí. Después de sus últimas y desdichadas experiencias con los hombres, había perdido todo su interés por el sexo. Sin embargo, y por mucho que le pesase, tenía que reconocer que podría rendirse fácilmente a un hombre como Angelo. Aquella debilidad suya por los hombres era algo congénito, heredado de su padre que había sido muy mujeriego toda su vida. La idea de que podía caer en brazos de un hombre aunque no le gustase le produjo una gran desazón. Tenía que hacer cualquier cosa para que Angelo van a Zaal no se diera cuenta de esa debilidad que sentía por él, ni siquiera que llegara a sospecharla.

Aunque, por otra parte, Angelo no la conocía bien si se imaginaba que no le iba a hacer frente y que iba a claudicar a la primera, sin reclamar la custodia plena de su sobrina. Estaba dispuesta a luchar para conseguir llevarse a Mariska a Inglaterra y criarla y educarla como si fuera su propia hija. ¿Qué derecho tenía él para dar por sentado que era la persona más adecuada para hacerse cargo de la pequeña?

Después de todo, era propietaria de una casa muy bonita con jardín en la pequeña ciudad inglesa de Charlbury St Helens y estaba en condiciones de poder ofrecer a su sobrina todo lo que necesitaba. Tenía además un diploma de puericultura, y había convertido su casa en un pequeño hostal. Pero, si era necesario, no tenía inconveniente en dejar su negocio por unos años hasta que Mariska estuviese en edad de ir a la escuela. Tenía una cantidad importante de dinero en el banco, que nunca había querido gastar, y podía permitirse renunciar a esos ingresos extras por un tiempo. No le agradaba recordar cómo había conseguido aquel dinero y lo que había tenido que pasar para conseguirlo, pero el hecho era que aquellos ahorros constituían ahora un punto importante a su favor para sus aspiraciones de hacerse con la custodia de su sobrina.

Recordó entonces con nostalgia el estilo de vida tan diferente que había llevado años atrás en Londres, antes de establecerse en aquel pequeño pueblo en la casa de su tía abuela. Julie se había ido para siempre y ella se daba cuenta ahora del poco trato que había tenido

con su hermana desde el día aquel en que había decidido marcharse a Holanda. Sólo había visto a Willem y Julie una vez que fueron a Inglaterra a verla. Pero fue una visita relámpago. Los dos parecían llevar una vida muy activa y no quisieron quedarse mucho tiempo.

Sin embargo, hubo un tiempo en que Flora y su hermanastra Julie, cinco años menor que ella, habían estado muy unidas.

Flora había sido la hija única de un matrimonio mal avenido. Su padre había sido un mujeriego empedernido y sus escasos recuerdos de la infancia iban ligados a las continuas disputas de sus padres y a la imagen de su madre llorando en la cocina. Su madre era una mujer emocionalmente frágil que no habría dudado en abandonar a su marido infiel si hubiera tenido medios para ganarse la vida. Era algo de lo que se había lamentado repetidas veces y era la razón por la que había tratado que su hija estudiara una carrera para conseguir un trabajo digno con el que ganarse la vida y no tener así que depender nunca, como ella, de un hombre para poder vivir.

Sus padres habían acabado finalmente por divorciarse cuando ella estaba en la universidad. Ella se enteró al poco tiempo de que su padre tenía una segunda familia con la que convivía a tan sólo unas manzanas de su casa. Había estado manteniendo una relación extra matrimonial con la madre de Julie, Sarah, casi desde el principio de su matrimonio. Su padre se casó con Sarah inmediatamente después del divorcio y trató de que sus dos hijas se llevaran bien, como hermanas, y conviviesen juntas el mayor tiempo posible. Incluso después de la ruptura de ese segundo matrimonio, tras una serie de acusaciones mutuas de infidelidad, Julie y ella se mantuvieron siempre en contacto y, cuando murió Sarah, Julie se fue a vivir con Flora a su apartamento de Londres. Durante los dos años siguientes, que supusieron para Flora un periodo de gran inestabilidad emocional tanto en el terreno laboral como en su vida personal, las dos hermanas mantuvieron una relación muy estrecha y cordial.

Los ojos de Flora se llenaron de lágrimas recordando la imagen de su hermana Julie tal como la había visto por última vez. Pequeña, rubia, llena de vida y tan dicharachera… A los pocos meses de conocer a Willem, que había pasado un año sabático trabajando en Londres, Julie había decidido abandonar sus estudios e irse a vivir con el apuesto joven holandés a una casa flotante de los canales de Amsterdam. Ella no se había mostrado muy partidaria de aquella relación, pero Julie, rechazando sus consejos, se había entregado muy entusiasmada a aquel primer amor con toda la ilusión de su juventud e inexperiencia. A las pocas semanas, le contó que se había quedado embarazada, y poco después, que se había casado.

Angelo van Zaal se había hecho cargo de los gastos de la boda civil y de la pequeña celebración que tuvo lugar en Londres. Allí fue donde

Flora conoció a Angelo. Su hermana ya le había advertido cómo era y lo que se podía esperar de él, así que no se dejó impresionar por su arrogancia y sus gestos de desprecio y frialdad.

–Angelo me encuentra algo ordinaria, sin educación y demasiado descarada para ser una mujer –le había dicho Julie con desdén–. Lo que le gustaría es que me pasase el día diciéndole a todas horas: «Sí, señor, no, señor, como usted mande, señor», como hace Willem. A él le tiene acobardado porque no ha respondido a las expectativas que tenía puestas en él.

En honor a la verdad, Angelo van Zaal no había hecho el menor esfuerzo por tratar de ocultar lo mucho que le desagradaba la relación de su hermanastro con aquella mujer a la que no veía ninguna cualidad.

–Son demasiado jóvenes e inmaduros para ser padres. Su matrimonio va a ser un desastre –había vaticinado él, con gesto de desagrado, nada más concluir la ceremonia, mirando a Flora con sus ojos azules fríos como el hielo.

–Es un poco tarde ya para hacer esas consideraciones –había contestado Flora, de natural más optimista, al tiempo que contemplaba hipnotizada sus hermosos ojos azules–. Se aman y, gracias a Dios, Willem goza de una posición económica que les permitirá sobrellevar las dificultades que…

–¿De dónde has sacado esa idea? –exclamó Angelo con el rostro contraído–. Willem no podrá disponer del dinero de la herencia hasta dentro de tres años.

Flora se había sentido en aquel momento verdaderamente avergonzada. Habría deseado haberse quedado callada. ¿Qué había de malo en decir que una posición económica desahogada podría contribuir positivamente a la estabilidad de la pareja? Pero la cara de reproche de Angelo era lo suficientemente elocuente y parecía advertirle que no se metiese en lo que no le importaba, y menos aún en todo lo referente a las perspectivas de futuro de Willem.

–Comprendo que ambos tengan puestas sus esperanzas en ese dinero, dadas sus circunstancias. No olvides que están esperando su primer hijo –había dicho Flora tratando de justificar sus palabras.

–Sería una locura. No lo permitiré –había respondido Angelo como si fuera un juez dictando sentencia o como si su opinión fuera la única que contara–. Willem y su mujer tendrán que trabajar para ganarse la vida. Supongo que eso no entraba en el plan de tu hermana.

Flora tuvo que morderse la lengua para no contestarle como se merecía. Angelo había insinuado que su hermana se había casado con Willem sólo por el dinero que iba a recibir de la herencia.

–Julie está dispuesta a trabajar donde haga falta.

–Ella no tiene ninguna preparación. Sólo podría hacer trabajos de

limpieza o cosas por el estilo –afirmó Angelo secamente–. Y Willem tendrá que acabar su carrera de administración de empresas antes de poder aspirar a un puesto digno.

Al final, sucedió lo que Flora se había temido desde el principio. Julie se fue sintiendo cada vez más débil, conforme avanzaba su embarazo, y se vio obligada a dejar su trabajo. Willem, ante aquella situación, decidió abandonar sus estudios y ponerse a buscar un empleo. Flora había echado la culpa a Angelo van Zaal de todo lo ocurrido, al entender que él, como fideicomisario de la herencia, había hecho todo lo posible para que su hermano no pudiese tocar aquel dinero, a pesar de lo mucho que lo necesitaba en aquel momento. No le sorprendía que el magnate del mundo del acero hubiera antepuesto sus intereses económicos al bienestar de su familia.

El taxi llegó al hotel donde Flora iba a alojarse y se quedó esperándola en la puerta mientras ella se registraba en la recepción. Luego la llevó a donde iba a celebrarse al funeral. Durante el camino se estuvo temiendo lo peor cuando se encontrase con Angelo van Zaal.

El lugar estaba muy concurrido. La mayoría era gente joven. Pero, a pesar de la multitud, no tuvo la menor dificultad en distinguir en seguida al hombre que se dirigió a ella con paso decidido. Al verle, sintió como si un castillo de fuegos artificiales le explotase por dentro. Se puso muy digna y tiesa, y dirigió la vista a un punto imaginario eludiendo así su mirada y fingiendo como si no lo viera. Lo que no pudo evitar, sin embargo, fue el rubor que comenzó a subir por sus mejillas.

Angelo, muy educado, dijo las palabras de condolencia de rigor y la acompañó por la sala para presentarle a algunos familiares de Willem. Cuando estaba en público, adoptaba unos modales perfectos. Flora le sentía ahora tan cerca, que apenas podía respirar de la excitación que le producía. Se odiaba a sí misma por volver a sentir aquel mismo extraño desarreglo hormonal que había experimentado cuando lo conoció. Incluso le resultaba familiar el perfume de su colonia de afeitado con aroma a limón y tuvo que controlar el impulso de acercarse un poco más a él. Ningún hombre, ni siquiera aquél con el que había estado una vez a punto de casarse, le había producido nunca una impresión tan fuerte.

El sexo nunca había sido una necesidad imperiosa para ella, de hecho era aún virgen. Siempre había sido muy prudente con los hombres. Había visto demasiadas desgracias a su alrededor como para arriesgarse a tener una relación con un hombre sin las debidas garantías. Había tenido incluso una amarga experiencia de acoso sexual en el trabajo. Pero Angelo ejercía una poderosa atracción sobre ella. Angelo, un hombre al que ella despreciaba profundamente.

–¿Cómo está Mariska? –preguntó Flora en cuanto tuvo la

oportunidad de quedarse a solas con él.

–Los niños son muy fuertes, lo resisten todo. Ha estado muy sonriente esta mañana durante el desayuno –le respondió él, mirándola con sus electrizantes ojos azules, coronados por aquellas pestañas tan negras y tupidas.

–¿Fuiste a verla al hospital tan pronto? –dijo Flora sorprendida, pensando que se habría pasado por el hospital antes de ir al funeral.

Angelo la miró de arriba abajo como tratando de analizarla y ella sintió su mirada recorriendo su cuerpo como si fueran sus manos las que estuvieran reconociendo cada palmo de su piel. Comenzó a notar alarmada que sus pezones se ponían cada vez más duros y tensos, cosa que apenas podía disimular su vestido, y que un intenso rubor comenzaba a subir por sus mejillas. Decidió fijar la mirada en el nudo de su corbata de seda, para tratar de recobrar la calma.

–Mariska ya no está en el hospital –dijo Angelo–. Está bajo mi custodia desde ayer.

–Veo que te diste mucha prisa en llevártela –replicó ella con la cabeza muy alta–. ¿Quién va a cuidar ahora de ella?

–Su niñera, Anke.

–No creo que una niña que acaba de perder a sus padres se sienta a gusto en compañía de una extraña.

–Anke no es una extraña. Hace varios meses que cuida a Mariska.

–¿Willem y Julie tenían una niñera? –exclamó Flora sorprendida, ya que lo último que podía imaginarse era que su hermana Julie, que siempre había estado quejándose de los problemas económicos que tenía en su matrimonio, pudiera permitirse el lujo de tener una niñera para Mariska.

Por otra parte, Julie nunca le había hablado de Anke.

–Yo me hice cargo de los gastos –dijo Angelo, como saliendo al paso de su incredulidad, pero sin querer darle más explicaciones, pues consideraba que aquel asunto no era de su incumbencia.

–¡Un gesto muy generoso por tu parte! También has corrido con los gastos de mi viaje –replicó Flora muy seria–. Te lo agradezco, pero no era necesario, aunque tengo que reconocer que me ahorró muchas molestias. En cualquier caso, no puedo quedarme aquí en Amsterdam por mucho tiempo y me gustaría pasarlo con…

–Tu sobrina. Lo comprendo perfectamente –dijo él muy sereno–. Cuando acabe el funeral, he invitado a todos los asistentes a tomar un café en mi casa. Allí tendrás ocasión de verla.

Flora se quedó perpleja de nuevo. No esperaba que Angelo le pusiese las cosas tan fáciles para ver a Mariska. Todo parecía un camino de rosas. Quizá estuviera equivocada con él. Decidió sincerarse con Angelo. Siempre había sido partidaria de dejar las cosas claras.

–Tengo que decirte que… –comenzó diciendo ella algo vacilante– Tengo hora para mañana con un abogado y luego con un asistente social. Voy a solicitar la adopción de Mariska.

De repente, aquellos ojos tan azules parecieron convertirse por un instante en un par de bolas de hielo teñidos de añil. Pero ella se preguntó si no sería todo producto de su imaginación, porque él se mostró de nuevo muy tolerante y comprensivo.

–Lo comprendo –dijo Angelo asintiendo con la cabeza–. Estás en tu derecho.

El funeral no duró mucho. Alguien le había dicho a Flora que los holandeses tenían fama de prodigarse en elogios con los difuntos en los funerales, pero ése no fue el caso con Willem y Julie. Hubo pocas palabras pero, eso sí, muy hermosas. Ella no pudo evitar las lágrimas. Le costaba entender que dos personas tan jóvenes, con toda la vida por delante, pudiesen estar muertas. Sintió una gran soledad. Estaba sola en el mundo. Ya no le quedaba más familia que su sobrina Mariska. Su mejor amiga, Jemima, se había ido a vivir recientemente a España con su marido, dejándole un gran vacío en su vida.

Cuando el acto concluyó, todos se dirigieron a casa de Angelo. Unos tíos de Willem se ofrecieron amablemente a llevarla en su coche.

Era un edificio histórico espectacular. Una verdadera mansión. En cierta ocasión, Julie se lo había descrito a Flora con mucho entusiasmo como un palacio. La casa, que había pertenecido durante generaciones a los Van Zaal, era muy tradicional, tanto por dentro como por fuera. Techos muy altos, suelos de madera pulida, muebles antiguos muy relucientes y paredes llenas de grandes cuadros. El ama de llaves, una mujer sonriente y corpulenta, a la que Angelo se dirigió por el nombre de Teresa, sirvió el café en un salón majestuoso.

Angelo se puso a hablar de negocios con un compañero de su empresa, pero estaba más atento a Flora que a su colega. No perdió ni un detalle de cada uno de sus movimientos y cambios de expresión. Era una mujer sensible y emotiva.

«¡Cuidado!» se dijo para sí. Aquel era el tipo de mujer más peligroso, aquel del que siempre había tratado de mantenerse alejado. Había pasado más de un año desde la última vez que se habían visto. Comprobó con aprobación que ya no llevaba el pelo tan corto como entonces. No pudo resistir la tentación de imaginársela sin aquella cinta negra, con el pelo suelto… sobre una almohada.

Sintió una súbita excitación.

La contempló. Era como un rayo de sol en un día frío de invierno. Tal como había sentido la primera vez que la vio, parecía haber algo en ella que le atraía con una poderosa fuerza magnética, ante la cual su voluntad poco tenía que hacer. El autocontrol y la responsabilidad eran las cualidades más importantes para él. Se lo exigía a las

personas con las que trabajaba y a él mismo más que a nadie. Después de todo, nadie mejor que él sabía las nefastas consecuencias que podía acarrearle a un hombre entablar una relación seria con la mujer inadecuada.

Flora se paró a contemplar los magníficos retratos que había colgados en las paredes, tratando de encontrar algún parecido entre Angelo y aquel grupo de antepasados de su familia. Pero, a pesar de que todos tenían unos rasgos muy varoniles y atractivos, Angelo, con su tez morena, parecía un ángel negro y vengador al lado de aquellas caras sonrosadas y pálidas típicamente holandesas. Absorta en esos pensamientos, se volvió a ver dónde estaba y entonces se cruzó con su mirada, que estaba fijamente puesta en ella. Un intenso calor pareció incendiarla por dentro excitando todas sus terminaciones nerviosas. Apretó los labios fuertemente mientras se dirigía hacia él, tratando por el camino de reprimir sus emociones.

Al llegar a su altura, Angelo hizo un gesto con la cabeza a su ama de llaves. La mujer se acercó a ellos inmediatamente.

–Teresa te acompañará arriba para que veas a Mariska –le dijo a Flora.

Al llegar a la habitación donde estaba la niña, Teresa le presentó a Anke, la niñera, una joven morena con un pelo negro muy bonito. Pero Flora sólo tenía ojos para su sobrina. Estaba sentada en una silla para niños y jugaba muy alegre con unos muñecos que tenía alrededor. Flora se quedó sorprendida al verla. Era la viva imagen de su hermana Julie. La misma nariz respingona, los mismos hoyuelos, los mismos ojos azules y el mismo pelo rubio. Sintió una gran emoción y tuvo que contener las lágrimas. Se sentó en el suelo junto a Mariska, tratando de que ella no la viera como una extraña.

Mariska miró a su tía con sus grandes ojos azules y se echó a reír cuando Flora le hizo cosquillas en la manita. Era una niña muy alegre, cariñosa, y congenió en seguida con ella. Para Flora, aquel rato con su sobrina supuso un bálsamo de paz en aquella semana tan dura que había pasado. Cuando la niña se quedó dormida, miró su reloj y se quedó sorprendida de que hubiera pasado casi toda la tarde con ella sin apenas haberse dado cuenta.

Mientras bajaba las escaleras, vio que Angelo estaba en el vestíbulo. Su pelo negro cobraba un brillo especial bajo las luces del hall. Más que un hombre, parecía la estatua de bronce de un dios griego.

–Me estaba preguntando si podría ir mañana por la tarde a ver la casa flotante donde vivían Willem y Julie –dijo ella, acercándose a él.

–Sí. Se está procediendo ahora a limpiarla para dejarla en orden y devolverla a su propietario en las debidas condiciones –contestó Angelo–. Tal vez quieras llevarte algunas cosas de tu hermana como

recuerdo.

Flora sintió un nudo en la garganta. Julie siempre había viajado con muy poco equipaje, así que dudaba mucho que hubiera podido dejar algún recuerdo. Esbozó una sonrisa de circunstancias y se despidió.

Angelo la vio por la ventana caminando por la acera y tuvo la sensación de que no se estaba comportando como era debido. Flora estaba sola en una ciudad extraña para ella y acababa de enterrar a su hermana, pero él estaba dejando que se volviera a su hotel y se encerrase allí sola toda la noche. Apretó los puños y volvió a mirarla. Llevaba un traje oscuro, pero aun así se adivinaban buena parte de sus encantos. Sus caderas eran muy femeninas y seductoras, y su trasero se marcaba incitante bajo su ajustada falda negra. Tenía unas piernas fabulosas y unos tobillos estrechos. Se imaginó subiendo aquella falda poco a poco y sintió una fuerte excitación. Respiró profundamente tratando de recuperar el control. No podía confiar en sí mismo. Sabía que, si la invitaba a cenar, no sería luego dueño de sus actos, así que decidió no hacerlo.

Flora llegó cansada a la habitación del hotel. Apenas había dormido desde que había recibido la noticia de la tragedia. Se quitó los zapatos, se metió en la cama y se quedó dormida al instante.

El timbre del teléfono que había en la mesita junto a la cama la despertó a los pocos minutos.

–¿Hola? –respondió ella medio dormida.

–Soy Angelo –replicó él de forma innecesaria, pues ella sólo conocía a un hombre que tuviese aquella voz tan profunda y aquel acento tan rico y sugestivo como el chocolate fundido–. ¿Has cenado ya?

Flora se quedó de piedra de la sorpresa y se preguntó si le podría llegar a él el sonido de su corazón a través del teléfono.

–Pues…

–Me encantaría cenar contigo esta noche –susurró Angelo con una voz tan suave como el terciopelo.

Flora sintió un estremecimiento recorriendo todo su cuerpo de arriba abajo como si la voz de Angelo hubiera tenido la virtud de producir algún tipo de reacción en cadena en su sistema nervioso. Se sentó en la cama, sobresaltada. No podía dar crédito a sus oídos… ¡Angelo van Zaal la estaba invitando a cenar!

–Gracias, ya he cenado –mintió ella sin vacilar–. Pero te lo agradezco, ha sido un detalle muy amable por tu parte.

–No estaba tratando de ser amable –replicó Angelo ahora con una cierta aspereza.

–¡Oh!…

Flora se quedó muda, sin saber qué decir, y Angelo tuvo que

despedirse con un frío y convencional «buenas noches».

Ella no le gustaba. Flora lo sabía, o creía saberlo. No le gustaba a Angelo. Bastaba recordar la forma tan fría y despectiva con que la había mirado esa tarde. Era una prueba evidente. Aunque no acertaba a comprender qué podía haber hecho para merecer esa actitud. Pero entonces, ¿por qué demonios la había invitado a cenar tan de repente? ¿Sentiría lástima por ella? Esa sospecha la hizo sentirse realmente incómoda, el consuelo era lo último que ella hubiera buscado en un hombre.

Llamó por teléfono al servicio de habitaciones y pidió un sándwich. Mientras esperaba se dio una ducha rápida. Se comió luego el sándwich, sentada en la cama mientras leía un libro, pensando en el plantón que le había dado a Angelo. Le había dicho que no. Tenía que sentirse orgullosa, pero pensó que esa respuesta tan tajante había sido más fruto de la sorpresa y el nerviosismo que de su voluntad. Por otra parte, no hubiera tenido nada que ponerse, salvo el traje que había llevado al funeral. Para un viaje de un par de días, sólo había metido en la maleta unos pantalones vaqueros y una camiseta. Jamás se le hubiera pasado por la imaginación la idea de salir a cenar una noche con Angelo van Zaal. En su última visita a Charlbury St Helens, Julie le había enseñado una revista en la que se veía a Angelo con dos mujeres muy bellas y elegantes, vestidas a la última moda. Ése era sin duda el tipo de mujeres que iba con su estilo elegante, sofisticado y distante.

Pero, al margen de esas reflexiones, no podía dejar de preguntarse lo que habría sentido siendo el centro de atención de Angelo por un par de horas. Sintió un calor intenso y excitante entre los muslos. Trató de apartar de su mente aquellos turbadores pensamientos pero, a pesar de sus esfuerzos, tardó mucho en conciliar el sueño esa noche.

## Capítulo 2

ANGELO tuvo que asistir el día siguiente a una reunión de negocios en Rotterdam. Aunque, a juzgar por el poco interés que demostró en ella, bien podía haberse quedado en casa. Se sentía muy orgulloso de su capacidad para resolver todas las situaciones, por complicadas que fuesen, y no acababa de entender por qué Flora Bennett había rechazado su invitación para salir a cenar con él. Aquella cena habría sido una buena oportunidad para ponerle al día de algunos aspectos desagradables de la vida de su hermana Julie que ella desconocía, y que seguramente acabarían contándole los abogados y asistentes sociales a los que ella iba a ir a consultar esa misma mañana. Hubiera sido de mal gusto, por su parte, hablarle de esas cosas durante el funeral. Por desgracia, ella había rechazado su invitación de modo inesperado.

Indiferente a la tensión que su silencio y su falta de atención estaban provocando entre los asistentes a la reunión, Angelo volvió a darle vueltas en la cabeza a su conversación telefónica con Flora. Tenía que admitir que no estaba acostumbrado a recibir un no de labios de una mujer. Las mujeres con las que solía salir le decían que sí a todo, a cualquier cosa que a él se le antojase. Nunca le llevaban la contraria, y nunca había sentido la menor necesidad de salirse de lo predecible, como había tenido que hacer a raíz de la muerte de su padre, que le había pedido aceptar a la madre de Willem, una viuda volátil y caprichosa.

¿Se habría acostado Flora anoche con él? Fue una pregunta que le surgió de repente. Estaba dispuesto a admitir que había algo en ella que le atraía poderosamente. Aunque la llamada de la noche anterior no había tenido otro fin que aclarar ciertas cosas y mostrarse un poco amable con ella.

No era probable que Flora Bennett estuviera al corriente de la vida que habían llevado Willem y Julie. Ella apenas había visto a su hermana desde su boda con Willem. Él, en cambio, había tenido que intervenir en varias ocasiones para proteger a Mariska de la locura e irresponsabilidad de sus padres. Pero si quería hacerse cargo de la niña tendría que relacionarse con la familia de Julie. Aunque desconfiara de Flora, era el único miembro de la familia, por parte de madre, que le quedaba a la niña. No podía ignorarlo, como tampoco podía olvidar que Flora se había pasado casi toda la tarde entreteniendo a su sobrina y que la propia niñera se había quedado maravillada de la habilidad y paciencia que había demostrado con ella.

¿Qué valor podrían dar los jueces a ese parentesco o a ese don que Flora parecía tener con los niños? ¿Estaba él dispuesto a casarse sólo

para tener más posibilidades de conseguir la custodia de la niña? Angelo se removió inquieto en su asiento. La idea de tener que acostarse con la misma mujer durante el resto de su vida le resultaba tan atractiva como la picadura de una serpiente de cascabel. Por supuesto, podía hacer un matrimonio de conveniencia, conservando su libertad. Muchas mujeres estarían dispuestas a aceptar esas condiciones con tal de convertirse en una Van Zaal, con derecho a viajar en un jet privado, alojarse en los mejores hoteles del mundo y recibir una generosa asignación para joyas y vestidos de diseño. Angelo había aprendido desde muy joven que todo tenía un precio, que con dinero se podía comprar casi todo. Y estaba dispuesto a pagar lo que fuese necesario para tener la esposa perfecta.

Una esposa perfecta que, naturalmente, fuese rubia, bien educada, con clase y holandesa. Necesitaba una mujer sensata y responsable que aceptara sus horarios de trabajo sin quejarse y que pusiera un toque de belleza y distinción en su vida social y doméstica, al tiempo que le permitiese mantener el estilo de vida al que estaba acostumbrado. Llegó así a la conclusión de que, mientras los eternos temas de la fidelidad y del amor se mantuviesen al margen, podría pensar en la posibilidad de casarse, aunque sólo fuese por el bien de Mariska. Se había encariñado con la niña.

Volvió al mundo real, tras aquellos pragmáticos pensamientos. Miró el reloj y tomó sin vacilar una de esas decisiones relámpago que le habían hecho famoso en el mundo de los negocios. Cuando acabase aquella reunión, en la que apenas había dicho una palabra, comería alguna cosa y se reuniría luego con Flora Bennett en la casa flotante. Tenía que aclarar la situación entre ellos y dejar bien atados todos los cabos sueltos que quedaban antes de que regresara a Inglaterra. Le pareció algo razonable. No tenía nada que ver con la atracción que pudiera sentir por ella. Él era un hombre demasiado sensato como para adentrarse en un terreno tan peligroso con una mujer de una moral tan dudosa como ella.

Aproximadamente a la misma hora a la que Angelo salía de la sede central de su empresa en Rotterdam, Flora bajaba, bastante aturdida, las escaleras del edificio público donde había mantenido una reunión con el grupo de asistentes sociales encargado de Mariska.

Estaba consternada por las cosas que le habían contado. Comprendía ahora lo ajena que había estado a lo que había sucedido realmente en las vidas de Willem y Julie. En aquellas conversaciones telefónicas que había mantenido con su hermana una vez por semana, Julie había logrado convencerla de que todo le iba muy bien en el matrimonio, cuando la realidad era muy distinta. Tanto Willem como ella habían incurrido en algunos actos delictivos para satisfacer su adicción a las drogas. Además de drogadictos, se habían convertido

también en ladrones. A pesar de todos los consejos, continuaron voluntariamente su obstinado camino hacia la autodestrucción. De hecho, tanto Willem como Julie iban drogados el día que se estrellaron con el coche. Fue un capricho del destino que la niña salvase la vida.

Flora sabía ahora todos los esfuerzos que había hecho Angelo desde el principio para tratar de convencer a su hermanastro y a Julie de que se apuntasen a un programa de rehabilitación. De igual modo que había hecho todo lo posible por proteger y cuidar a Mariska.

En los últimos meses, no había dejado prácticamente nunca a la niña sola con sus padres. Se había quedado en una guardería o al cuidado de la niñera. Y cuando Willem y Julie se iban de juerga y Anke consideraba que la niña podía correr peligro con ellos, se la llevaba a casa de Angelo. Sin embargo, a pesar de todas esas precauciones, la sobrina de Flora pudo haber perdido la vida con sus padres en aquel trágico día. Julie había decidido imprudentemente sacar a su hija de la guardería a primera hora de la tarde sin avisar a nadie y se la había llevado en el coche con ellos. Fue un verdadero milagro que Mariska saliese ilesa.

Hacía mucho viento aquella tarde de finales de primavera. Flora, aún con lágrimas en los ojos, caminaba por una de las calles que bordeaba el canal. Era una calle con edificios altos y estrechos, muy bien cuidados. Se echó a un lado sobresaltada al ver pasar a un chico en bicicleta a toda prisa muy cerca de ella. Respiró profundamente para recuperarse y aprovechó entonces para consultar el mapa que había comprado al llegar a Amsterdam y poder orientarse en aquel laberinto de calles.

Le costaba pensar con claridad. Sentía un dolor muy hondo. Pero una cosa estaba clara, su hermanastra Julie estaba muerta y ya nada podía hacer por ella. Sin embargo, había una pregunta cuya respuesta que le rondaba la cabeza, ¿quién había sido la persona que se había encargado de mantenerla ajena a los problemas de su hermana y su marido, impidiéndole así haber podido ayudarles? Flora albergaba una firme sospecha sobre la identidad del responsable: Angelo van Zaal. Sólo él se habría atrevido a dejarla a ella, la única pariente directa de Julie, en la más absoluta ignorancia de la difícil situación por la que estaban atravesando.

Julie le había enviado a Inglaterra cientos de fotos de Amsterdam, así que no tuvo ninguna dificultad en reconocer la casa flotante en la que había estado viviendo su hermana. Era un pequeño barco pintado de color azul y blanco anclado en las aguas tranquilas del canal. Tenía una foto de aquella casa flotante en la sala de estar de su casa. Subió a cubierta con paso decidido y en ese mismo instante se abrió la puerta de la cabina, apareciendo, como enmarcado en ella, la figura de un

hombre alto, de pelo negro, cuyo inexcusable silencio en el último año había sido la causa de todas sus amarguras.

Por un instante, Flora se quedó como petrificada, con sus ojos verdes clavados en Angelo van a Zaal. Estaba muy elegante, demasiado quizá para un lugar como aquél. Llevaba un traje gris oscuro y una corbata de seda. El traje tenía el estilo inconfundible de una ropa de diseño hecha a la medida y contribuía a resaltar sus anchos hombros, sus estrechas caderas y sus largos y poderosos muslos. Al salir a cubierta, la brisa de la tarde agitó su espléndido pelo negro. Contempló, impactada, aquella súbita imagen llena de glamour y sintió un mareo pasajero. Angelo la miró fijamente con sus ojos azules de zafiro y ella sintió una extraña desazón debajo del vientre, al tiempo que una angustia en la garganta, como si le faltase el aire.

–¿Qué diablos estás haciendo aquí? –le preguntó ella muy enfadada.

–Me pareció el lugar y el momento oportuno para hablar contigo y aclarar las cosas de una vez entre nosotros.

–¿No te parece un poco tarde para eso? –replicó ella–. Ya no hay nada que decir, puedes ahorrarte tus palabras, no hace falta que malgastes tu valioso tiempo conmigo –dijo con ironía, pasando junto a él muy altiva y entrando en la sala.

Por dentro parecía más grande, quizá por estar ahora completamente vacía y con las paredes desnudas. Había sólo un par de sillas y un montón de cajas de cartón amontonadas en un rincón.

Angelo, no habituado a que una mujer le hiciera un desplante así, se la quedó mirando algo perplejo. Su hermosa melena pelirroja le caía como una cascada por los hombros. Llevaba una cazadora de cuero, unos pantalones vaqueros y un suéter verde, pero incluso con ese atuendo tan informal estaba increíblemente atractiva. Tenía una piel limpia y transparente como el alabastro, con un ligero tono rosado en las mejillas. Se quedó maravillado al comprobar la cantidad de sensaciones que aquella mujer era capaz de transmitirle, aun estando callada.

Flora se quitó la chaqueta, la dejó sobre una silla y se volvió hacia él con cara de indignación.

–¿Por qué no me dijiste lo que estaba pasando? –dijo con tono de reproche–. Willem y Julie eran también familia mía. Creo que, por lo menos, tenía derecho a saber que Julie estaba metida en las drogas.

–Flora, tu hermana era ya mayor de edad, tenía veintiún años. Estaba en su derecho de tomar sus propias decisiones y decidió que bajo ningún concepto se te informase de sus problemas.

–¿Qué quieres decir con eso? –exclamó ella, alzando la barbilla con gesto desafiante.

–Exactamente lo que he dicho. Yo traté de hablar con ella y sé de

buena tinta que un asistente social le aconsejó que se confiase a ti, pero tu hermana no quería que supieras que estaba enganchada a las drogas y yo no estaba en condiciones de contravenir sus deseos.

–Me parece increíble, Angelo –replicó ella cada vez más enojada, pensando que sólo estaba tratando de buscar excusas para eludir su responsabilidad–. Tú eres una persona acostumbrada a hacer siempre tu santa voluntad. No te habrías parado en ese tipo de remilgos si de verdad lo hubieras querido.

–Créeme si te digo que fue una prueba para mí conseguir mantener una mínima línea de comunicación entre ellos y yo. Detestaba el tipo de vida que llevaban Willem y tu hermana, pero por encima de todo estaba la niña –dijo Angelo con un gesto de amargura–. Si me hubiera opuesto abiertamente a los deseos de tu hermana, habría perdido la poca confianza que aún tenían en mí y Mariska habría sufrido probablemente las consecuencias.

–Así que tú estuviste todo el tiempo al tanto de la situación y a mí, sin embargo, me mantuviste en la ignorancia más absoluta de lo que estaba sucediendo con Willem y Julie hasta que fue ya demasiado tarde –dijo Flora en tono de acusación sin poder ocultar su tristeza.

–Te repito que Mariska era lo más importante para mí –replicó Angelo sin que su voz sonase a disculpa–. Hice todo lo que pude por tratar de resolver aquella situación tan difícil.

–Todo lo que pudiste, dices... No fue suficiente, ¿no te parece? –exclamó Flora a punto de estallar como una caldera en ebullición sin válvula de escape para poder dar salida a los vapores–. Si no, mira el resultado. ¡Willem y Julie muertos! Y Mariska, ¡huérfana!

Angelo se puso tenso y la miró fijamente con ojos x fríos como el hielo. A Flora le recordó aquella mirada a un lago helado que había visto en cierta ocasión en los Alpes. Se sintió frustrada al ver que nada de lo que le había dicho había conseguido cambiar su forma de ver las cosas. Parecía como si se estuviera burlando de ella.

–Willem y Julie eran una combinación fatal –afirmó Angelo–. Willem tenía un carácter débil y fue a fijarse en Julie, que era ya una drogadicta habitual antes de conocerla.

Flora esbozó una sonrisa de incredulidad al escuchar aquella acusación.

–¡Vaya! ¡Lo que faltaba! ¿Cómo te atreves a echarle la culpa a mi hermana de todo lo que pasó?

–Sólo trato de decirte la verdad. No es mi intención faltar a la memoria de tu hermana.

Los ojos de Flora cobraron una luz especial, como el de un cristal verde a la orilla del mar.

–Entonces no se te ocurra decir una palabra más contra ella.

–Yo no lancé la primera piedra –replicó Angelo muy sereno con la

mirada puesta en su fino suéter de color verde, bajo el que se adivinaban unos pechos turgentes coronados con unos pezones cada vez más erectos.

No debía llevar sujetador, pensó él, imaginándose lo excitante que sería poder subirle el suéter y tocarle los pechos. Trató de conservar la calma. Le molestaba profundamente que Flora provocase en él esas fantasías eróticas sin siquiera proponérselo.

–¡Podrías haberme dicho que Willem y Julie estaban metidos en el mundo de las drogas! –exclamó ella, en tono de reproche y con los ojos encendidos–. Bastaba que me hubieras advertido que no le dijese a nadie de dónde había sacado esa información.

–Como ya te he dicho, yo mismo fui incapaz de persuadir a Willem y a Julie para que dejaran las drogas. Ni siquiera aceptaron apuntarse a un programa de rehabilitación. Así que la única cosa que podía hacer era proteger a Mariska de las locuras de sus padres.

Flora suspiró profundamente en un intento de recobrar la calma. Se cruzó de brazos y se puso a pasear por la sala de arriba a abajo. Estaba tensa y rígida. No quería mirarlo porque sabía que, si clavaba los ojos en él, no podría ya apartarlos. Se sintió molesta consigo misma al ver que, en medio de aquella airada discusión, aún se sentía poderosamente atraída por él. Le pareció casi una indecencia. Trató de olvidarlo, se acercó a la ventana y fijó la vista en las aguas tranquilas del canal.

–No es justo que trates de echarle a Julie la culpa de todo.

–No era ésa mi intención –respondió Angelo, sin apartar la mirada de sus pantalones vaqueros perfectamente ajustados a sus piernas y a sus muslos, y tratando de adivinar, en un alarde de imaginación, las excelencias de su trasero en forma de corazón–. Pero tengo que ser sincero y no puedo mentirte. A veces las verdades resultan dolorosas.

–Lo que me duele es que te atrevas a acusar a mi hermana de ser una drogadicta habitual –dijo Flora sin mirarle a la cara para dar mayor énfasis a sus palabras y humedeciéndose el labio inferior con la lengua.

–Es la verdad –dijo él, mirando extasiado aquella punta rosada y carnosa moviéndose lentamente por el labio e imaginándose el placer que sentiría si le hiciera a él lo mismo en la parte más íntima y sensible de su cuerpo.

Flora tenía realmente una boca muy sensual. Una boca roja y apetitosa como una granada. Pero, ¿qué le estaba pasando? Aquello era ridículo. Estaba excitado como un quinceañero con una compañera del colegio a la que se le hubiese subido un poco la falda.

–¿Cómo puedes estar tan seguro de una cosa así? –le dijo ella con cara de indignación mirándole ahora fijamente a los ojos.

Unos ojos que parecían desprender llamaradas azules como las de

un quemador de gas, pues sintió un intenso calor por toda su piel y una sensación casi de dolor en los pezones, mientras notaba que empezaban a flaquearle las piernas.

–Porque contraté a un detective privado para que investigase la vida de Julie antes de que se casase con mi hermano –admitió él sin ningún pudor–. Ya cuando estudiaba en Londres, tu hermana se juntaba con gente adicta a las drogas y tomaba, con cierta regularidad, cocaína y éxtasis. Ni siquiera dejó su adicción cuando se quedó embarazada y vino a Amsterdam. Al poco tiempo, mi hermano se enganchó también a las drogas y los dos comenzaron a experimentar con la heroína.

Flora, con los ojos abiertos como platos, miró a Angelo con cara de incredulidad.

–¿Estuviste investigando a Julie? Tiene que haber habido un error.

–No ha habido ningún error –dijo Angelo en tono comprensivo, viendo la palidez de su cara, que contrastaba con el brillo de su pelo cobrizo y de sus rutilantes ojos verdes–. El informe fue realizado por una empresa de máximo prestigio y aporta todo tipo de detalles. No admite dudas –añadió él, maravillado de que la angustia que veía en su rostro no mermase para nada su encanto y atractivo–. Me temo que, incluso de adolescente, tu hermana fuese ya consumidora habitual de sustancias estimulantes y alucinógenas.

–No es posible. Cuando Julie estaba estudiando, vivía conmigo –dijo Flora con la voz paulatinamente más apagada, como si, a pesar suyo, fuese poco a poco llegando a la desagradable conclusión de que Angelo decía la verdad.

Miró hacia atrás en el tiempo y sintió una sensación de vacío en la boca del estómago.

Por desgracia, Julie se había mudado a su casa para comenzar sus estudios en la universidad, cuando ella atravesaba uno de los peores momentos de su vida. Tenía que pasar muchas horas en el trabajo y había sido víctima de un acoso sexual por parte de su jefe. Por si fuera poco, tenía por aquella época un novio muy exigente que no la dejaba ni respirar. No era de extrañar que, en esas condiciones, no hubiera podido dedicar a su hermanastra el tiempo y la atención que hubiera deseado. Aun así, recordaba con agrado los buenos ratos que habían pasado juntas sin que hubiera visto en ningún momento el menor comportamiento extraño que le hiciera sospechar que podía tener un problema serio. Era cierto que a Julie le gustaba divertirse y que salía mucho con sus amigos, pero eso lo hacía la mayoría de los chicos y chicas de su edad. Recordó lo tarde que Julie solía volver a casa por la noche. Ella tenía que levantarse muy temprano por la mañana para ir a trabajar y solía estar ya dormida cuando ella llegaba. Era normal verla tumbada en la cama todo el día los fines de semana. Pero, de

nuevo, no había nada extraño en ello, muchos otros estudiantes hacían lo mismo.

–Me cuesta mucho creer que Julie tomase drogas en aquel tiempo –dijo Flora muy espontánea, a punto de echarse a llorar.

Angelo, que tenía una conciencia tan sólida como el acero que fabricaba en sus empresas, vio aquel brillo húmedo en sus hermosos ojos verdes y se acercó instintivamente a ella casi sin darse cuenta. Pero, cuando estuvo a sólo unos centímetros, se quedó quieto sin saber qué hacer. Era una conducta poco usual en un hombre como él, acostumbrado a tomar decisiones rápidas y a llevar la iniciativa con una mujer que le gustase, por mucho que ella se mostrase reticente en un principio. Se quedó mirando sus mejillas, ahora ya bañadas en lágrimas, y se limitó a hacer algo que en otras circunstancias le hubiera parecido impropio y caso ridículo en él. Le tomó las manos y las apretó entre las suyas con afecto.

–No llores –le dijo con un hilo de emoción–. Tú no tienes la culpa de los errores de tu hermana. Muchos profesionales con gran experiencia no fueron capaces de ayudar a Willem y Julie. A veces, por mucho que uno lo desee, no puede cambiar las cosas. No tienes por qué sentirte culpable de nada.

Flora agradeció su sinceridad y sus palabras de consuelo, y acabó aceptando que todo lo que Angelo le había dicho era verdad. Sin embargo, no pudo evitar un sentimiento de culpa. Era como un cuchillo que tuviese clavado en el corazón. Le había fallado a su hermana cuando más la había necesitado. Debería haberse dado cuenta de los problemas que tenía y haber estado más pendiente de ella. No debería haber aceptado tan fácilmente sus excusas y sus mentiras. Ya había sospechado que podía estar ocultando algo, pero había preferido ser condescendiente con su hermana para intentar llevarse bien con ella. Había tenido miedo de que la viera como una madre autoritaria más que como a una hermana. Quizá eso contribuyó a que Julie se hubiera sentido más libre para dar aquellos primeros pasos fatídicos que la habían convertido en una drogadicta y la habían destruido.

–¡Julie tuvo una infancia muy desgraciada! –exclamó Flora tartamudeando, incapaz de acallar las palabras que acudían a sus labios en defensa de su hermana y tratando de borrar la mala opinión que él se había forjado de ella–. Cuando veía a mi padre paseando por la ciudad con mi madre y conmigo, hacía como si no le conociese, a pesar de que también era su padre. Mi padre mantuvo siempre en secreto su relación con Sarah, la madre de Julie, y a consecuencia de ello, mi hermana se acostumbró desde pequeña a convivir con la mentira. Esas cosas dejan huella y, sin duda, a ella se la dejó. Quería siempre hacerse notar y llamar la atención. Estaba falta de cariño.

–No es culpa tuya. Tú no eras su madre. No eras responsable de ella. ¿Qué podías haber hecho? –dijo Angelo con dulzura, mirando sus ojos verdes brillantes de lágrimas.

Flora sintió a Angelo tan cerca de ella, que pudo percibir su aroma, una mezcla embriagadora de su loción de afeitado con esencia de limón y de su propio olor corporal masculino. Sintió un estremecimiento por su cuerpo. Una voz interior le aconsejó precaución. Intentó dar un paso atrás, pero sus pies no le respondieron, parecía como si estuviesen clavados en el suelo. No podía apartar la mirada de él. Era como si quisiese aprenderse de memoria sus facciones, sus pómulos prominentes de patricio romano, su rotunda mandíbula y su arrogante nariz de héroe griego. Lo miraba con la misma fascinación con que un naufrago observa un trozo de tierra firme en medio de un violenta tormenta en el mar.

Él inclinó entonces la cabeza hacia ella y la besó. Ella sintió aquel beso como si lo hubiese estado esperando toda la vida. Todo su cuerpo se estremeció de placer como si algo muy grande dentro de ella estuviese a punto de explotar. Puso las manos sobre sus hombros y se apretó a su cuerpo con fuerza. No podía ser él, pensó ella, sin poder salir de su asombro. No era posible que aquel hombre que estaba haciendo latir su corazón de forma tan acelerada, como si se precipitase por la pendiente de una montaña rusa, fuera Angelo van Zaal. Toda la soledad y el dolor que había estado sintiendo desde su llegada a Amsterdam parecieron esfumarse como por arte de magia.

Después de aquel beso, vino otro y ella tuvo que aferrarse a su chaqueta con todas sus fuerzas para mantenerse en pie. Sintió el contacto de su cuerpo grande y musculoso y luego la presión de sus muslos sobre los suyos y en seguida su erección dura y poderosa, como resultado de aquel contacto tan provocador. Algo que, de haber venido de otro hombre le habría repugnado, consiguió sin embargo excitarla. Se sintió dichosa además de comprobar que era capaz de producir en él una respuesta tan inmediata y viril. Empezó a sentir un cierto mareo y un calor muy intenso por dentro como el que se siente cuando se toma una copa de brandy en una noche fría de invierno. Un calor que corrió por sus venas y bajó por su vientre hasta el punto más íntimo de su feminidad. Sintió la necesidad de recuperar el aliento por unos segundos.

–¿No estás incómoda con tanta ropa? –le dijo él con ironía.

Flora lo miró a los ojos complacida de descubrir, por el deseo que veía en su mirada, que no era tan frío y distante como siempre había creído. Eso excitó su imaginación, era como si poseyera una llave que pudiera abrir una puerta hacia lo desconocido. Angelo era un hombre muy atractivo, increíblemente atractivo, pero hasta ese momento había sido un libro cerrado y prohibido para ella. Cuando vio a Angelo

mirarla como si ella fuera la mujer más deseable de la tierra, sintió recobrar en un segundo la autoestima que había tenido tanto tiempo por los suelos desde que la dejó el hombre al que amaba.

Deslizó las manos desde los hombros hasta su pecho, recreándose en la dureza de aquel torso tan liso y musculoso. Él gimió ante sus caricias y la besó de nuevo. Luego metió una mano por debajo de su suéter. Efectivamente, no llevaba sujetador. Acarició uno de sus pechos y luego frotó el pezón con los dedos. Ella comenzó a jadear ante la presión de sus labios y de su lengua buceando cada vez para profundamente dentro de su boca. El efecto combinado de aquellos besos tan sensuales con las caricias de sus dedos frotando sin cesar sus pezones, cada vez más duros y erectos, era más de lo que ella podía soportar. Medio temblando, se agarró a él para no caerse, sintiendo que le fallaban las piernas.

–Ven aquí –dijo Angelo, tomándola en brazos y besándola con pasión…

## Capítulo 3

INSTANTES después, Flora se hallaba tumbada en la cama de una especie de camarote muy estrecho. No llevaba puesto el suéter y, avergonzada de verse allí con los pechos desnudos, se incorporó, apoyándose en los codos, dispuesta a poner fin a todo aquello, pero se detuvo al contemplar a Angelo.

Él se había quitado también la chaqueta y la corbata, y tenía la camisa abierta mostrando su espléndido pecho bronceado y sus abdominales lisos y duros. Era una imagen digna de las páginas centrales de una revista para mujeres. Flora creyó sentir que le faltaba el oxígeno en los pulmones.

–¿Cómo ha pasado? No deberíamos estar haciendo esto… –consiguió decir ella, casi sin aliento, pensando de repente en la hermana que había perdido, pero tratando en seguida de olvidar tan amargo recuerdo y refugiarse mentalmente de nuevo en el gozoso presente.

–¡Dios mío…! No me pidas que pare ahora –le dijo Angelo impaciente, con la mirada ardiendo de deseo–. Nunca he deseado a una mujer tanto como te deseo a ti en este momento.

Flora sintió un intenso rubor al oír esas palabras. Se encogió de hombros y cruzó las manos sobre su pecho, avergonzada de su desnudez, mientras trataba de asimilar el alcance de lo que lo que Angelo acababa de decirle. Se sintió halagada de sentirse objeto de su deseo y miró complacida cómo se desabrochaba a toda prisa los pantalones sin quitar la mirada de ella. Era como un bálsamo que viniese a aliviar el dolor que sentía por la muerte de su hermana.

–¡Eres tan hermosa…! –susurró Angelo con una voz grave y profunda que tuvo la virtud de alejar sus tristes pensamientos–. ¡Llevo tanto tiempo deseándote…!

–Pues lo has disimulado muy bien –afirmó ella con ironía.

–Puede que tengas razón, pero… ya no podía ocultarlo por más tiempo –dijo él quitándose apresuradamente los pantalones.

Llevaba unos calzoncillos de seda que, más que tapar, enseñaban generosamente sus atributos masculinos. Angelo ofrecía en aquel momento una visión casi mágica para una mujer que, como ella, seguía siendo virgen. Y lo era no por ningún tipo de convicción moral o religiosa, sino por su falta de experiencia. No había vuelto a salir con ningún hombre desde que tres años atrás había roto su relación con el único hombre al que había amado.

–Yo no soy hermosa –le dijo ella casi desafiante.

Flora no estaba dispuesta a volver a confiar en ningún hombre.

Angelo sonrió y su rostro moreno se iluminó con una luz y un brillo inusitados que hizo latir el corazón de Flora a toda velocidad.

–Yo no opino lo mismo y mi opinión es la que cuenta.

Flora se sintió como flotando en una nube al verle acercarse a la cama, pero trató de disimular.

–Para ser mujer, soy demasiado alta –dijo, encogiéndose de hombros con indiferencia.

–Yo también soy muy alto. Eres la mujer perfecta para mí –replicó él echándose junto a ella en aquella cama que realmente no era más que un simple colchón.

A los hombres no solía gustarles la forma tan directa de hablar de Flora, pero para Angelo parecía ser todo un desafío. Le tomó las manos entre las suyas para que no pudiera taparse los pechos con ellas.

Permanecieron en silencio por unos instantes mientras él le acariciaba las muñecas con los dedos pero con la atención puesta en aquellas crestas rosadas y puntiagudas de sus pezones.

–Tienes unos pechos muy bonitos –dijo él, mirándola fijamente con sus ojos azules cuyo color realzaban sus impresionantes pestañas negras.

Flora se sintió avergonzada. No se sentía cómoda tumbada allí, medio desnuda, a plena luz del día. Cerró los ojos y se preguntó qué locura se habría adueñado de ella, pero no tuvo tiempo de hallar la respuesta, porque él la besó de nuevo, y la supuesta locura se tornó en deseo, disipando en un instante todas sus dudas e inhibiciones. Nada encontraba en aquel momento tan necesario y deseable como sus besos. Sintió la lengua de Angelo dentro de su boca quemándola por dentro como un fuego. Nunca había imaginado que pudiera haber tanto placer en un simple beso.

Hundió las manos con desesperación entre su pelo cuando él comenzó a besarla y a darle pequeños mordiscos en el cuello. Luego, él bajó hasta sus pechos y los lamió repetidas veces con la punta de la lengua, pellizcando luego delicadamente los pezones con los dientes hasta hacerla gemir de placer. Después deslizó la punta de los dedos entre sus muslos y ella se retorció de gozo al sentir sus caricias en la parte más sensible de su cuerpo. Instantes después, él le bajó la cremallera de los pantalones vaqueros y se los quitó.

–Esto es una locura –murmuró ella con la voz entrecortada.

–No, cariño, esto es maravilloso –dijo él, besándola de nuevo.

Ella sintió sus labios sellando los suyos y tuvo la sensación de que nada tenía importancia fuera de aquel lugar en que se hallaban. Especialmente, cuando él le bajó las bragas y comenzó a frotar su clítoris con las yemas de los dedos. Ella lanzó un grito sin querer, al sentir sus caricias en aquella parte tan íntima y cada vez más húmeda, donde parecían concentrarse todas las terminaciones nerviosas más sensibles de su cuerpo. Sintió unas oleadas de placer como nunca

había experimentado antes.

Entonces Angelo consideró que ya estaba preparada, que era el momento adecuado. Ella lo miró con cierta inquietud cuando empezó a sentirle entrando lentamente dentro de su cuerpo. Parecía como si estuviese probando la posibilidad de que su miembro, grueso y largo, pudiera penetrar en aquel estrecho y cálido canal.

El gemido de placer de Angelo apagó el pequeño grito de dolor que salió de ella al sentir el vigor de su empuje abriéndose paso por dentro de ella hasta penetrarla por completo.

–Eres increíblemente estrecha –exclamó él, agarrándola por las caderas y comenzando a moverse rítmicamente al compás de una imaginaria danza de erotismo y sensualidad.

Ella arqueó instintivamente la espalda sobre el colchón para amoldarse mejor a su cuerpo que seguía moviéndose con un ritmo cada vez más frenético. Tuvo, por instantes, la impresión de que ya no era dueña de su cuerpo, como si ya no le perteneciese. Se sentía abrumada y embriagada de placer. Segundos después, experimentó unas tremendas convulsiones que hicieron que todo su cuerpo se estremeciera como un terremoto que desde el epicentro de su punto más sensible se extendiese a todos los demás miembros.

Agotada y exhausta, se quedó tendida jadeando. Él la miró, con sus ojos azules brillando de pasión, y la besó de nuevo, lentamente pero con el mismo deseo de antes. Parecía dispuesto a hacerlo otra vez. Ella, desde luego, no lo estaba, y se quedó sorprendida de su energía y vitalidad. Sintió deseos de tener una lámpara mágica y poder frotarla para conseguir un deseo: saltar vestida por la ventana y salir corriendo de allí tan rápidamente como se lo permitiesen sus piernas.

Pero, ¿qué estaba haciendo? ¿Qué había hecho?

Se sintió de repente avergonzada y arrepentida, y se apartó bruscamente de sus brazos.

–Tengo que irme –dijo ella con voz temblorosa–. Tengo cosas que hacer –añadió bajándose de la cama precipitadamente sin tratar de ocultar las ganas que tenía de irse de allí.

Sorprendido por su conducta, Angelo se incorporó sobre los codos y la miró con el ceño fruncido.

–¿Qué ocurre?

Completamente desnuda y confusa, y sin tener idea de dónde podría estar el cuarto de baño, Flora se quedó parada sin saber qué hacer. ¿Que qué ocurría? ¿Acaso estaba tan ciego como para no darse cuenta de que lo que habían hecho había sido una insensatez?

–Esto nunca debería haber ocurrido. ¡Qué vergüenza! –exclamó ella muy azorada.

–No tienes de qué avergonzarte. Hemos pasado un buen rato juntos, eso es todo –respondió él, apoyando los brazos por detrás de la

cabeza, sobre la almohada, con gesto de satisfacción–. Ven, vuelve a la cama.

Flora se puso colorada como un tomate al oír esas palabras. ¡Que volviera a la cama! ¡Qué razón tenía aquella amiga que le había advertido que los hombres sólo tenían una idea fija en la cabeza!

Miró a través de la rendija de una puerta y vio algo parecido al sanitario de un cuarto de baño. Se dirigió hacia él sin pensarlo más.

Angelo la miró desconcertado al verla dirigirse tan decidida a la sala de máquinas.

–El cuarto de baño está al otro lado.

Flora apretó los puños. Estaba tan nerviosa, que pensó que podría darle en cualquier momento un ataque al corazón. Se acercó a la cama sin mirarle y recogió la ropa que estaba tirada por el suelo, tratando de controlar el dolor agudo que sentía entre los muslos. Aquélla había sido su primera relación sexual y quería olvidarla cuanto antes, pensó llena de angustia. Entró en el exiguo cuarto de baño y se lavó lo mejor que pudo. No había toallas. Tampoco había sábanas ni colchas en aquel catre donde acababa hacer el amor con Angelo. Se había revolcado con él en un miserable colchón desnudo como una cualquiera. ¡Qué vergüenza!

Oyó un pequeño golpe en la puerta del cuarto de baño.

–¿Sí?

–Tengo una casa en el campo. Me gustaría que pasaras allí el fin de semana conmigo –dijo Angelo como si tal cosa.

–¿Tanto te ha gustado? –exclamó Flora con una voz tan fría, que hubiera podido dejar congelado a un oso polar.

–No soy hombre de una sola noche –replicó él, arrastrando las palabras.

–¿Por qué no te vas a trabajar, o donde tengas que ir, y me dejas aquí? –dijo Flora indignada.

–Hablaremos de eso después –contestó Angelo sorprendido de su reacción.

No podía comprender que ella no quisiera ni mirarle a la cara después del buen rato que habían pasado juntos.

Al menos, Angelo no se había dado cuenta de que aquélla había sido la primera vez que ella hacía el amor con un hombre, se dijo Flora mientras trataba de vestirse como podía en aquel estrecho cuartucho. Acostumbrado a relacionarse con aquellas mujeres despampanantes con las que salía fotografiado en las revistas, se habría dado cuenta en seguida de que ella era sólo una triste virgen de veintiséis años. ¡Qué humillación! Se pensaría que era una de esas mujeres desesperadas que andaban como locas esperando que un hombre se fijara en ellas. Pero no, ella no era así. Flora no tenía una gran opinión de los hombres y no entendía tampoco su desmesurado

interés por el sexo. Después de que se rompiera la relación con el hombre al que amaba, no había vuelto a salir con ningún otro y había dedicado todas sus energías a rehacer su vida.

Cuando salió al fin de aquel compartimento, vio que Angelo la estaba esperando junto a la escalera que subía a la cubierta de aquella extraña casa sobre las aguas del canal. Recordó instantes antes, cuando él la bajó en brazos por esa misma escalera besándola en cada escalón y llevándola a aquel viejo colchón. ¿Cómo podía haber caído tan bajo? ¡Ella, que era una mujer tan discreta y precavida con los hombres y tenía unas normas tan estrictas! Para él, aquello habría sido seguramente sólo un capricho pasajero, pero para ella había significado mucho más y se sentía herida en su orgullo y su amor propio.

Angelo contempló a Flora poniéndose los zapatos y la ayudó a ponerse la cazadora. Parecía como si tratase de huir de él. Era una reacción que nunca había visto en ninguna de las mujeres con las que había estado, después de haber hecho el amor con ellas.

Se sintió desconcertado, como si le hubieran roto todos los esquemas y el mundo se hubiera vuelto de repente del revés. Estaba acostumbrado a tener siempre el control de las cosas y a que todo le saliera según lo había planeado, y la conducta de Flora le desquiciaba. Y, por si fuera poco, por primera vez en su vida, había cometido el error de tener una relación sexual sin haber tomado las precauciones necesarias. Aun a sabiendas de que no disponía de ningún preservativo en aquella casa, no había dudado en satisfacer su irrefrenable deseo. Había encontrado a Flora tan irresistible que había corrido el riesgo de dejarla embarazada, sin hacer el menor caso a lo que le dictaba su sentido común. Aquello era impropio de su carácter. ¿Qué demonios le estaba pasando?

–¿Estás utilizando algún método anticonceptivo? –le preguntó Angelo de repente.

Flora volvió la cabeza sorprendida y lo miró ahora con el ceño fruncido y un gesto de preocupación en sus ojos verdes. Comprendió en seguida el alcance de esas palabras.

–No, yo no… ¿No me estarás diciendo que…?

–Sí… No sé… cómo ha podido suceder –dijo Angelo con la cabeza baja moviendo mucho las manos a los lados–. No suelo hacer así las cosas.

–Yo tampoco –replicó ella muy seria y aturdida, ajustándose el cinturón de la cazadora varias veces para tener las manos ocupadas y no tener que mirarle.

–No me paré a pensar en las consecuencias. Lo hemos hecho sin ninguna protección. Fue una estupidez y una imprudencia por parte de ambos. De lo que no tienes que preocuparte es de… Me hago

chequeos periódicos en una buena clínica y no tengo ninguna…

–De lo que sí tengo que preocuparme es de si me quedo embarazada –le cortó ella.

–No seamos pesimistas. Sólo lo hemos hecho una vez, no es probable que eso suceda. Además, ni siquiera estamos seguros de que los dos seamos fértiles. Contamos con muchas probabilidades a nuestro favor.

Angelo parecía convencido de que, dado que nunca había tentado al destino en las relaciones sexuales que había tenido hasta entonces, no podía ser posible que para una vez que no había tomado las debidas precauciones…. Se negó siquiera a considerar esa posibilidad. Un embarazo circunstancial no tenía cabida en su vida perfectamente organizada. Trastocaría todos sus hábitos.

Flora se quedó estupefacta ante su forma tan optimista de ver las cosas. Ella era más dada a pensar que un pecado conllevaba siempre un castigo.

–Veo que estás deseando perderme de vista, así que me marcharé y te dejaré sola para que veas tranquilamente esas cajas con los recuerdos de tu hermana –dijo Angelo con una mano apoyada en el marco de la puerta.

–Muy bien –dijo ella con las manos en los bolsillos–. Me gustaría ver de nuevo a Mariska antes de regresar a Inglaterra.

–Puedes ir a verla cuando quieras –dijo él sacando una tarjeta de visita de uno de los bolsillos de la chaqueta y escribiendo unos números por detrás–. Éste es el número de teléfono de casa por si quieres quedar con Anke antes de ir.

Flora tomó la tarjeta y se quedó mirándola largo rato para evitar así tener que mirarlo a la cara. Hubo unos segundos de gran tensión en los que ninguno de los dos se atrevió a decir nada. Finalmente, Angelo rompió el silencio.

–Estaremos en contacto.

–No veo la necesidad –replicó ella de inmediato.

–Tenemos que estar en contacto por el bien de Mariska –replicó él–. Y también para asegurarme de que no te has quedado embarazada. ¿Cuándo lo vas a saber?

–Eso no es asunto tuyo –dijo ella, indignada por ese tipo de pregunta tan personal.

–Si tienes un hijo, sí será asunto mío, ¿no te parece?

Angelo la miró un par de segundos con cara muy seria y luego, tras indicarle dónde tenía que dejar la llave al salir, se marchó.

Flora se quitó de nuevo la cazadora y se dirigió muy decidida hacia las cajas. Las abrió y fue apartando a un lado aquellos objetos de su hermana que podían tener algún valor sentimental para ella. Al final, se quedó sólo con un diario de Julie, unas cuantas fotografías, el osito

de peluche, ya muy raído, con el que acostumbraba a dormirse su hermana, unas cuantas cartas de Julie y Willem y algunos objetos de bisutería que quizá le haría ilusión tener a su sobrina como recuerdo de su madre. Ojeó unos segundos las fotos. Había una de Julie y Willem en el día de su boda. Estaban tan jóvenes, tan felices, tan llenos de esperanza… Sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos. Lloró durante largo rato hasta descargar la angustia y la tensión que llevaba dentro. Luego tomó el teléfono móvil, marcó el número que había en el reverso de la tarjeta que Angelo le había dado y quedó con Anke para ir a ver a Mariska.

Se fue acto seguido al cuarto de baño y se lavó la cara y los ojos con agua fría. Se miró en el espejo. No podía creer que hubiese tenido una relación sexual con Angelo van Zaal. No podía usar la expresión «hacer el amor» para describir lo que había pasado entre ellos. No se explicaba cómo había acabado en la cama con Angelo y le había dejado hacerle esas cosas que no había permitido a ningún hombre antes. Era consciente de que se había sentido atraída por él desde el principio, pero nunca había pensado que la situación se le pudiera escapar así de las manos. Quizá tuviera algo que ver el momento tan amargo por el que estaba atravesando. Se sentía triste y débil y aquello había sido un bálsamo para su soledad.

Había bajado la guardia, tratando de buscar alivio a su dolor. Peor aún, había mantenido relaciones íntimas con un hombre que ni siquiera le gustaba y que la había tratado siempre con frialdad e indiferencia. Se sentía humillada y no estaba dispuesta a volver a ver a Angelo van Zaal.

Metió en el bolso todos aquellos recuerdos y salió de la casa flotante. Tomó un tranvía y se sentó en uno de los sitios que había libres. Se puso a mirar por la ventanilla el bullicio de las calles tratando de no pensar en Angelo. Después de su último encuentro y de sus besos, ya no le veía con aquella imagen de hombre arrogante y engreído que se había formado de él. Era tan sincero, tan abierto… Era como si se hubiera derribado de repente una barrera que parecía infranqueable. Creyó oír su voz de nuevo: «¡Eres tan hermosa!». Juntó las manos y las apretó con fuerza, en un intento de controlar su turbación. Lo más sensato sería embalar esos recuerdos en una caja de cartón, como en la que estaban los de su hermana, y facturarla a un lugar muy lejano.

Pero quedaba aún latente una cuestión, ¿podría haberse quedado embarazada? Hizo mentalmente unos pequeños cálculos con los días de la menstruación y frunció el ceño. El incidente, si así podía llamarse, con Angelo se había producido justo en medio de su periodo. Lo único que podía hacer ya era rezar. Sin embargo, estaba dispuesta a luchar por la tutela de su pequeña sobrina. Parecían dos

planteamientos opuestos.

Prefirió pensar en Mariska. ¿Qué probabilidades tendría de conseguir su custodia? Se había embarcado en aquel plan con mucha ilusión, en la esperanza de hacer valer el hecho de ser la única pariente directa de la niña, pero sin saber que Angelo también estaba interesado en su adopción. Se dio cuenta de que iba a ser un competidor muy duro. Había demostrado su interés por Mariska desde el mismo día de su nacimiento y había cuidado de ella durante los últimos meses, contratando una niñera y protegiéndola de las irresponsabilidades de sus padres. El hecho de que fuera un hombre soltero no obraba en su contra, teniendo en cuenta que ella también estaba soltera y que el único mérito que podía aportar a su solicitud era el tiempo que había trabajado cuidando niños.

Además, la tramitación de la solicitud y la posterior resolución del caso llevarían, con toda seguridad, varios meses y, mientras tanto, Angelo tendría la custodia provisional de su sobrina. Con el trato, Mariska, se habituaría a vivir en aquella casa y se sentiría más apegada a él. Llegó a la triste conclusión de que no tenía muchas posibilidades de éxito. Comenzó a sentir que se venían abajo todas las ilusiones que había puesto en llevarse a Mariska a Charlbury St Helens con ella.

Al llegar a la casa, Mariska saludó a su tía muy cariñosamente con una gran sonrisa que consiguió levantar su estado de ánimo. Pasaron juntas el resto de la tarde y luego Anke sugirió a Flora que cenase con ellas y se quedase hasta que la niña se fuese a dormir. Flora aceptó gustosa cuando se enteró de que Angelo no iba a pasar por allí. Tomaron algo ligero y luego Flora pasó un rato divertido ayudando a bañar a su sobrina y preparándole la cama. Mientras la secaba con la toalla, se fijó detenidamente en los rasgos de la niña. Era igual que su hermana Julie, tenía el mismo pelo rubio y los mismos ojos azules. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Había sido un día lleno de emociones y estaba muy cansada. En cuanto la niña se acostó, Flora se puso la cazadora y se dirigió a la puerta.

–Buenas noches, Flora. No me di cuenta de que estabas aún en casa –dijo Angelo, saliendo por sorpresa de una puerta vestido con un traje de chaqueta muy elegante, con el pelo húmedo pero muy arreglado.

Estaba increíblemente atractivo.

Desconcertada por tan inesperado encuentro, Flora se quedó como hipnotizada mirando aquellos ojos azules de zafiro y se sintió como si hubiera tocado una alambrada electrificada y se estuviera electrocutando.

–Creo que ya he disfrutado bastante con Mariska. Será mejor que me vaya. Tengo que salir mañana de viaje y estoy muy cansada.

–Mi chófer te llevará al hotel –dijo Angelo con mucha naturalidad.

–No hace falta…

–Insisto. Se te ve agotada.

Flora no recibió precisamente con agrado esas palabras. Dedujo que su aspecto le parecía horroroso. Qué distinto de cuando le había dicho aquellas cosas tan bonitas sólo unas horas antes. Tampoco le gustó que dijera aquella frase con ese tono de mando que parecía tan natural en él. Pero cuando abrió los labios para contestarle, se dio cuenta de que no estaban solos.

Una rubia platino de ojos negros con un sugestivo vestido de noche blanco y una espectacular gargantilla de brillantes estaba esperando a Angelo en el vestíbulo. Él presentó a las dos mujeres con mucha naturalidad y Flora se preguntó si habría algo en el mundo capaz de avergonzarle. ¿Sería Bregitta Etten su novia actual y le había sido infiel cuando se acostó con ella esa tarde en la casa flotante? ¿O sería sólo una más de la lista interminable de mujeres deseosas de formar parte de su vida, tal como su hermana le había dicho? Julie le había dejado bien claro que Angelo era un mujeriego empedernido y Flora lamentó no haber prestado más atención al consejo de su hermana y haber sido más precavida con él.

Mientras Angelo llamaba al chófer por el móvil para que llevara a Flora al hotel, la rubia platino le agarró del brazo con gesto posesivo. Flora, sin saber por qué, sintió el deseo de arrancarla bruscamente de su lado. Se sorprendió en seguida de haber reaccionado como una gata en celo dispuesta a lanzarse sobre su rival. Trató de mantenerse a una distancia prudencial de la pareja, evitando mirarles, y salió de la casa a toda velocidad en cuanto el elegante coche de Angelo se detuvo al pie de la escalinata de entrada y el conductor se bajó para abrirle la puerta.

–Te llamaré –le dijo Angelo.

Flora volvió los ojos hacia él y pudo observar su gesto de desafío. Sintió deseos de replicarle, pero vio la mirada recelosa de Bregitta y se limitó a esbozar una sonrisa de conveniencia antes de meterse en el coche.

## Capítulo 4

FLORA regresó a Charlbury St Helens al día siguiente por la tarde y lo primero que hizo fue ir a la residencia canina a recoger a sus mascotas.

Jess Martin, una joven veterinaria que llevaba poco tiempo allí, la saludó al entrar. Era un morena más bien bajita pero con un cuerpo escultural. Se puso a prepararle la factura mientras la cuidadora iba a buscar a sus dos animales al patio de atrás. El perro Skipper, un Jack Russell blanco y negro, pequeño pero con mucha personalidad, salió corriendo nada más verla, arrastrando a la cuidadora y arrojándose a sus pies. Mango, un imponente gato negro de magnífica estampa, venía muy tranquilo en su jaula y no le hizo, por el contrario, el menor caso. Parecía algo enfurruñado con su ama por haberle dejado.

–Todo en orden –dijo Jess–. ¿Cómo te ha ido? ¿Conseguiste solucionarlo todo?

Flora, que no tenía aún demasiada confianza con ella, se limitó a esbozar una sonrisa.

–Más o menos.

–¿Y tu sobrina? –le preguntó Jess con impaciencia–. ¿La has traído contigo en el coche?

–No, las cosas no son tan fáciles. Habrá que pasar antes por un montón de formalidades legales –contestó Flora con un gesto de decepción–. Además, la niña está actualmente con Angelo, el hermano de Willem, y tiene intención de adoptarla, así que…

–¿Pero no es soltero? –exclamó Jess sorprendida.

–Lo mismo que yo –replicó Flora con una sonrisa irónica–. Y él ha tenido bastante más contacto con la niña durante este tiempo.

–Tú serías una madre maravillosa –dijo Jess, tratando de darle ánimos–. Tengo entendido que lo pasaste mal cuando tuviste que dejar tu trabajo como cuidadora de niños para montar tu hostal.

Flora había heredado de su tía abuela una bonita casa al otro lado de la carretera, toda rodeada de verde y árboles frondosos. Charlbury St Helens era un pueblo muy hermoso que atraía mucho a los turistas y había decidido poner una casa de huéspedes que la mantenía ocupada la mayor parte del día. Cuando había mucha afluencia de clientes, solía contratar a Sharon, la madre de Jess Martin, para que la ayudara. En aquella casa, de la que se sentía tan orgullosa, Skipper correteaba a sus anchas por sus lugares favoritos del jardín, mientras Mango se acurrucaba perezosamente a tomar el sol. Pensó, con gesto de preocupación, si conseguiría ver allí alguna vez a Mariska jugando con ellos.

«¿Y qué pasaría si te hubieras quedado embarazada?», le dijo de repente una voz interior, devolviéndole aquellos ingratos recuerdos

que había tratado de olvidar. Era una pregunta cuya respuesta no sabría a ciencia cierta hasta unos días después, así que era inútil darle vueltas al asunto. Pero seguía enfadada consigo misma por lo que había sucedido en Amsterdam.

Siempre había pensado que el amor y el sexo eran cosas inseparables, que no podían darse el uno sin el otro, y esa convicción le había servido de guía a lo largo de los cinco años que había estado saliendo con Peter, el chico que había conocido en la universidad y con el que había estado a punto de casarse. Cuando Peter la dejó, después de lo que pasó en la magistratura de trabajo, sin haberse acostado una sola vez con ella, todo aquello en lo que había creído comenzó a desmoronarse. Había pensado que Peter y ella eran una pareja perfecta, pero se había dado cuenta dolorosamente de que no era así. Con el tiempo, su falta de interés por el sexo le había hecho perder todo interés por los hombres. Tenía la autoestima por los suelos y temía salir herida y humillada nuevamente si trataba de encontrar el amor por segunda vez con otro hombre.

Pero, en muchos sentidos, su carácter había quedado más marcado por su infancia que por Peter. Nunca había podido olvidar la angustia y el sufrimiento de su madre por las constantes mentiras e infidelidades de su padre. El amor había estado a punto de destruir a su madre, que había sufrido varios episodios depresivos graves antes de que se decidera a dar el gran paso de abandonar a su infiel marido y rehacer su vida lejos de él. Por desgracia, recordó con nostalgia, su querida madre sólo vivió dieciocho meses después de haber tomado aquella valiente decisión.

Sin embargo, a pesar de todo, su madre nunca había dejado de creer en el amor verdadero como relación de compromiso y entrega mutua y responsable. ¿Cómo era posible, se dijo avergonzada, que ella hubiera entregado su virginidad a Angelo van Zaal de aquella manera? Él ni siquiera se había dado cuenta de que había sido su primer amante. No tenían nada en común. Él nunca había tenido una relación seria y estable con una mujer. Pero no había reparado en esas cosas cuando él la había besado.

Había llegado a los veintiséis años sin darse cuenta de lo vulnerable que podía ser en manos del hombre equivocado. Y Angelo, sin lugar a dudas, no era el hombre adecuado para ella. Era un magnate millonario y sofisticado, con un corazón tan frío como el hielo y tan duro como el acero de sus fábricas. Pero entonces, ¿por qué se había molestado en llevar a Mariska a su casa y cuidar de ella? Después de todo, la niña no llevaba su misma sangre, se dijo debatiéndose entre los sentimientos contradictorios que surgían en ella. Siendo justos, había que reconocer que se había preocupado por ella desde el mismo día de su nacimiento, de igual modo que había

tratado de hacer todo lo posible por ayudar a Willem y a Julie. No cabía duda de que la familia representaba algo muy importante para él y que tenía una gran conciencia social. Pero ninguna de esas cosas la ayudaba a sentirse mejor cada vez que recordaba cómo se había entregado a él en aquella cabaña flotante sobre las aguas de un canal de Amsterdam.

Cuatro días después, Angelo telefoneó a Flora.

–¿Ocurre algo? ¿Se puede saber por qué me llamas? –contestó ella bruscamente.

–Has estado llamando a mi casa todos los días y no has querido hablar una sola vez conmigo –replicó Angelo al otro extremo de la línea.

Flora se ruborizó. Tenía razón. Siempre que llamaba para interesarse por Mariska preguntaba por Anke y nunca por él.

–Eres un hombre muy ocupado y no quería molestarte, sólo saber cómo estaba la niña, por eso hablaba con Anke.

–¿Eres siempre igual de quisquillosa con todos los hombres? –le preguntó Angelo recalcando suavemente las palabras.

–¡Yo no soy quisquillosa! –exclamó Flora furiosa, apretando el teléfono con rabia–. Supongo que me habrás llamado para saber si sé algo sobre mi posible embarazo. Pues siento que te hayas molestado en balde, hasta finales de la próxima semana no sabré nada.

–Bueno, tampoco tenemos que llamarnos sólo para las malas noticias, ¿no te parece? Por el bien de tu sobrina, sería conveniente que mantuviéramos una relación más cordial.

Flora se puso roja y tensa, como cuando le daban de pequeña un tirón de orejas en el colegio por mal comportamiento. Apretó los dientes con rabia. No era la primera vez que Angelo Van Zaal la hacía sentirse como una colegiala traviesa.

–¡Deberías haber pensado en eso en Amsterdam antes de haberme puesto las manos encima! –exclamó ella de forma impulsiva, sin pararse demasiado a pensar si aquellas palabras eran justas y sinceras.

–¡Le dijo la sartén al cazo! –replicó Angelo con ironía.

Flora, fuera de sí, tuvo que contenerse para no soltarle toda la lista de adjetivos que le vinieron a la mente en ese momento. Tras un tenso silencio, consiguió responderle un poco más calmada.

–No creo que tengamos ya nada más que decirnos –dijo con voz temblorosa, antes de que colgar el teléfono bruscamente para evitar decirle alguna grosería de la que luego tuviera que arrepentirse.

«Por favor, por favor, Señor, no permitas que me quede embarazada de ese hombre», se dijo ella como en una ferviente oración. Bueno, al menos él había sido sincero calificando de «malas noticias» su posible embarazo. Aunque, disgustada por esa afirmación, comprendió que, si finalmente tenía un hijo, Angelo no abriría

precisamente una botella de champán para celebrarlo. Era lógico. Después de todo, ninguna persona sensata, ya fuera hombre o mujer, desearía tener un hijo por haber tenido una relación sexual ocasional. Por otra parte, seguía preguntándose, una y otra vez, cómo era posible que ella se viese ahora precisamente en esa situación, esperando a ver si estaba o embarazada. Era algo realmente vergonzoso para ella.

La semana siguiente fue agotadora. Todas las escuelas universitarias del pueblo celebraron jornadas de puertas abiertas y se ocuparon todas las plazas hoteleras en varios kilómetros a la redonda por la afluencia de cientos de padres y futuros alumnos. Las cinco habitaciones de la casa de Flora habían sido reservadas con varios días de antelación y Sharon tuvo que ir varios días de esa semana para ayudarla a limpiar, hacer las camas y preparar los desayunos. Por la noche, Flora estaba tan cansada, que caía rendida en la cama sin tener tiempo para pensar en nada más. Pero cuando llegó el fin de semana, se dio cuenta, con gran preocupación, de que aquel mes no le había venido la regla en la fecha prevista. Se dijo que seguramente el estrés que había sufrido durante toda la semana podría ser la causa del retraso. Al día siguiente, se despertó a mediodía decidida a salir de dudas de una vez por todas. Iría a la farmacia que había cerca de allí y compraría algún producto para hacerse el test del embarazo. Estaba aún descalza y con el pijama de dormir cuando sonó el timbre de la puerta.

Acudió a abrir despreocupadamente pensando que sería la mujer que repartía el correo por las mañanas. Llevaba en la mano una tostada con mermelada del desayuno. Al abrir la puerta se quedó de piedra al ver la persona que tenía delante. Lo miró como si fuese un extraterrestre, venido de un remoto planeta desconocido, que acabase de aterrizar en la puerta de su casa.

Angelo la miró con sus brillantes ojos azules. Descalza y con aquel viejo pijama azul de algodón, tenía un aspecto muy juvenil, y sus ojos verdes relucían como esmeraldas en contraste con el color rosa pálido de su piel.

–¿Qué diablos estás haciendo aquí? –le preguntó ella consternada–. ¡Por Dios, no me asustes! Mariska está bien, ¿verdad?

–Sí, está bien –respondió él en voz baja–. Por quien estoy preocupado en este momento es por ti.

–No necesitabas venir de Holanda para saber cómo estaba –replicó ella con gesto de incredulidad.

–Estoy aquí en viaje de negocios. Vengo de Londres, de una reunión que he tenido a primera hora de la mañana –dijo Angelo muy sereno–. ¿Piensas dejarme pasar o vamos a seguir la conversación aquí en la puerta? –Flora se le quedó mirando pensativa, no quería que invadiese su espacio privado, prefería mantenerlo fuera–. Vamos,

¿tienes veintiséis años o eres todavía una quinceañera?

–La culpa es tuya. Podías haberme avisado de que tenías intención de venir a verme, ¿no? –dijo ella en tono de reproche, sin tratar de ocultar su resentimiento ni dejarle pasar.

Un pequeño terrier blanco y negro se puso a ladrar a Angelo junto a la puerta. Él, que no estaba acostumbrado a tener ningún tipo de animales en casa, no le prestó la menor atención, ni siquiera cuando el perro intentó morderle en una pierna. Flora se encargó de evitarlo acariciando al animal en el hocico y premiándole con el trozo de tostada que tenía en la mano. Angelo frunció el ceño, pensando, con sarcasmo, que seguramente le habría dado dos tostadas y un fuerte abrazo al animal si hubiera llegado a morderle de verdad y le hubiera hecho sangre. Pero cambió de expresión al ver a Flora agachada junto al animal y contemplar la parte de sus caderas que dejaba al desnudo el pijama y el trasero tan seductor que se marcaba en aquella postura. Por asociación de ideas, le vino a la memoria el cuerpo desnudo de ella, tumbado en aquel colchón de la casa flotante del canal, con su piel tan blanca e inmaculada. Apretó los puños con fuerza tratando de controlar su excitación.

–¿Te apetece un café? –preguntó al fin Flora, tratando de recuperar los buenos modales, aunque algo inquieta al ver la forma con que la miraba.

–No tenemos tiempo para eso. Tienes que vestirte inmediatamente –dijo Angelo, mirando ahora con impaciencia su reloj de oro para ver la hora que era.

–¿De qué diablos estás hablando? Que no tenemos tiempo… ¿para qué?

–Para ponernos a discutir inútilmente –dijo él muy serio–. He concertado una cita con un ginecólogo de Londres y tenemos el tiempo justo.

–¿Que has hecho qué? –exclamó Flora sin dar crédito a lo que oía–. ¿Una cita con un ginecólogo?

–Llevo varios días sin dormir, pensando si estarás o no embarazada. Estoy convencido de que en una buena clínica pueden hacerte una prueba fiable que nos saque de dudas.

–¡No me puedo creer que te hayas atrevido a hacer una cosa así! –dijo Flora sin salir de su asombro.

–¡Por Dios!, esperaba que te tomaras el asunto con más interés, pero a la vista de que no ha sido así, creo que debo ser yo quien empiece a tomar la iniciativa.

–¡No! ¡Ni se te ocurra… canalla! –exclamó Flora con la mirada encendida apretando los dientes para evitar decirle cosas peores–. Y para que lo sepas, estaba preparándome precisamente ahora para salir a comprar un test de embarazo…

–Preferiría que te hiciera la prueba una persona cualificada. Será más fiable y segura –replicó Angelo muy seguro de sí mismo, mirándola de forma desafiante con sus increíbles ojos de zafiro coronados por aquellas pestañas tan negras y tupidas–. Si estás embarazada, cuanto antes lo sepamos, mejor.

–No estoy dispuesta a que me examine un médico desconocido –dijo Flora con un rubor en las mejillas.

–Natalie es una doctora excelente y muy discreta. Flora, sé razonable, necesitamos saberlo cuanto antes para saber a qué atenernos.

–¿Cómo te atreves a entrometerte en mi vida de esa manera? –le dijo ella muy indignada pasando junto a él y subiendo las escaleras hacia su cuarto, de dos en dos–. ¡Angelo, no te soporto!

–Así que no me soportas…, pero aquel día no me echaste de la cama, ¿verdad, cariño? –susurró él con voz acaramelada mientras Flora se volvía hacia él, en mitad de la escalera, llena de rabia, preguntándose qué significaría esa última palabra dicha en español–. La verdad duele, ¿eh? –añadió él con ironía, leyéndole el pensamiento–. Bueno es saber que no soy yo el único que sufre en esta historia.

Flora se puso tensa. Angelo conseguía siempre desquiciarla con su ironía y su sonrisa burlona, pero, a pesar de todo, cuando le miraba, no podía evitar sentir una extraña desazón por todo su ser. Incluso cuando discutía acaloradamente con él, parecía que aquella sensación era más intensa y sentía que sus pechos se inflamaban y sus pezones se volvían más duros, mientras un dulce calor bajaba por su cuerpo hasta las zonas más íntimas de su pubis.

–Necesitamos despejar todas las dudas –añadió Angelo ahora muy sereno.

–Pero estás hablando de mi cuerpo.

–Lo sé, pero te agradecería mucho que vinieras ahora al médico conmigo –dijo Angelo en tono conciliador.

–¡Eres un mandón incorregible! –exclamó Flora desde lo alto de la escalera.

Luego, le dirigió una mirada cargada de reproche, se dio la vuelta y subió hacia el dormitorio.

Se sentía enfadada consigo misma por haber dejado una vez más que él se saliese con la suya.

Angelo se dirigió hacia la sala que parecía ser el cuarto de estar y se dio cuenta entonces de que lo que había tomado por un peluche gigante o quizá por un cojín sucio era en realidad un gato negro muy gordo. El animal se puso a cuatro patas, le miró fijamente muy cauteloso, dio unas vueltas alrededor de él y le rozó suavemente las piernas con el lomo para llamar su atención. Se sintió incómodo en

aquel lugar tan estrecho, abarrotado de muebles y asediado por aquel gato gordo tan excesivamente cariñoso. Vio entonces al perro debajo de la mesita del café. Era bastante más pequeño que el gato y se puso a ladrar y a enseñarle los dientes. No era una fiera precisamente. Parecía bastante acobardado y se mantuvo a cubierto, a una distancia prudencial.

¿Por qué Flora Bennett tenía que llevarle siempre la contraria? Ella era lo bastante inteligente como para comprender que todo lo que él estaba haciendo era por su bien, pero insistía en poner pegas a todas sus decisiones. Le había dicho que era un mandón incorregible. Quizá tuviera razón en eso. Formaba parte de su carácter y su personalidad. Estaba acostumbrado a ser él quien tomara las decisiones importantes, tanto en el trabajo como en su entorno familiar. Y por otra parte, era natural que quisiese saber si ella podría estar gestando un hijo suyo.

¿Y si era así? No quería pensar en ello. Al menos de momento. Ella no era, desde luego, el tipo de mujer que él habría elegido para traer a su primer hijo al mundo. No, estaba muy lejos de reunir las cualidades necesarias para ello, se dijo él con un gesto de reprobación. Tres años antes, había tenido una aventura con su jefe, al que había intentado hacer chantaje, amenazándolo con contarle todo a su esposa y pidiéndole un sustancioso extra, al que no se había hecho acreedora por sus méritos en el trabajo. Era una historia repugnante. No había nada que él despreciase más que una conducta de ese tipo, pues él también había sido objeto de las ambiciones de más de una de sus empleadas, dispuestas a ascender en el trabajo, a cambio de sus favores sexuales. Por su experiencia, las mujeres como Flora eran las más calculadoras, ambiciosas y peligrosas.

Flora se vistió en un par de minutos. Se puso una minifalda vaquera, una camiseta a rayas y una rebeca de punto, y se calzó unas sandalias de tacón alto. Se pasó luego un par de veces el cepillo por el pelo para ahuecarlo y darle un poco de volumen. Angelo la llamó desde abajo para que se diera prisa mientras ella se aplicaba un leve toque de maquillaje en los ojos y las mejillas y se pasaba un lápiz de labios de color rojo cereza.

–¡Ya voy! –exclamó ella, bajando las escaleras a toda prisa.

Angelo, que se había pasado todo el tiempo, impaciente, dando vueltas por la sala de arriba abajo, se quedó de piedra al verla bajar por la escalera con aquellas piernas interminables y aquellos muslos tan esbeltos.

–Creo que llevas una falda demasiado corta –dijo él con gesto serio.

–No, no es verdad. Lo que pasa es que tengo las piernas muy largas.

Angelo no necesitaba que ella se lo dijera, ya se estaba imaginando

aquellas piernas enredadas alrededor de su cintura, apretadas con fuerza contra su cuerpo como en aquella ocasión. No pudo reprimir la excitación que le produjeron esas imágenes, pero trató de controlarse y se dirigió a la puerta de entrada.

–Vamos –dijo él secamente.

Flora se sorprendió al ver a un chófer, junto a una lujosa limusina, esperándoles en la calle. Pasó dentro. Luego entró Angelo y conectó en seguida su ordenador portátil y se puso a trabajar sin prestarle la menor atención. Flora lo miró con gesto de resignación y se puso a ojear un periódico que había sobre el asiento. Mientras tanto, Angelo dio muestras de ser un hombre de negocios infatigable, hablando por teléfono en varias lenguas con unos y otros y dando órdenes y consejos a sus subordinados.

Estaba ya a punto de ponerse el sol cuando llegaron a la elegante clínica privada de la doctora Natalie Ellwood en un exclusivo barrio del centro de Londres. Flora se sentó algo crispada en la sala de espera cuando Angelo continuó trabajando con su móvil y su ordenador, igual que había estado haciendo durante el viaje. Había conocido en otro tiempo a personas obsesionadas por el trabajo, pero Angelo van Zaal se llevaba la palma. Mariska podría tener por padre adoptivo a un adicto compulsivo al trabajo.

–¡Angelo!

Una mujer morena muy esbelta, con un elegante traje pantalón, apareció en una puerta, se acercó a Angelo con una amplia sonrisa y lo besó efusivamente en ambas mejillas.

–Flora. Ésta es la doctora Ellwood. Natalie, tu nueva paciente –dijo Angelo, haciendo las presentaciones.

–¿Hace mucho que conoces a Angelo? –preguntó Natalie a Flora mientras pasaban a la sala de consulta.

–No, no hace mucho. ¿Y usted? –dijo a su vez Flora sin poderse resistir a hacer esa pregunta, aunque ya había observado que la doctora llevaba una anillo de casada en el dedo.

–¡Oh, hace un siglo! Fuimos juntos a la universidad. Angelo es uno de mis más viejos amigos –respondió Natalie, mirando a Flora con sus ojos castaños con mucha curiosidad.

Durante los minutos siguientes, Flora fue objeto de diversos exámenes y pruebas. Natalie y su enfermera se mostraron en todo momento muy agradables con ella.

–¿Y bien? –dijo Flora muy nerviosa, sentada finalmente frente a la doctora, una vez concluidas todas las pruebas.

–Sí, no cabe la menor duda, estás embarazada.

–¿Está usted segura? –preguntó Flora muy pálida.

–Sí. ¿Ha sido quizá un embarazo involuntario? –preguntó la doctora cordialmente.

Flora estaba tan impactada por la noticia, que sólo pudo asentir con la cabeza, como una marioneta. ¡Embarazada! ¡Y de Angelo van Zaal! Sintió que se le secaba la boca y le flaqueaban las piernas. Se disculpó con la doctora Ellwood y volvió a la sala de espera, donde Angelo seguía ocupado hablando por el móvil, ahora en francés. Aquellas frases, sobre unos materiales defectuosos y un proveedor incompetente, parecieron zumbar dentro de su cabeza mientras trataba de captar su atención con sus brillantes ojos verdes. Cuando se cruzaron finalmente sus miradas, ella trató de transmitirle la desazón que estaba viviendo y se dio cuenta exacta del momento justo en que él comprendió, sin necesidad de palabras, cuál había sido el resultado de la prueba. Angelo dijo un par de frases más por el móvil, se despidió de su interlocutor, colgó y se puso de pie.

Cada vez que estaban juntos, ella se olvidaba de lo alto que era Angelo hasta que se ponía a su lado y se veía obligada entonces a mirar hacia arriba, algo que no era habitual cuando estaba con otras personas, sobre todo si iba con tacones. Recordó por un momento lo mucho que le disgustaba a Peter, que era aproximadamente de su misma estatura, que llevase tacones y pareciese más alta que él.

«Eres demasiado alta para ser una mujer», le había dicho más de una vez su madre con gesto de preocupación, como si ser alta fuese alguna desgracia.

Flora sabía que a muchos hombres les gustaban las mujeres pequeñas. Recordó el éxito que su hermana Julie y su amiga Jemima habían tenido siempre entre los chicos. Una mujer pequeña daba una imagen de fragilidad y encanto mientras que una alta se veía de alguna manera como una mujer desgarbada y poco femenina.

–Vamos –dijo Angelo, poniendo una mano en la espalda de Flora.

–Bueno, veo que no se ha cumplido aquello que me dijiste de que las probabilidades jugaban a nuestro favor. Por lo que se ve ninguno de los dos somos estériles –comentó Flora con ironía mientras se dirigían a la salida.

–Ya discutiremos eso en privado –replicó él con gesto serio.

–No me extraña que te haya sorprendido, yo tampoco me lo podía creer.

Pero a diferencia de Flora, Angelo no estaba acostumbrado a verse en situaciones en las que él no pudiera llevar el control de los acontecimientos. De repente, se dio cuenta de que, le gustase o no, su vida iba a quedar ligada a Flora Bennett para siempre. Eso, claro, suponiendo que ella tuviese intención de tener el niño.

Angelo decidió guardarse para sí aquellas preguntas mientras ponía en orden sus pensamientos.

Por su parte, Flora se sentó en la limusina, tratando de hacerse a la idea de que sería madre en nueve meses. También le vino a la

memoria que había otras alternativas, como la interrupción del embarazo. Sintió miedo ante la perspectiva de tener que tomar una decisión tan importante. Dieciocho meses atrás, su hermana Julie se había visto igualmente en esa coyuntura y no había dudado en seguir adelante con su embarazo. Y Willem, el hombre del que se había enamorado, había apoyado totalmente su decisión.

Flora sentía que aquel bebé que llevaba en sus entrañas formaba ya parte de ella y sería, junto con Mariska, su única familia. Unos niños que, en el futuro, podrían ensanchar el círculo de la familia. La palabra «familia» le produjo una grata sensación que pareció calmar su desazón.

Sí, no había planeado tener un bebé, pero la vida era eso, ¿no?, una carrera de adversidades y sorpresas que había que ir venciendo con esfuerzo y sacrificio. Justo cuando estaba dispuesta a reorganizar su vida para convertirse en la madre adoptiva de Mariska, le llegaba la noticia de que podría ser madre en unos meses. Tenía algunos ahorros en el banco, una casa muy bonita y un negocio en marcha. Otras mujeres se quedaban embarazadas en situaciones mucho peores que la suya.

En el fondo, no le importaba mucho lo que pensase Angelo sobre su embarazo, ella se sentía con el valor y la fuerza necesarios para dar a luz a su hijo y sacarlo adelante. Pareció quitarse un gran peso de encima, no tenía de qué preocuparse. Se arrellanó en el asiento y se sintió más tranquila. Estaba convencida de que no necesitaba a Angelo en absoluto y esa creencia le produjo el mismo efecto que si le hubieran puesto una inyección de tranquilidad…

## Capítulo 5

DÓNDE estamos? –preguntó Flora con cara de sorpresa.

Absorta en sus pensamientos, había hecho aquel viaje con Angelo en la limusina sin fijarse por dónde iba. Sólo era consciente de que había entrado en un edificio y que ahora estaba subiendo en un ascensor.

–Camino de mi apartamento. Tenemos que hablar –respondió Angelo muy serio.

A Flora le entraron ganas de reírse. Angelo seguía, sin embargo, con su cara de póquer, su expresión grave y su gesto de autocontrol. Estaba decidido a no exteriorizar sus emociones, se dijo ella para sí. Pero Flora sabía también que bajo aquella máscara de hombre frío y calculador que mostraba a los demás, había otro hombre sensible y tierno. No pudo resistirse a recordar sus increíbles muestras de pasión en Amsterdam. Sintió los pezones erectos marcándose bajo el vestido y un intenso calor bajando por su vientre.

–No me mires así, cariño –susurró Angelo dulcemente. La última palabra la había dicho en español.

La atmósfera pareció haberse vuelto más densa de repente. Flora frunció el ceño.

–¿Qué significa «cariño»?

–Es un apelativo cariñoso –respondió Angelo acariciando las palabras.

–Pero yo no soy tu amante, así que no tienes que llamarme así –dijo ella muy nerviosa, tratando de luchar contra el deseo irresistible que sentía de echarse en sus brazos.

–Entonces, ¿qué eres? –le preguntó él con los ojos entornados.

–Quizá un error en tu vida –contestó ella, mirando al suelo.

–No, eso no cierto –dijo Angelo con gesto de enfado, tomándola de la mano y atrayéndola hacia sí.

Pero estaba mintiéndole a ella, porque que esa misma palabra había estado rondando por su mente todo el día. Sin embargo, todas sus reflexiones se desvanecieron como por encanto cuando se fijó en su boca, en aquellos labios tan carnosos como fresas, y en sus prominentes pezones marcándose de forma ostensible por debajo de la camiseta. Sintió una gran erección al contemplar aquel cuerpo tan deseable y su deseo le hizo ver las cosas de un modo diferente.

Cuando Angelo la atrajo hacia sí, Flora se sintió turbada al ver tan cerca aquel rostro de rasgos broncíneos. A esa hora de la tarde, su piel morena tenía un tono ligeramente más oscuro por la sombra de la barba. Eso le daba un aspecto aún más varonil y hacía un contraste perfecto con sus sorprendentes ojos azules. Se quedó como petrificada. Estaba realmente impresionante, irresistible.

–Sí, un error –repitió ella temblorosa–. Eso es lo que somos, un error…

Pero su voz se apagó bajo la arremetida apasionada de sus labios besándola sensualmente en la boca. Ella respondió con un ardiente deseo, como si necesitase aquel beso más que el aire que respiraba, deleitándose con su sabor embriagador, que hizo estremecer cada fibra de su ser.

Oyó el ruido de las puertas al abrirse y sintió como Angelo le ponía una mano en la espalda para ayudarla a salir del ascensor, sin dejar de besarla. Anduvo así unos pasos, medio a trompicones, hasta que su espalda tocó con una pared. Se apoyó en ella y sintió entonces las manos de él agarrándola de las caderas y apretándola apasionadamente contra su cuerpo. Notó la erección dura y poderosa de su miembro entre sus muslos y sintió que le flaqueaban las piernas.

Unos instantes después, él pareció dejarla libre y ella se apoyó entonces en la pared para poder guardar el equilibrio. Angelo, a un par de pasos de ella y con la respiración entrecortada, abrió la puerta del apartamento y se hizo a un lado para que ella pasase. Sin duda había hecho un gran esfuerzo de voluntad para reprimir su desenfrenado impulso sexual y no haberlo satisfecho allí mismo en el rellano de la escalera. Ella era como un huracán, tenía la virtud de despertar su instinto sexual de forma impetuosa e irresistible.

Angelo, aún enormemente excitado, luchó contra la idea de tomarla en brazos y llevarla a la cama. Un aluvión de imágenes eróticas venía a su mente, provocándole una dolorosa sensación de frustración. No, no podía hacerlo. Ella estaba embarazada, llevaba a su hijo dentro de sí. Dar rienda suelta a su impulso sexual podría acarrear algún problema grave o, en todo caso, contribuir a deteriorar más su relación.

Flora no se atrevió a mirar a Angelo cuando pasó al recibidor, una sala muy amplia y moderna con el suelo pulido, un mobiliario muy moderno y elegante y unas paredes con unos grandes ventanales que ofrecían unas espléndidas vistas al Támesis. Sentía aún una gran debilidad en las piernas y un extraño calor húmedo entre los muslos, al tiempo que un incómodo picor en sus pezones. Bastaba que la tocase para que se rindiese a su deseo. Se sintió disgustada consigo misma. Aquello desbarataba todos sus planes de independencia y de valérselas por sí misma.

Angelo miró una vez más aquel cuerpo esbelto y seductor. Su pelo de seda brillaba como el fuego a la luz de sol del atardecer. Sintió un renovado deseo atravesándole de parte a parte como un puñal afilado.

–Ni que decir tiene que regresarás a Amsterdam conmigo –dijo él antes incluso de que hubiera pensado decirlo, cosa que le resultó bastante desconcertante.

–¿Por qué demonios iba a hacer eso? –exclamó ella con gesto de sorpresa.

–En primer lugar porque necesitarás mi ayuda ahora que estás embarazada.

–No veo por qué, estoy embarazada, no enferma –replicó Flora con aspereza.

–¿Tienes intención de tener este bebé? –le preguntó Angelo mirándola fijamente con sus penetrantes ojos azules–. ¿O es demasiado pronto para que te haga esa pregunta?

Flora se quedó muda por unos instantes.

–Sé muy bien lo que quiero hacer. Tendré a mi bebé –respondió ella muy altiva.

Angelo se quedó sorprendido de que ella hubiera tomado una decisión tan rápida y no albergase la menor duda al respecto. Creyó entenderlo todo. No en vano conocía muy bien a las mujeres como ella, se dijo para sí. Tener un hijo con un hombre millonario era un salvoconducto que le abría las puertas a una mujer ambiciosa e intrigante para poder disfrutar de una vida de lujo. Él había leído lo que se decía de Flora en el informe que había redactado un detective privado dos años atrás y no dejaba lugar a dudas sobre su codicia y ambición. Pero tenía que admitir que él había tenido la culpa de todo, asumiendo el riesgo de hacer el amor con ella sin haber usado un preservativo. Le había puesto así en bandeja la oportunidad de utilizar a su hijo para vivir a su costa durante, al menos, los veinte años siguientes.

–Por supuesto, te apoyo en esa decisión, como no podía ser de otra forma. Pero tendrás que reconocer que todo resultaría más fácil si te vinieses a vivir conmigo a Amsterdam.

–No necesito tu ayuda –replicó ella muy orgullosa.

–Creo que no estás siendo realista –le dijo Angelo muy sereno–. ¿Has tenido en cuenta a Mariska? Ella está en Amsterdam también.

Flora se quedó perpleja. Él tenía razón. Preocupada por su embarazo, había pasado por alto el asunto de su sobrina.

–Quieres decir que… ¿podríamos cuidarla entre los dos?

–Sería lo más lógico, ¿no? Sobre todo ahora que estás embarazada de mí. Podríamos criar juntos a los dos.

–¿Estás proponiéndome que vivamos juntos? –exclamó Flora con un cierto rubor en las mejillas, pues nunca se le había ocurrido pensar en esa posibilidad.

–Sería la solución más sencilla –dijo Angelo con una expresión tan carente de entusiasmo, que a ella le pareció casi un insulto–. Y las soluciones más sencillas suelen ser casi siempre las mejores.

En una situación muy similar, Willem le había pedido a su hermana Julie que se casara con él. Flora, por supuesto, no había

esperado nunca que Angelo hiciera aquel sacrificio por ella, pero no le agradaba nada la idea de tener que vivir bajo su mismo techo y verse obligada a depender de él para todo. Perdería su independencia y estaría a expensas de él para cualquier decisión que quisiese tomar. Pero si, a cambio, ganase el derecho de ser la madre de Mariska…

–Sí, vivir contigo en Amsterdam sería beneficioso para la niña –admitió Flora de mala gana–. Me gustaría poder estar con Mariska todos los días, formando parte de su vida, y no ir a verla sólo de vez en cuando…

–¿Pero? –le cortó Angelo, sabiendo de antemano que iba a ponerle alguna objeción y preguntándose si sería necesario detallarle con más claridad todas las ventajas que entrañaba el nuevo estilo de vida que le estaba ofreciendo.

–Yo soy muy independiente. Me gusta tener mi espacio, mi propia forma de vida.

–Lo comprendo. Pero también deseas tener a Mariska, ¿verdad?

–Sí, pero creo que no estás siendo suficientemente sincero conmigo sobre ese aspecto –objetó Flora, levantando altiva la cabeza con un gesto desafiante–. ¿Qué tipo de relación me estás ofreciendo exactamente? ¿Esperas de mí que sea una amiga?

–Una amante.

–¿Una amante? –repitió ella tartamudeando, sorprendida por esa respuesta imprevista–. Suponía que tratabas de llegar sólo a un acuerdo de tipo platónico.

La mirada de Angelo cobró un cálido tinte azul eléctrico al tiempo que esbozó una sonrisa de zorro.

–No creo que funcionase una relación platónica entre nosotros. Me gustas demasiado, cariño.

Flora se sintió avergonzada por aquella declaración tan sincera y directa de Angelo que, aunque ella tratara de disimularlo, tuvo la virtud de llegar a los puntos más sensibles de su cuerpo.

–Así que, en realidad me estás proponiendo que vivamos juntos y mantengamos una relación que iría mucho más allá de lo que sería simplemente cuidar de Mariska y del bebé que estoy esperando, ¿no es así?

–No sé cómo quieres que te lo diga.

–¿Has pensado bien lo que me estás proponiendo, Angelo?

–Por supuesto, de lo contrario no me hubiera atrevido a decírtelo –contestó él muy seguro de sí.

–Me parece que te tomas muy a la ligera cosas que son demasiado serias e importantes –objetó ella mirándolo fijamente–. Me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo y me gustaría saber exactamente en qué condiciones.

–¿Condiciones? –exclamó él sorprendido, arqueando las cejas.

–Sí, condiciones –repitió ella.

–Bueno, correría con todos tus gastos y podrías comprarte todas esas cosas que os gustan tanto a las mujeres.

–No necesito que me pagues ni me compres nada, ni que me trates como a una de esas muñecas a las que estás acostumbrado. Me has dicho que seríamos amantes –le recordó ella con desdén.

–¿Y qué más podrías desear? –dijo él encogiéndose de hombros.

Flora apretó los puños y apartó la mirada de él por un instante. Le habría gustado echarle un cubo de agua fría por encima, en castigo por no querer ser lo suficientemente sincero con ella y para que le aclarase de una vez por todas lo que se escondía bajo aquella propuesta. Parecía como si recelase de ella. ¿O era algo consustancial en él porque la vida le había enseñado a no confiar en las mujeres?

–Todo el mundo exige algunas garantías cuando tiene que renunciar a su propia casa y trasladarse a otro lugar con otra persona. Especialmente cuando hay niños de por medio –afirmó ella muy segura de sí misma–. Mariska ya ha sufrido bastantes cambios en su corta vida.

Angelo suspiró resignado y la miró receloso con los ojos entornados.

–¿A qué tipo de garantías te estás refiriendo?

–¡Me conformaría con que dejases de actuar de esa forma tan prepotente y obstinada! –exclamó Flora con los ojos encendidos–. ¡Sabes muy bien a lo que me estoy refiriendo! ¿Serías capaz de tener una relación responsable y seria?

–No estoy dispuesto a hablar de algo tan serio como relaciones.
Flora recibió aquellas palabras como si le acabase de dar con la puerta en las narices.

–Entonces, ¡fin de la conversación! ¡Yo no puedo irme a Amsterdam a vivir con un tipo tan inmaduro que no sabe lo que quiere ni lo que espera de mí! –exclamó ella muy indignada.

–Yo no soy inmaduro, simplemente me conozco lo suficiente como para saber que no sería capaz de acatar unas reglas impuestas y que las rompería a las primeras de cambio –respondió él, muy suavemente pero recalcando cada palabra.

–Muy bien. Te agradezco tu sinceridad. ¡Definitivamente, no iré a Amsterdam en esas condiciones! –afirmó rotundamente Flora, tratando de ocultar a duras penas el desprecio y la decepción que sentía hacia él en ese momento–. No creo que llevar una vida libertina con otras mujeres sea la mejor forma de crear un hogar feliz para unos niños. ¡Yo me crié en una familia conflictiva y sé muy bien de lo que estoy hablando, Angelo!

–Creo que no estás siendo práctica. Ninguno de nosotros puede saber lo que nos deparará el futuro. ¿Qué garantías podría darte?

–¿Por abandonar mi casa y comenzar una nueva vida en otro país, dependiendo de ti para todo? Yo te lo diré. El compromiso formal de no estar con ninguna otra mujer mientras estemos juntos –afirmó Flora sin pestañear, mirándolo fijamente–. Es algo irrenunciable sin lo cual no estoy dispuesta a dar un paso.

–Creo que no estás siendo razonable –repitió él secamente–. Nunca he hecho una promesa así a ninguna mujer.

Flora esbozó una mueca de amargura en sus labios. Creía saber lo que ella significaba para él. Angelo la deseaba, pero no lo suficiente como para hacer el sacrificio de comprometerse con ella en la esperanza de poder tener un futuro estable a su lado. La deseaba sólo para el momento y no estaba dispuesto a sellar un compromiso a largo plazo que limitara su libertad para divertirse con otras mujeres.

–Está bien, eso es todo lo que necesitaba saber de ti.

–Pero, ¿qué pasa entonces con Mariska y con el niño que llevas en tu vientre? ¿No se merecen ellos que intentemos, al menos, convivir? –exclamó Angelo con aspereza, indignado por lo que entendía una falta de comprensión por su parte.

Le había hecho, a su modo de ver, una oferta muy generosa. Una oferta que no había hecho antes a ninguna otra mujer. Por otra parte, ninguna le había exigido, con tanto descaro como ella, un compromiso de fidelidad. Era cierto que se lo habían sugerido de forma más o menos persuasiva, pero él había valorado siempre mucho su independencia y su libertad y había conseguido eludir el asunto con habilidad. Sin embargo, ella era diferente a todas las mujeres que había conocido hasta entonces. Llevaba a un hijo suyo en su seno. Pero, ¿qué derecho tenía para chantajearle con eso exigiéndole un compromiso a largo plazo? La mayoría de las mujeres se habrían sentido felices de tener el honor de vivir en su casa y compartir su cama, pero ella, en cambio, había visto aquella proposición como una ofensa.

Se puso tenso. Aquella mujer conseguía sacarle de sus casillas. Pero no estaba dispuesto a claudicar tan fácilmente antes sus exigencias.

–Creo que los niños se merecen algo mejor que el simple hecho de que vivamos juntos –dijo Flora muy serena–. Deberías tener una postura más responsable. Yo no estoy interesada en tu dinero, pero tú sólo me ves como una amante ocasional y yo no tengo intención de asumir ese papel en tu vida. Así que me parece que no tenemos nada más que hablar –añadió ella con una sonrisa forzada y tensa–. No creo que sirva para nada seguir discutiendo sobre este asunto.

Angelo se quedó pasmado. No estaba acostumbrado a que una mujer le hiciera frente de esa manera y menos aún a que pretendiera decir la última palabra, dando por concluida la discusión... ¿Cómo se atrevía ella a darle lecciones de moral?

–¿Cómo piensas plantear entonces tu relación con Mariska? –le preguntó Angelo con desdén.

–Iré a verla todas las veces que pueda.

–No me parece una buena solución.

–Sería peor aún que estuviera con Mariska sólo unas semanas y luego tuviera que dejarla.

–Tampoco hay que ver las cosas de esa manera –replicó él con gesto sombrío.

–¿Ah, no? Pues dime tú entonces qué es lo que podría esperar de un hombre como tú, acostumbrado a divertirte con todas las mujeres que se te antojan sin tener en cuenta para nada los sentimientos de los demás –contestó Flora espontáneamente.

Sabía muy bien que él era un depredador sexual y que acabaría aburriéndose si tuviese que estar con una sola mujer, pudiendo tener a su disposición todas las que quisiese. Su padre nunca se había privado de estar con una mujer que le gustase, sin preocuparse del daño que pudiera estar haciendo a su familia.

Angelo estaba fuera de sí. Parecía una olla a presión hirviendo, sin una válvula de escape que relajara su tensión. Él nunca se había portado mal con las mujeres. Le gustaba el sexo y rodearse de mujeres hermosas, pero nunca había tenido problemas con ninguna. Nunca les había prometido el amor eterno. Todas sus amantes sabían de antemano que no podían esperar de él una relación estable y duradera. ¿Acaso Flora esperaba realmente poder imponerle a él sus propias normas? ¿Con qué clase de hombres estaría acostumbrada a tratar?

–Yo suelo ir al Reino Unido sólo una o dos veces al mes –afirmó Angelo secamente–. Me sería difícil, en esas condiciones, poder prestarte toda la ayuda que necesitas en estos momentos.

–Sabré arreglármelas por mí misma, no te preocupes –contestó Flora, alzando la cabeza muy orgullosa.

Angelo encajó esas palabras como una nueva ofensa a su persona.

–Me dejarás que te acompañe al menos cuando vayas al médico, ¿no? –exclamó Angelo con una mirada de desafío.

–No hace falta que te molestes, no es necesario…

–Es evidente que pretendes dejarme fuera de tu vida –exclamó él indignado.

–No, en absoluto –respondió ella, dirigiéndose hacia la puerta para tratar de dominar el sentimiento de culpa que empezaba a sentir–. Cuando el niño nazca, ya hablaremos.

Después de todo, tenía que reconocer que muchos hombres solían eludir sus responsabilidades después de haberse acostado con una mujer y haberla dejado embarazada. Angelo, en cambio, le había ofrecido en todo momento su ayuda y no había tratado nunca de

rehuirla. Sólo por eso se merecía un respeto.

Angelo se acercó a ella muy enfadado por su postura tan intransigente, pero trató de mantener la calma y los buenos modales.

–Mi chófer te llevará a casa. Seguiremos en contacto… ¡Por favor, no me vengas otra vez con eso de que no es necesario!

Sí, realmente, Flora tenía ya esas palabras en la punta de la lengua y tuvo que apretar los labios para no pronunciarlas. Sabía que Angelo van Zaal era un magnate de los negocios, un hombre muy poderoso, acostumbrado a que todas las mujeres se plegasen a sus deseos. Pero ella no quería entablar una relación que sabía condenada de antemano al fracaso. Eso, además de herir sus propios sentimientos, no haría más que perjudicar a Mariska y al hijo que esperaba. Lo sabía demasiado bien. No en vano, ella había tenido una infancia marcada por las continuas peleas de sus padres, y no quería transmitir a los niños esa misma sensación de temor e inseguridad que ella había sufrido.

Con un gesto de frustración y amargura, Angelo contempló cómo Flora abandonaba su apartamento. No recordaba haberse sentido nunca tan enfadado con una mujer. Flora Bennett tenía la virtud de sacarle de quicio y lo había vuelto a conseguir una vez más. Había pensado que aceptaría de buen grado la oportunidad de poder vivir con él, y no sólo por razones económicas. Era indudable que había una atracción sexual entre ellos. Eso, ya de por sí, era una razón más que suficiente para mantener una relación, pero ella parecía no querer verlo. Le resultaba muy duro aceptar que su primer hijo fuera a nacer en aquellas condiciones, con una madre que no quería saber nada de su progenitor. Si era así ahora, ¿cómo sería después, cuando hubiera nacido su hijo? Torció la boca en un gesto de amargura. Y todo porque le consideraba indigno, por no haberse querido doblegarse a la condición que ella le había impuesto de no verse con ninguna otra mujer mientras ella estuviese con él.

Cuando Flora volvió esa misma noche a Charlbury St Helens se metió en la cama nada más llegar. Pero no pudo conciliar el sueño. Estuvo dando vueltas en la cama preguntándose cómo podría haber sido su vida con Angelo en Amsterdam.

Con toda seguridad, no habría durado una semana, se dijo muy convencida. Él se habría cansado de ella en seguida y se habría ido con aquellas mujeres que tanto le gustaban. Después de todo, ella no era una diosa del sexo y él era un millonario muy atractivo. Angelo no era de esa clase de hombres que se conforma con una sola mujer. Además, estaba Mariska y su bebé. Ellos se merecían algo mejor que unos padres a los que sólo les unía una relación de conveniencia.

Pero una voz interior le hacía algunas preguntas que ponían en duda todos esos pensamientos tan sensatos. ¿Y si la relación entre

ellos funcionase a pesar de todo? ¿Y si Angelo recapacitase y estuviese dispuesto a no estar con ninguna otra mujer mientras durase su relación?

Sus ojos verde esmeralda cobraron un brillo especial en la oscuridad de la noche, pensando en aquel mundo improbable pero maravilloso que podría vivir junto a él. ¿Y si, llevada por sus miedos y los fantasmas del pasado, había sido demasiado intransigente? ¿Y si había cometido un error no dándole a Angelo una oportunidad?

Se revolvió en la cama y dio un manotazo a la almohada con todas sus fuerzas. Seguía siendo una ingenua. Pronto creería que un hada que habitaba en el hueco de un árbol de jardín le concedería los tres deseos que pidiese. No, no había nada que hacer. Angelo no estaba enamorado de ella, ¿por qué había de renunciar a esas otras mujeres tan hermosas que tenía a su disposición? Ella había sido sólo un accidente en su vida, una aventura pasajera. ¿Qué podía esperar de eso?

La experiencia de su madre le había enseñado que las mujeres eran las que frecuentemente se hacían cargo de los hijos y las que más tenían que sacrificarse. Su infancia había estado profundamente marcada por las desavenencias de sus padres.

Aunque comprendía que lo ideal para un niño era vivir con su padre y su madre, llegó al convencimiento de que había tomado la decisión correcta. Seguiría ella sola adelante con su embarazo.

## Capítulo 6

ANGELO se bajó de la limusina al llegar a la casa de Flora y contempló el edificio durante unos instantes. Era una construcción muy bonita toda cubierta de hiedra. Observó, contrariado, que había tres coches aparcados a la entrada. Se preguntó cuántos clientes tendría Flora esa mañana y cómo se las arreglaría para atenderles a todos.

Era una preocupación inútil, pues ella le había dejado bien claro que eso no era de su incumbencia, pero a pesar de todo no pudo evitar una expresión sombría en sus ojos azules. En los últimos dos meses, ella había dejado patente su deseo de mantenerse alejada de él y de no aceptar ninguna ayuda. Respondía a todas sus llamadas telefónicas con palabras vagas e impersonales, sin decirle prácticamente nada. Él le había ofrecido pasarle una asignación mensual para que tuviera que trabajar menos, pero ella la había rechazado también.

Angelo estaba totalmente desconcertado por su actitud. No tenía sentido. Flora Bennett era para él un misterio, y él odiaba los misterios. Si el informe sobre Flora y su hermana Julie, que aquel investigador privado le había entregado hacía dos años, estaba en lo cierto, el dinero que él le había ofrecido debería haberla hecho muy feliz. Pero nada más lejos de ello. Así que una de dos, o el informe estaba equivocado o ella estaba maquinando un plan mucho más inteligente y astuto del que él se había imaginado. Aunque, por otra parte, no parecía normal que una mujer ambiciosa desaprovechase la oportunidad de llevar una vida de lujo con un multimillonario. ¿Por qué podría rechazar su ayuda económica? ¿Sería sólo una argucia para demandarle después y exigirle por vía judicial una cantidad de dinero mucho mayor? Eso era perfectamente posible, se dijo para sí con amargura.

Aquellas sospechas levantaban una barrera infranqueable en su relación con la madre de su futuro hijo. Además, por primera vez en su vida, abordaba una relación complicada con una mujer, tratando de buscarle una solución, en vez de olvidarse del caso como había hecho en otras ocasiones. Él nunca había querido complicarse la vida con una mujer. Antes de que pudiera surgir el más leve roce, había cortado siempre por lo sano. Ahora, en cambio, iba más en serio y lo único que estaba consiguiendo era recibir desaires. Era algo realmente desmoralizador.

Tenía una mente muy metódica y se regía por unos principios muy claros, pero aquellos sentimientos de frustración e indignación, tan desconocidos hasta entonces para él, le sacaban de quicio. No lograba concentrarse en sus negocios como antes y tenía con frecuencia momentos de distracción en las reuniones de trabajo. Se fijaba en

todas las mujeres embarazadas y pelirrojas que veía a su paso. Y para colmo, llevaba sin acostarse con una mujer desde el día que había estado con Flora en la casa flotante, así que estaba muy nervioso y tenso. El sexo había actuado siempre en él como una válvula de escape para relajar la tensión después de sus duras jornadas de trabajo. En ese sentido, el sexo era equiparable a las actividades deportivas que practicaba en el gimnasio. Algo sin complicaciones ni quebraderos de cabeza. Sin embargo, se había vuelto últimamente bastante insensible a los encantos de esas mujeres tan espectaculares con las que tanto había disfrutado sexualmente hasta entonces. Parecía haber perdido su libido, siempre a flor de piel. Ya no sentía aquel irrefrenable deseo sexual. Y lo peor de todo era que no sabía a qué podía ser debido.

Llamó al timbre de la puerta, sabiendo de antemano que su visita inesperada sería tan bien acogida como el granizo en la época de la cosecha. La verdad era que había sido una decisión de última hora. La noche anterior, no había podido resistir más y había reservado una plaza en el último vuelo a Londres, y debido a la hora tan intempestiva no se había atrevido a avisar a Flora de su llegada. Un desconocido le abrió la puerta. Pasó dentro y vio en el vestíbulo a tres parejas de mediana edad, que supuso serían huéspedes de Flora.

–¿Dónde está Flora? –preguntó Angelo.

–Arriba, en el cuarto de baño… parece que está algo indispuesta –le dijo una de las mujeres–. Nos estábamos disponiendo a salir en este momento.

–¡Y sin desayunar! –refunfuñó descontento un hombre que parecía el de más edad del grupo.

–Si me dan un par de minutos para ver cómo está Flora, yo trataré de arreglar eso –dijo Angelo, subiendo las escaleras de dos en dos, muy preocupado.

Le llevó sólo unos segundos dar con la puerta del cuarto de baño. Llamó a la puerta con los nudillos.

–¿Flora? Soy Angelo. ¿Estás bien?

No. Flora no estaba precisamente en su mejor momento. Estaba pálida y temblorosa, con las manos agarradas al borde de la taza del váter. Se sentía tan mareada, que no podía pensar con lucidez. ¿Por qué razón había ido Angelo otra vez a verla? No se sentía con fuerzas ni para enfadarse con él, como habría hecho en condiciones normales. Tampoco le hubiera valido de nada, Angelo parecía muy decidido a tomar la iniciativa, sin importarle lo que ella pudiera decir.

Flora abrió la puerta sólo una rendija, agarrándose al tirador. Él empujó entonces un poco la puerta y ella retrocedió unos pasos tambaleándose. Angelo la miró fijamente. A pesar de todo, tenía mejor color que las mujeres que acababa de ver al entrar en el vestíbulo,

pensó él, admirando su maravillosa melena pelirroja que parecía despedir llamaradas de fuego, contrastando con su piel blanca. Y de repente, sintió recobrar aquella libido que parecía haberse apagado incluso con aquellas espectaculares bellezas cuyos números de teléfono guardaba celosamente en la agenda de su móvil.

–Sí, estoy bien… Sólo tengo unas náuseas horribles –dijo ella con sarcasmo–. Bienvenido al mundo de las embarazadas.

Pero Angelo, lejos de sonreír, se quedó asombrado de sus ojeras y su palidez. Se le marcaban los pómulos de la cara y la ropa le quedaba ancha. Sin lugar a dudas, había perdido bastante peso desde la última vez.

–¡Dios mío, qué mal aspecto tienes! –exclamó él, retractándose de la maravillosa impresión que le había causado unos segundos antes.

Flora se sintió decepcionada al oír sus palabras. Él, en cambio, estaba espléndido, con su maravilloso pelo negro algo despeinado por la brisa de la mañana, sus facciones tan varoniles y su boca tan sensual. Iba vestido de forma bastante más informal de la que era habitual en él.

–Deberías echarte un rato –le dijo Angelo.

–No puedo –se quejó ella–. Tengo a los clientes abajo, esperando el desayuno…

La cocina era lo que ella más temía. Había ciertos olores cuando cocinaba que le producían unas náuseas espantosas.

–No te preocupes, yo me encargaré de ellos. Tú ve a la cama –insistió Angelo muy seguro de sí.

Flora nunca había visto a Angelo metido en una cocina y se preguntó qué sería capaz de hacer.

–Pero…

–Nada, nada, ve y acuéstate –le dijo de nuevo, abriendo la puerta de la habitación de al lado que había supuesto, con toda lógica, sería la suya.

Flora estaba rendida. Sentía los brazos y las piernas como si fueran de plomo. Nunca se había sentido tan cansada en toda su vida. Así que se dirigió hacia su cama como una sonámbula y se desplomó literalmente en ella.

Angelo cerró la puerta y llamó por teléfono al hotel en el que se había alojado esa noche al llegar. Un par de minutos después, dio instrucciones a su chófer para que llevara a los clientes de Flora a desayunar a su hotel. Después de asegurarse de que todos quedaran satisfechos con el arreglo, subió a ver a Flora y le explicó lo que había hecho.

Flora lo miró pensativa con sus ojos verdes, impresionada por la habilidad que había demostrado manejando aquella situación tan delicada. Hubiera quizá disfrutado más viéndole con una sartén en la

cocina, pues pensó que, para un hombre de negocios como él, acostumbrado a resolver situaciones difíciles, aquélla le habría parecido cosa de coser y cantar.

–Soy consciente de lo poco que sé sobre mujeres embarazadas –dijo Angelo con mucho tacto, tratando de ocultar todo lo que había aprendido en los diversos libros que había estudiado sobre ese tema en las últimas semanas–. Claro que he oído hablar de las náuseas y los mareos matinales, pero creo que los síntomas que tú tienes no son normales. Debería verte un médico.

–Ya me están viendo –respondió Flora con claras muestras de cansancio, dándose la vuelta en la cama y metiendo la mano por debajo de la mejilla para sentirse más cómoda–. Mi médico de cabecera dice que esto es algo que le pasa a algunas mujeres y que seguramente se me pasará en unos días.

–Me gustaría que te viera de nuevo Natalie en su consulta –afirmó Angelo.

Muerta de sueño, Flora asintió mecánicamente con la cabeza. Estaba dispuesta a consultar con cualquiera que pudiese hacerle más soportable aquellas náuseas que sentía a todas horas. Era como si aquel embarazo se hubiese adueñado de su vida, minando toda su vitalidad y sus energías.

Se quedó dormida. Angelo, con gesto preocupado, la tapó delicadamente con la colcha. Luego llamó a Natalie para concertar una cita y exponerle la situación. Las primeras impresiones de la doctora no fueron precisamente muy tranquilizadoras.

Flora despertó cuando Angelo la tocó en el hombro. Miró hacia arriba y vio el atractivo rostro de Angelo contemplándola con sus maravillosos ojos azules. Sintió el corazón latiéndole apresuradamente dentro del pecho.

–¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

–Alrededor de dos horas –contestó él–. Te he tenido que despertar porque quiero que vayamos a que te vea Natalie esta misma tarde.

–¿Me da tiempo a darme una ducha? –preguntó ella incorporándose muy lentamente, consciente de que cualquier movimiento brusco podría provocarle otra vez los mareos.

La ducha pareció levantarle un poco el ánimo. Mientras se vestía, se miró en el espejo y se dio cuenta del peso que había perdido en las últimas semanas y de lo que había empeorado su aspecto. Ya no se podía abrochar los pantalones que llevaba habitualmente y tuvo que ponerse la ropa que se había comprado recientemente, una falda premamá con la cintura elástica y una blusa un par de tallas más grande que la suya. A pesar de que estaba aún en los primeros meses del embarazo, tenía los pechos muy hinchados y la cintura y las caderas mucho más anchas de lo normal. Hizo una mueca de

desagrado. Con ese aspecto tan horroroso, ya no le parecería a Angelo tan hermosa como antes.

Cuando se acabó de vestir, bajó con Angelo y entraron en la limusina.

–Tienes demasiados huéspedes en la casa –le dijo Angelo–. ¿No comprendes que no puedes atender a tanta gente tú sola en el estado en que estás?

Unas semanas antes, a Sharon Martin, la asistenta que Flora había contratado a tiempo parcial, le habían diagnosticado un cáncer y la mujer estaba en tratamiento. Flora no había logrado encontrar una sustituta y había tratado de arreglárselas ella sola para no tener que cancelar las reservas que ya tenía hechas.

–Ha sido un verdadero infierno –admitió ella a regañadientes.

–Sin embargo, a pesar de todo, encontraste tiempo para ir a ver a Mariska a Amsterdam casi todas las semanas –comentó Angelo.

–Es tan pequeña... Si no hubiera ido a verla con regularidad, se habría olvidado de que tiene una tía –replicó Flora con tristeza.

Angelo recibió entonces una llamada en el móvil. Mientras hablaba, Flora se quitó los zapatos y se acurrucó en el asiento tratando de buscar una postura más cómoda, apoyando la mejilla en el respaldo de cuero del asiento. En un abrir y cerrar de ojos, se quedó otra vez profundamente dormida y Angelo tuvo que despertarla cuando llegaron a la clínica.

–Lo siento –dijo Flora, mientras se tapaba avergonzada la boca con la mano para evitar un bostezo y se arreglaba un poco el pelo con la otra–. Tengo mucho sueño atrasado.

Pasaron a la sala de espera y se sentaron. Fueron unos minutos muy tensos. Flora se sentía incómoda por la forma en que Angelo la miraba con gesto de preocupación. En su anterior visita a la doctora Ellwood, Angelo se había comportado de modo muy diferente. No le había prestado la menor atención y se había puesto a trabajar con el ordenador portátil y el móvil como si estuviera en su despacho. Tuvo un sentimiento de mala conciencia. No se había portado muy bien con él aquellas últimas semanas. Él había tratado por todos los medios de ponerse en contacto con ella para interesarse por su estado y ella había eludido, muy orgullosa, responder con claridad a sus preguntas. ¿Por qué había demostrado aquella hostilidad hacia él?

Natalie hizo pasar a Flora a su despacho. Estuvo hablando con ella unos minutos sobre los síntomas que tenía y luego le hizo unas pruebas y un análisis de sangre. Una enfermera le pasó después a una salita donde se practicaban las ecografías y la ayudó a echarse en una especie de camilla preparada al efecto.

–Angelo dice que le gustaría estar presente –le dijo Natalie, al entrar.

Flora se incorporó muy sorprendida.

–Mmm...

Pero Angelo entró en la sala, antes de que pudiera decir otra cosa, muy interesado en poder ver la primera imagen de su hijo. Ella se tumbó de nuevo, mientras Angelo se ponía discretamente a su lado, apoyado en la pared, mirando con mucha atención la pantalla.

Tras aplicar a Flora una especie de gel y pasarle varias veces una sonda por el vientre, la doctora se volvió hacia ellos.

–Bueno, es lo que me sospechaba –dijo Natalie con cara de satisfacción–. Ahí en la izquierda, está el primer bebé… podéis ver cómo le late el corazón… y ahí al lado está el segundo… –dijo la doctora moviendo ligeramente la sonda sobre el vientre de Flora–. ¡Y escondido detrás de su hermano, está el tercer bebé! –añadió ella con un suspiro, señalando otro punto en el monitor–. Tengo que reconocer que me equivoqué, estaba convencida de que eran gemelos, pero no, vas a tener trillizos, Flora. Ésa es la razón por la que tienes tantas náuseas y mareos, es todo producto del profundo cambio hormonal que estás experimentando.

–¿Trillizos? –exclamó Flora sin poder dar crédito a lo que acaba de oír–. ¿Quiere decir que son tres?

Sintió entonces una mano grande y varonil agarrando con fuerza la suya.

–¡Es una gran noticia! –exclamó Angelo con mucha entereza.

Flora, asombrada de su reacción, giró un poco la cabeza para verle y esbozó una leve sonrisa al ver la cara tan pálida que se le había quedado. Sin duda, estaba tan sorprendido como ella, pero sabía disimularlo mejor. Flora se quedó perpleja al pensar lo que se le venía encima. Tres bebés en vez de uno. Había tratado de hacerse a la idea de lo que sería compaginar el cuidado de su bebé con la custodia de Mariska y se había consolado pensando que, para cuando su hijo naciese, su sobrina ya sería un poco más mayorcita y requeriría menos cuidados.

Pero la noticia de los trillizos trastocaba todos sus planes. Superaba con creces todas sus previsiones. Sería todo un reto poder continuar con su negocio de alojamiento y desayuno, y a la vez atender a los bebés. Durante los primeros meses, tendría que echar mano seguramente de los ahorros que tenía en el banco. Aunque, pensándolo mejor, aquel dinero representaba la seguridad de sus tres hijos y de ella misma de cara al futuro, y sería mejor dejarlo donde estaba. Sí, sería más prudente hacer un esfuerzo y seguir trabajando.

–Aún es pronto para conocer el sexo de los bebés –dijo la doctora Ellwood con una sonrisa–. ¿Ha habido algún caso de embarazo múltiple en alguna de las dos familias?

Flora movió la cabeza con gesto negativo mientras Angelo apretó

los labios para que no saliera de su boca la amarga historia de su familia. Sabía los riegos que implicaba un embarazo múltiple y le preocupaba la salud de Flora. La ayudó a bajarse de la camilla con mucho cuidado y la acompañó de nuevo al despacho de la consulta de Natalie.

La doctora le recomendó que evitase todo tipo de estrés, descansase mucho y comiese poco pero más veces al día. Tenía que recuperar el peso que había perdido. Si las molestias no remitían, sería aconsejable acudir a un hospital para recibir un tratamiento adecuado. Flora se asustó al oír ese último consejo. No se le había pasado nunca por la cabeza que tanto la salud de sus bebés como la de ella pudieran correr peligro. Y necesitaba estar más fuerte que nunca para poder dar a luz y luego criar a sus tres hijos.

–Me gustaría que te vinieses conmigo a Amsterdam –dijo Angelo mientras salían de la clínica–. No, no discutas conmigo… piensa en las ventajas. Podrás descansar en la cama todo el día si lo necesitas. No tendrás que cocinar, te lo darán todo hecho. Podrás estar todo el tiempo que quieras con Mariska en vez de con esos huéspedes tan exigentes e impertinentes que tienes.

–Sí, Mariska nunca me pedirá que le haga un par de huevos fritos por la mañana temprano –replicó Flora con una sonrisa, aunque tratando de no dejarse atrapar en las redes de aquel mundo tan maravilloso que Angelo le estaba pintando–. De todas formas, Angelo, estoy acostumbrada a trabajar y a mantenerme ocupada.

–Pero ahora necesitas algún tiempo de descanso para recuperarte.

Sí, era verdad. Eso no admitía discusión, se dijo ella. Sabía que había perdido bastante peso y la doctora había hecho hincapié en que, si seguía con aquel estrés, sólo conseguiría agravar sus molestias y empeorar su estado. Por otra parte estaría encantada, a la vez que distraída, cuidando de Mariska. Era difícil negarse a aceptar lo que Angelo le proponía. Sintió que se dejaba llevar por las idílicas imágenes de las pintorescas calles y canales de Amsterdam y por las comidas que le llevarían a la cama sin que ella tuviera que mover un dedo.

Angelo la ayudó a entrar en la limusina. Aunque no había dicho nada al respecto, la perspectiva de convertirse en el padre de cuatro hijos le había dejado de una pieza. Si le hubieran dicho tres meses antes que iba a tener un hijo no se lo habría creído. Miró ahora a Flora, sentada a su lado. Desde su ángulo de visión, podía ver parte de sus abultados pechos bajo el escote de la blusa tan amplia que llevaba. Había algo increíble y poderosamente erótico en aquella ilícita visión que le hizo recordar el sabor de su cuerpo y el perfume de su piel. Sintió un impulso irrefrenable de lujuria corriendo por su cuerpo como un río de lava que provocó en él una fuerte y descontrolada

erección. Se acercó un poco a ella y la miró con un brillo especial en sus ojos azules de zafiro.

–Debes saber que aún te deseo, cariño.

Después de la noticia de los trillizos, Flora se sintió conmovida al escuchar esas palabras de su boca. Era algo inesperado pero hermoso. Casi se había hecho a la idea de que en ese estado no tenía ya ningún atractivo físico para los hombres y mucho menos para un hombre como Angelo, acostumbrado a aquellas supermodelos de medidas tan perfectas. Sintió la boca reseca y se pasó la punta de la lengua por los labios.

–Eres tan sexy… –le susurró Angelo al oído, inclinándose hacia ella y besándola en la boca con pasión.

Ella sintió su lengua húmeda buceando dentro de su boca y la sangre agolpándose en sus venas, como si no tuvieran la anchura necesaria para que fluyera a través de ellas. Se abrazó a él.

Las sensaciones que le habían provocado tantas noches de insomnio parecían revivir de nuevo. Sintió un calor intenso y un extraño hormigueo bajando por el vientre y el pubis hasta sus zonas más sensibles, al tiempo que sus pezones se ponían rígidos y notaba una cálida humedad entre sus muslos.

–Te deseo –dijo Angelo, besando una y otra vez, con sus sensuales labios, el delicado cuello de Flora, al tiempo que deslizaba una mano por debajo de su blusa tratando de acariciar sus pechos y sus pezones.

Flora, en un gesto brusco, se apartó de él unos centímetros.

–¡No! –exclamó ella muy turbada y como asustada.

–Lo siento. Me excitas tanto, que me olvidé del estado en que estás.

Aun con las hormonas revueltas, ella no le habría confesado por qué se había apartado de él. No era, ni mucho menos, porque estuviera indispuesta o mareada. Ninguna fuerza de este mundo la habría obligado a admitir que lo había hecho para que él no se diese cuenta de que llevaba puesto un sujetador muy aparatoso. «Me excitas tanto», le acababa de decir. No pensaría igual si la viese con ese sujetador, se dijo para sí, avergonzada. Pero no podía olvidar la emoción que había sentido al oírle decir que le seguía pareciendo sexy.

–Ahora no –añadió ella con las mejillas encendidas, tratando de dejar una puerta abierta para el futuro–. En Amsterdam.

–Entonces, ¿vendrás a Amsterdam conmigo? –exclamó Angelo lleno de satisfacción.

Flora no se atrevió a mirarlo a los ojos. Había estado sopesando los pros y los contras de aquella decisión muchas noches sin poder dormir y le había estado dando largas todo ese tiempo. No podía ahora, se dijo ella, rendirse tan fácilmente. Él podría pensar que era una cabeza hueca, que tomaba sus decisiones a la ligera, diciendo hoy una cosa y

mañana otra. Pero se sentía tan débil e indefensa en aquel momento...

–Mis mascotas tendrían que venir también conmigo y tendríamos que preparar un montón de cosas para el viaje...

–No tienes que preocuparte de nada, yo me encargaré de arreglarlo todo. Tú sólo tienes que descansar para recuperarte cuanto antes.

–No sé si saldrá bien, no sé si podré vivir contigo…

Angelo le puso una mano en la barbilla obligándola a mirarlo a los ojos, que le brillaban en ese instante con un tono azul cerúleo.

–No te cuesta nada probarlo.

Flora no pensaba igual, pero se lo calló. No quería acostumbrarse a estar junto a él para luego sufrir una decepción. Ya había pasado antes por esa amarga experiencia. Cuando estuvo con Peter, había pensado que ella era la mujer de su vida y al final todo se quedó en nada. ¿Sería alguna vez la mujer ideal de algún hombre? Si no se hubiera quedado embarazada, ¿le habría ofrecido Angelo irse a vivir con él? Lo más probable era que no hubiera vuelto a saber nada más de su vida. Aquellas dudas la mortificaban y la herían profundamente en su orgullo.

–Tienes que ser sensata –dijo Angelo, tomándole la mano–. Tenemos ahora cuatro niños por los que mirar. Si no puedes ver las cosas con optimismo, míralas al menos con sentido práctico.

La palabra «práctico» le sonaba a conveniencia, no era la que hubiera querido escuchar de sus labios en ese instante. No quería que Angelo van Zaal le ofreciese ir a vivir con él sólo porque iba a tener trillizos y por ser la tía de Mariska. Necesitaba desesperadamente ser querida por ella misma.

–No quiero ser práctica… Quiero ser amada –afirmó Flora con vehemencia, abriéndole su corazón.

Angelo la miró con un gesto de extrañeza, como si hubiera acabado de decir alguna cosa indigna o carente de sentido.

–¡Nunca he estado enamorado!

–¿Nunca? –exclamó ella con cara de incredulidad, arqueando las cejas.

–Quizá alguna vez, cuando era un estúpido adolescente –replicó Angelo con una sonrisa burlona.

Aquello le cayó a Flora como un jarro de agua fría. Sintió deseos de darle una bofetada.

–¿Debo suponer entonces que no crees en el amor?

–Yo creo en el sexo –contestó Angelo–. ¡Y no me vayas a decir que tú te enamoraste perdidamente de mí aquel día en la casa flotante y ésa fue la única razón por la que quisiste acostarte conmigo! ¡Eso no hay quien se lo crea!

Al oír aquellas palabras tan ofensivas y cínicas, Flora tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no darle una bofetada.

–Me temo que no puedo explicarte aún la razón por la que estuve contigo.

–¡Por el sexo! –repitió él, muy convencido.

Flora pareció perder la paciencia y el autocontrol de que había hecho gala hasta entonces.

–Está bien, si ésa es la única razón que tú ves para que vivamos juntos, te lo digo desde ahora, no pienso ir contigo a Amsterdam. Puedo encontrar, en cualquier parte, eso que a ti te parece tan importante. No tengo necesidad de irme de aquí para tener una aventura.

Angelo, frustrado por su nuevo rechazo, la miró fijamente echando fuego por los ojos.

–Creo que no estás siendo razonable, cariño. Yo no puedo darte amor, pero puedo respetarte, cuidarte, darte todos los caprichos y compartir contigo la pasión que siento por ti, pero no me pidas algo que no puedo darte.

¡Respeto!, ¡cuidados!, ¡sexo!, ¡caprichos!, se dijo Flora, enumerando todas aquellas cosas que él estaba dispuesto a darle pero entre las que no se encontraba la que ella verdaderamente quería.

–¿Por qué no? ¿Ves algo de malo en mí? –replicó ella, devolviéndole la mirada con aire desafiante.

–No –replicó él a punto de perder la paciencia–. Es simplemente que no van conmigo esas cosas del amor y los romances.

Flora se encogió de hombros, resignada a admitir que Angelo era un caso imposible.

–Está bien, pero has de saber que me siento aún muy joven y llena de vida como para conformarme con el respeto y la simpatía de un hombre.

Angelo apretó los puños y contó mentalmente hasta diez. Pero no consiguió, a pesar de ello, recobrar la calma. Ella le estaba exigiendo algo que no entraba en sus planes.

–¡Creo que, te ofrezca lo que te ofrezca, a ti nunca te parecerá bastante!

–Ten cuidado con lo que dices. Vemos las cosas de una manera muy distinta y eso podría ser un arma de doble filo. Podría irme a vivir contigo y luego enamorarme perdidamente de otro hombre –dijo Flora con voz muy dulce pero llena de intención.

–No, no podrás hacer una cosa así, cariño –replicó Angelo muy sereno–. Estaré muy pendiente de ti y no te lo permitiré.

–¿Y cómo piensas impedírmelo? Te pasas casi todo el día fuera trabajando. ¿Acaso has pensado en encerrarme por las noches en la bodega?

–No. Tengo un plan mejor que ése. Te tendré siempre muy satisfecha. No creo que, después de estar conmigo, tengas ganas de

irte con otro hombre.

Y como si quisiera ilustrar sus palabras con los hechos, se inclinó hacia ella y la besó apasionadamente en la boca, estrechando su cuerpo con fuerza entre sus brazos. Ella sintió la dureza de su pecho musculoso sobre sus pechos inflamados y una especie de escalofrío pareció transmitirse, vértebra a vértebra, por su columna, hasta llegar, convertido en un calor dulce y húmedo al lugar más sensible e íntimo de su feminidad. Tuvo que apartar la boca unos centímetros para poder recobrar el aliento. Se sintió entregada a aquella pasión y a aquel deseo que acaba de menospreciar. Inclinó la frente sobre el hombro de él, tratando de recuperar la calma. Angelo tenía el poder de hacerla rendirse con un simple beso.

–Tenlo bien en cuenta –dijo ella, en un intento de decir la última palabra–. El sexo no es suficiente para mí. Si conozco a otro hombre que…

Pero no pudo terminar la frase. Angelo puso los dedos sobre sus labios sellando su boca. Luego la miró fijamente con los ojos entreabiertos como si quisiera que penetrasen sus palabras en lo más hondo de su alma y se quedasen allí grabadas para siempre.

–Tendrás conmigo más que suficiente, cariño.

## Capítulo 7

UNA semana después de esa conversación, Flora recibió la visita de su amiga Jemima, una hermosa rubia de ojos azules a la que hacía varios meses que no veía. Jemima estaba casada con Alejandro, un aristócrata español, con el que tenía dos hijos, Alfie y Cándida. Flora había estado visitando regularmente a su amiga en el castillo que Alejandro tenía en España, hasta el trágico accidente que había acabado con las vidas de los padres de Mariska, momento a partir del cual, cambió sus viajes a España por los de Amsterdam para ir a ver a su sobrina huérfana.

Jemima sabía ya, antes de ir, que Flora estaba embarazada, así que abordó la cuestión sin más preámbulos.

–Creo que deberías ir con él a Amsterdam y darle una oportunidad. Sería maravilloso que las cosas funcionasen entre vosotros y tu sobrina y tus hijos pudieran tener un padre y una madre.

–¿Y si no funciona? –exclamó Flora frunciendo el ceño.

–Al menos lo habrás intentado. Es un riesgo que tienes que correr. A mí me costó también mucho reconciliarme con Alejandro y ahora somos muy felices –le recordó Jemima, que había estado separada de su esposo durante dos años antes de tomar la decisión de volver con él por el bien de su hijo, Alfie–. Comprendo que tengas miedo de dejar tu vida aquí en Inglaterra y que luego puedas sufrir un desengaño, pero tienes que intentarlo. Es la única forma de que sepas de verdad si Angelo y tú os podéis llevar bien.

–Lo que pasó entre nosotros sólo fue algo accidental –dijo Flora con tristeza–. No creo que Angelo y yo estemos destinados a vivir juntos.

–Flora, llevas mucho tiempo sin confiar en los hombres desde lo que te pasó con Peter.

–Yo diría que desde hace bastante más tiempo. Mi padre era un mujeriego empedernido y creo que Angelo…

–¿No me digas que Angelo es también un mujeriego? –la interrumpió Jemima con cara de sorpresa.

–No sabría decírtelo –contestó Flora con gesto desconsolado–. Pero es un hombre muy atractivo y con mucho dinero y puede tener a todas las mujeres que quiera. Además, no cree en el amor y no está dispuesto a tener una relación seria y estable con una mujer.

–Pero quiere mucho a Mariska, de otro modo no se habría preocupado tanto por ella. Yo, en tu lugar, no perdería tan pronto la esperanza. Una niña es una carga muy grande para un hombre soltero como él –dijo Jemima tratando de medir las palabras–. Está haciendo todo lo posible para ayudarte a ti y es evidente que quiere también a los trillizos. Eso dice mucho en su favor.

–Yo no digo que tenga malos sentimientos. Sí, parece que le gustan mucho los niños –admitió Flora, a su pesar.

–Y tú también debes gustarle mucho –dijo Jemima con una sonrisa–. Si no, no estarías ahora como estás. Si no le importases nada, no te habría propuesto que te fueras a vivir con él. No debe ser tan grave esa fobia de la que tú hablas, cuando está dispuesto a tenerte en su casa y compartirlo todo contigo.

Animada por el optimismo de su amiga, Flora comenzó a reconsiderar su decisión. En el fondo de su corazón reconocía que, a pesar de sus temores, estaba deseando reunir el valor necesario para darle una oportunidad. La ponía furiosa de vez en cuando, pero le encontraba muy atractivo y se sentía muy a gusto a su lado. No había vuelto a sentir una sensación así con un hombre desde su ruptura con Peter y deseaba profundizar más en aquella relación.

Tres días después de la partida de Jemima, una compañía de mudanzas llegó a su casa, embaló y empaquetó todas sus pertenencias personales para llevarlas a Amsterdam y dispuso unas jaulas especiales para transportar al perro y al gato. Angelo la llamaba casi todos los días pero, como estaba muy ocupado con sus viajes y sus reuniones de trabajo, apenas tenían tiempo para mantener una conversación seria. Flora ya se estaba sintiendo mucho mejor desde que había cancelado todas las reservas de huéspedes que tenía, y se pasaba la mayor parte del día reposando o dando pequeños paseos. Comenzaron a remitir las náuseas y los mareos y fue recobrando poco a poco el apetito.

Tres semanas después de aquella visita a la doctora Ellwood, Flora llegó a Amsterdam, a la casa de Angelo.

Skipper, el perro, que había llegado dos días antes, salió corriendo a su encuentro muy contento y ella le abrazó y se lo puso debajo del brazo mientras el conductor del taxi que la había recogido en el aeropuerto le llevaba las maletas. Teresa, el ama de llaves de la casa, le dijo que Mango, el gato, estaba durmiendo plácidamente, acurrucado en su canasta, al calor de la cocina.

–Teresa le está echando a perder con tantos mimos –le dijo Anke con una sonrisa mientras bajaba por las escaleras con Mariska en brazos–. Siente adoración por los gatos.

Al ver a su tía, la niña se puso muy contenta y le abrió los brazos en un gesto entrañable de cariño. Flora, emocionada, le dio un abrazo que tuvo la virtud de disipar todas las dudas y angustias que la habían estado atormentando desde que había decidido ir a Amsterdam a vivir con Angelo. Al sentir las mejillas de Mariska sobre su cara, llegó al convencimiento de que había tomado la decisión correcta.

Teresa la acompañó a su habitación y, tras cambiarse y ponerse cómoda, se fue luego al cuarto de la niña y se puso a jugar con ella. Estaba sentada en la alfombra a su lado, ayudándola a hacer unas

torres de juguete que Mariska derribaba luego entre risas, cuando recibió una visita inesperada.

Un elegante rubia platino, con una hermosa blusa y unos pantalones de un tono gris que realzaban aún más el tono plateado de su pelo, llamó suavemente a la puerta entreabierta del cuarto.

–Espero que no te importe que haya venido. Le avisé a Teresa de mi visita –dijo con una amplia sonrisa mostrando sus dientes blancos y perfectos–. Cuando Angelo me dijo que ibas a llegar hoy, quise ser la primera en venir a darte la bienvenida a nuestra ciudad.

Era Bregitta Etten, a quien había conocido ya en esa misma casa el día que se había acostado con Angelo. Recordó que Angelo y Bregitta parecían estar preparados para ir a algún lugar esa noche y que no había tenido el valor para preguntar cuál era la relación que había entre ellos. Ahora, meses después, seguía sin saberla. Se puso de pie para saludarla, mientras Mariska, que aún no andaba con soltura, se agarraba a los pantalones de su tía.

–Gracias –respondió Flora con cierta timidez, acariciando con ternura la cabeza de la niña.

–Es maravilloso verte con la hija de Willem… ¡Pobre niña! ¡Qué desgracia! ¡Verse huérfana de padre y madre así de repente! –exclamó Bregitta suspirando y con un gesto de pena–. Aunque todo tiene su lado bueno. Mariska heredará una gran fortuna. Eso la ayudará a superar su tragedia –Flora frunció el ceño sorprendida por el tomo frívolo de aquel comentario–. Mariska recibirá el fideicomiso de su padre cuando cumpla la mayoría de edad. ¿No lo sabías?

No. Era la primera noticia que tenía. Flora se sintió avergonzada de que Angelo no hubiera tenido la confianza necesaria para decírselo. Sin duda, Bregitta estaba mucho mejor informada que ella sobre la asuntos privados de la familia van Zaal, y eso le sentó muy mal.

–Willem habría malgastado su herencia si hubiera tenido la ocasión –siguió diciendo Bregitta–. Ahora, Angelo tiene que hacerse cargo de Mariska, cosa que supone una gran responsabilidad para él.

–Sé que Willem tuvo sus problemas –replicó Flora muy altiva, tratando de medir sus palabras–. Pero me gustaba, era amable y amaba a mi hermana.

–No era mi intención ofenderte –dijo Bregitta con pesar–. A nosotros, los holandeses, nos gusta ser sinceros.

–¡Oh, no, no me has ofendido! –respondió Flora, preguntándose por qué le resultaba tan difícil congeniar con aquella mujer aparentemente tan simpática y amable.

–No debería haberlo dicho –afirmó Bregitta, echándose hacia atrás su preciosa melena rubia–, pero es que Angelo tiene ya demasiados compromisos en la vida.

–No lo sabía –le confesó Flora, preguntándose si ella misma, con

los tres hijos que estaba esperando, no sería parte también de esos pesados compromisos a los que ella se refería.

–Pero Angelo lo asume todo sin quejarse, porque está acostumbrado. Forma parte de su vida. Cuando su padre hizo aquel segundo matrimonio tan desafortunado, Angelo tuvo que madurar muy rápido. Y luego, por si fuera poco, vino el accidente de Katja para acabar de empeorar las cosas.

¿Katja? ¿Quién era Katja? Flora, devorada por la curiosidad, prestaba la máxima atención a Bregitta, pues Angelo apenas le había hablado de su vida privada. El matrimonio entre el padre de Angelo y la madre de Willem parecía haber sido un desastre, ¿por qué? ¿Qué le había pasado a esa tal Katja? Sintió una gran frustración viendo lo mucho que Bregitta sabía de la vida de Angelo y lo poco que ella sabía.

–Mariska tiene mucha suerte de poder tenerte a su lado y estoy segura de que Angelo también –dijo Bregitta cambiando de conversación y dejando a Flora con la miel en los labios–. Por supuesto, ha habido muchas mujeres que se han ofrecido a ayudarle. Hay pocas cosas más conmovedoras que ver a un hombre solo tratando de cuidar de una niña, ¿no te parece?

–No sabría decirte –respondió Flora con una expresión cada vez más fría–. El de Angelo es el único caso que conozco.

–Ha recibido una cantidad abrumadora de ofertas para ayudarle con la niña. ¡Angelo es irresistible para las mujeres! –exclamó Bregitta con una sonrisa–. Mi marido me contaba que, cuando salían juntos de muchachos, Angelo ya tenía un magnetismo especial que atraía a todas las chicas.

De repente, al oír esas palabras, la tensión de Flora pareció relajarse como por encanto.

–¿Tu marido y Angelo son muy amigos? –le preguntó con una sonrisa.

–Han sido amigos íntimos... hasta que Henk murió el año pasado –respondió Bregitta con gesto de pena.

–Lo siento. No sabía que…

Flora, disgustada consigo misma por su ingenuidad, comenzó a preguntarse si la encantadora rubia que tenía delante no sería una viuda alegre.

–Henk estuvo enfermo durante mucho tiempo. Angelo se portó como un verdadero amigo y nos ayudó mucho.

Flora asintió con la cabeza, más tranquila tras oír que entre Angelo y ella sólo había una buena amistad.

–Angelo me dijo que habías estado algo indispuesta y que necesitabas descanso para recuperarte. ¿Cómo te sientes? –le preguntó Bregitta con mucho interés.

–Ya me siento mucho mejor, gracias.

Incapaz de disimular su curiosidad, Bregitta continuó con sus indagaciones.

–Espero que no haya sido nada serio. Cuidar a una niña es un trabajo muy duro.

Flora cayó entonces en la cuenta de que, aunque Bregitta supiese muchas cosas de la familia de Angelo, quizá no estuviese enterada de su embarazo. Restó importancia al comentario y prefirió no decir nada. Lo que se preguntaba era por qué Angelo no se lo había dicho a Bregitta. ¿Lo consideraría un deshonor para él? ¿O pensaría que, dado que la relación duraría seguramente muy poco, no valía la pena ir contándolo por ahí a todo el mundo?

Poco después de marcharse Bregitta, Flora recibió una llamada por teléfono. Era Angelo.

Se interesó en primer lugar por su estado y por cómo le había ido el viaje, y luego pasó a hacerle una proposición.

–En esta época del año, acostumbro a pasar los fines de semana en la casa que tenemos en el campo. Aunque tú, como acabas de llegar de viaje, quizá prefieras quedarte en Amsterdam descansando.

–No, no, me encantaría ver la casa –replicó Flora muy entusiasmada.

–Muy bien. Voy a prepararlo todo. Te veré allí para la cena. Y lamento no haber podido ir a esperarte al aeropuerto, pero se produjo un grave incidente en una de nuestras fábricas de la India y no pude ir a recogerte.

Cuando Angelo colgó tras un par de minutos más de conversación, Flora tomó a Mariska en brazos y se fue a hacer el equipaje para el fin de semana. Anke se encargó de meter en una maleta las cosas de la niña mientras le contaba a Flora lo bien que se lo iban a pasar en Huis van Zaal. Ella sonrió con ironía, recordando que su difunta hermana le había contado lo mucho que se había aburrido un verano en aquella mansión. A Julie siempre le había gustado la ciudad.

Durante el viaje, Flora disfrutó del maravilloso paisaje del campo, con los rebaños de vacas pastando en los prados y los típicos molinos de viento holandeses siempre omnipresentes en aquellas extensas llanuras empapadas de agua. Divisó a lo lejos, entre dos largas hileras de tilos, una construcción de ladrillo rojo, y contuvo el aliento conforme se iban acercando. Huis van Zaal era un pequeño castillo con dos torres preciosas y un foso enorme repleto de nenúfares.

–¡No pensaba que fuera un castillo! –exclamó Flora con gesto de sorpresa.

–Ha pertenecido a la familia van Zaal durante más de doscientos años –le dijo Anke–. Mis padres tienen una granja muy cerca de aquí.

No era un edificio muy grande y la verdad era que, a pesar de la

impresión que podía causar a primera vista, tenía más aspecto de una casa familiar que de una fortaleza. Estaba asentado en medio de un oasis de exuberante vegetación, lleno de verdes praderas y de jardines primorosamente cuidados.

Skipper saltó corriendo del coche y tuvieron que reprenderle severamente para evitar que acabase dándose un chapuzón en el fondo del foso. Un hombre mayor, llamado Franz, con aspecto muy afable y sonriente, acompañó a Flora. Subieron unas escaleras, y el hombre le enseñó su habitación. Era una sala muy espaciosa, llena de luz. Había una cama muy lujosa con un magnífico dosel, cubierto por unas cortinas de terciopelo de color dorado como los girasoles. Sintió un cierto rubor al pensar si tendría que compartir aquella habitación con Angelo, pero se sintió aliviada al ver que no había ningún tipo de ropa masculina en aquellos armarios antiguos de maderas nobles.

Se arregló un poco, se dio una ligera capa de maquillaje en las mejillas y se puso un vestido verde que le llegaba a las rodillas. Anke, mientras tanto, había estado bañando a Mariska en el cuarto de baño que había al final del pasillo.

Luego fue a acostar a su sobrina. Estaba contándole un cuento para que se durmiera cuando llegó Angelo. La niña, al verle, lanzó un pequeño grito de alegría y extendió hacia él sus bracitos. Flora se quedó contemplando en silencio a aquel hombre alto y atractivo que estaba apoyado en el marco de la puerta. Su brillante sonrisa parecía iluminar sus oscuras facciones. Flora creyó oír los latidos de su corazón resonando en sus oídos como un trueno. Vio a Angelo dirigirse a la cuna y tomar a la niña en brazos, mientras ella le sonreía muy contenta dejando bien a las claras el cariño que existía entre ellos.

Pero aunque Angelo parecía tener toda la atención puesta en Mariska, sus ojos azul zafiro no se apartaban de Flora. Ella sonreía, y su cálida silueta se veía acentuada, como en un cuadro de la escuela flamenca, por la palidez de los cortinajes que le servían de fondo. Tampoco ella podía apartar la vista de él. Angelo estaba irresistible, con aquel traje oscuro tan bien cortado y la corbata azul a juego con sus impresionantes ojos. Sí, estaba muy atractivo, se dijo ella, sin poder controlarse, cautiva de la reacción y el alboroto que producían las hormonas en su cuerpo.

–Me temo que he llegado un poco más tarde de lo que esperaba –dijo a modo de saludo antes de inclinar la cabeza hacia Mariska y ponerse a hablar con ella un par de minutos en holandés –Me alegra mucho que estés aquí –le dijo luego a Flora–. Últimamente, sólo veo a Mariska al levantarme y al acostarme.

–A pesar de que yo podría dedicarle mucho más tiempo, sigues decidido a reclamar su custodia –dijo Flora sin poder resistirse.

Angelo la miró con el ceño fruncido. El brillo de su mirada pareció apagarse por momentos.

–Afortunadamente, ahora nos tiene a los dos y debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para hacerla feliz –respondió él muy sereno.

Flora se sintió culpable de haberle hecho esa observación, pero no podía olvidar que, aunque ella cuidaría mejor que él de Mariska, Angelo parecía resuelto a continuar la batalla legal con ella para conseguir ser el tutor único de la niña. Por primera vez, se preguntó si lo estaría haciendo sólo por el cariño que sentía hacia su sobrina o porque estaba realmente convencido de que él la cuidaría mucho mejor que ella. Sintió una extraña desazón. Le inquietaba pensar lo fácilmente que se doblegaba a los deseos de Angelo. Pero, ¿por qué no le había dicho que su sobrina heredaría, cuando fuera mayor, una gran fortuna? Podía haber sido sólo un olvido, pero le parecía todo muy misterioso y, por más que lo pensaba, no encontraba ninguna razón que justificase el que él hubiera estado ocultándoselo.

Angelo fue a darse una ducha y Flora aprovechó para bajar al vestíbulo por la preciosa escalera de madera labrada. Franz la condujo a un salón muy señorial y le ofreció tomar alguna bebida. Ello hizo un gesto negativo con la mano y se dirigió a las puertas francesas de la terraza desde donde se tenía una vista excelente de los jardines y espacios verdes de la mansión.

–¿Qué te parece Huis van Zaal? –le preguntó Angelo desde la puerta.

–Es un lugar encantador, muy acogedor y lleno de personalidad –respondió Flora, con voz temblorosa, al ver su figura recortada en el marco de la puerta.

Recién duchado y afeitado, estaba irresistible, pensó ella.

–Me alegra que te guste. Pasé mis primeros años en esta casa y me siento muy unido a ella –dijo él con una chispa de emoción en sus hermosos ojos de zafiro–. Pero no me mires así –añadió, creyendo advertir un sentimiento de deseo en su mirada.

Flora se ruborizó al ver que había sido descubierta. Pero no podía apartar la mirada de él, sentía un calor en la boca del estómago que la abrasaba a fuego lento, y hasta parecía burlarse de ella. Se había creído muy fuerte y segura de sí y ahora se estaba dando cuenta de su debilidad.

–¿Por qué no?

–Me perturba y estoy tratando de reprimirme para ser un anfitrión civilizado según el acuerdo al que llegamos –respondió Angelo con la voz apagada–. Además, ahora tenemos que ir a cenar. Hay que celebrar tu llegada.

–No tengo hambre –replicó Flora con un tono de voz y una mirada

lánguida que no dejaba lugar a dudas de cuál era el deseo que sentía en ese momento.

–¡Dios mío, no puedo resistir la tentación que eres para mí, cariño! –exclamó Angelo, cruzando la sala con un par de zancadas y estrechándola con fuerza contra su cuerpo.

Flora comenzó a sentir su corazón latiendo alocadamente, como si tuviera dentro una banda de tambores que un duende invisible tocase de forma simultánea. Un deseo poderoso y ardiente se adueñó de ella.

Sin pensárselo dos veces, Angelo la besó ávidamente en la boca mientras ella se agarraba con las manos a sus hombros para no caer desfallecida. Fue un beso maravilloso, lleno de pasión, que la envolvió en una oleada de deseo y placer. Pero ella quería más, mucho más. Sentía dentro de ella algo doloroso y excitante al mismo tiempo.

–Usas muchas palabras españolas al hablar como «cariño» y «Dios mío» –dijo ella de forma distendida cuando apartó finalmente sus inflamados labios de él para recobrar el aliento.

–El español fue la primera lengua que aprendí de niño.

–¿No fue el holandés? –preguntó ella sorprendida.

–Mi madre era española y nunca consiguió hablar holandés con fluidez, por eso usábamos todos su lengua natal dentro de la familia –contestó Angelo antes de inclinarse de nuevo hacia ella y separar sus labios con la lengua para besarla aún más profunda y apasionadamente que antes.

Ella descubrió en ese momento que incluso un segundo beso de él podía hacerla temblar de deseo con una fuerza que nunca se había imaginado. Con cada beso sentía un fuego más intenso que la hacía apretarse más a él para sentir el calor y la dureza de su cuerpo en contacto más íntimo con el suyo.

–Mira lo que me haces, cariño –le susurró Angelo al oído, agarrándole las caderas con las manos para atraerla más hacia sí y que pudiera sentir la fuerza de su erección, incluso a través de su vestido–. Te deseo tanto, que me duele hasta el alma tener que reprimirme.

–No te reprimas –le dijo Flora, complacida de la excitación que era capaz de provocar en él, aun estando embarazada.

Una excitación que él, a diferencia que otros sentimientos, no podía ocultar ni negar.

–Te necesito –murmuró él, con los ojos brillando como diamantes azules.

Esas dos palabras fueron el talismán mágico que abrió la puerta de la cueva donde Flora guardaba celosamente el tesoro de su confianza. Aquellas palabras significaban para ella mucho más que el deseo. Era algo más profundo, más permanente, sugería un sentimiento más íntimo. Era, en fin, algo que se acercaba mucho más a lo que ella había esperado siempre de un hombre. Se entregó a sus besos,

respondiendo con el mismo ardor, deleitándose y disfrutando del momento, sin ninguna reserva.

Angelo se agachó un poco y levantó a Flora como una pluma, para subir con ella en brazos las escaleras en dirección al dormitorio.

–¡No podemos! –exclamó ella, debatiéndose entre el temor y la risa, al ver la prisa que parecía tener Angelo.

–¿Quién nos lo impide? Podemos hacer lo que queramos, vida mía. No hay ninguna ley ni nadie que pueda impedirnos estar juntos –dijo, acariciándole el cuello tiernamente con los labios y la lengua.

Ella se estremeció, sintiendo como si una pequeña corriente eléctrica hubiera estimulado de repente todas las terminaciones nerviosas de sus miembros. Angelo parecía conocer su cuerpo mejor que ella misma.

Ya en la habitación, él la dejó en la cama y se puso a quitarle los zapatos con mucha delicadeza.

–No hace falta que me trates como si fuera de cristal –le dijo Flora tímidamente con una sonrisa–. No me voy a romper.

–Lo sé –replicó Angelo con una mirada sensual que parecía preludiar una intensa noche de sexo–. Pero me gusta hacer las cosas despacio, resultan más excitantes. Llevo mucho tiempo esperando este momento y quiero gozar de ti al máximo, cariño.

Flora se sintió turbada y sin aliento al escuchar esas palabras tan directas. Aquel día en la casa flotante había tenido poco tiempo para pensar en lo que estaban haciendo. Los dos habían sucumbido al impulso de una pasión. Ahora era diferente. Allí, sentada en aquella enorme cama, podía disfrutar viendo a Angelo desabrochándose la camisa, y recrearse luego en la gloriosa visión de su pecho duro y liso como una tabla. Él se acercó a ella y la hizo darse la vuelta para desabrocharle la cremallera del vestido. Fue bajándola lentamente mientras le besaba al mismo ritmo los hombros, la nuca y la espalda, hasta llegar a la cintura.

«Llevo mucho tiempo esperando este momento y quiero gozar de ti al máximo, cariño». Flora se repitió mentalmente esas palabras, como si cada una de ellas fuera una caricia, pues le demostraban que él la habría deseado igual aunque no se hubiera quedado embarazada. Se quedó sorprendida de ver el valor y la importancia que eso tenía para ella y comprendió que ya hacía tiempo que estaba enamorada de Angelo. Por primera vez en muchos años, no le daba miedo la idea de querer a un hombre.

Angelo le apoyó la cabeza en la almohada y le quitó el vestido, haciendo una pausa para admirar, sin ningún pudor, sus turgentes pechos aún cubiertos por un sugerente sujetador de lunares blancos y azules. Flora, antes de salir de viaje, había tirado a la basura aquel sujetador para embarazadas, con corchetes y correas, y había salido a

comprar ropa interior más moderna y atractiva. Le había costado algo cara pero, viendo ahora la reacción de Angelo, pensó que había valido la pena. Con todo, el bonito sujetador no duró más que unos segundos en sus pechos, siendo sustituido en seguida por las manos de Angelo. Ella dejó escapar un gemido cuando él le acarició las aréolas de los pechos y le frotó los rosados y erectos pezones con las yemas de los dedos, para luego lamerlos con los labios y acariciarlos de forma excitante con los dientes. Ella era tan sensible en esa zona, que sintió un mareo de placer y se puso a jadear con la respiración entrecortada mientras sentía un calor cada vez más intenso entre los muslos, que parecía quemarla por dentro.

Angelo le quitó el resto de la ropa y la tocó allí donde ella casi no podía soportar que la tocasen. Acarició, suavemente y con suma habilidad, aquellos pliegues carnosos tan tiernos y sensibles y ella se estremeció entre sus brazos. Estaba tan caliente y húmeda de placer, que no podía encontrar palabras para describir la intensidad del deseo que la embriagaba. Angelo la arrastró luego un poco hasta un extremo de la cama y separó sus muslos. Ella se sintió completamente indefensa y desprotegida en aquella posición y trató de taparse con las manos.

–No deberías –le dijo ella con voz temblorosa.

Angelo la miró fijamente con unos ojos que expresaban, sin ningún género de dudas, el deseo irrefrenable que sentía en ese momento.

–Me encanta tu cuerpo, vida mía.

Se quitó con rapidez los calzoncillos que llevaba, dejando al descubierto su poderosa erección, testimonio indiscutible de su excitación, y ante cuya muestra de deseo Flora tuvo que rendirse. Angelo le empujó las rodillas sobre el pecho para poder acceder más fácilmente a los pliegues rosados y húmedos que ella había tratado de ocultarle. Deslizó un dedo a través de su estrecho canal mientras acariciaba con la lengua la pequeña perla de su feminidad. Ella comenzó a gemir y jadear, retorciendo las caderas, al comenzar a sentir una extraña mezcla de dolor y placer que fue creciendo más y más hasta que pareció que ya no podría soportarlo por más tiempo. Entonces lanzó un grito, que sonó como el aullido o el lamento de un animal, y se precipitó en una vorágine de placer que la condujo al éxtasis final.

–¡Oh…, Angelo! –susurró ella jadeante, casi sin poder articular palabra mientras él la besaba dulcemente.

Su miembro pareció tantear la entrada y luego, como si hubiera reconocido ya la zona, se adentró en ella con suavidad pero con firmeza, abriéndose paso entre la estrechez de su abertura cálida y húmeda, hasta alcanzar sus más hondas profundidades.

–Eres tan estrecha, cariño… tan maravillosamente estrecha –dijo él

casi como en un quejido de placer.

–No he tenido mucha práctica en esto –admitió ella, sintiendo exultante cómo los músculos de su interior se dilataban ligeramente para permitir que su miembro fuera abriéndose paso dentro de ella, mientras se preguntaba si sería humanamente posible morir por un exceso de placer.

Por un instante, Angelo frunció el ceño, tratando de comprender la verdadera intención de sus palabras pero, con los ojos cerrados y el deseo nublando su cerebro, no fue capaz de responder nada. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás cuando él la agarró de las caderas para poder llegar aún más profundamente. Sus empujes se hicieron cada vez más vigorosos hasta que ella arqueó la espalda acompasándose a su ritmo, dispuesta a tocar de nuevo las estrellas.

Sintió un dolor ardiente entre los muslos y luego una sacudida que hizo estremecer todo su cuerpo, llevándola al orgasmo entre sollozos y gemidos de indescriptible placer. Con la piel sudorosa y caliente, permaneció un par de minutos más abrazada a él, tratando de recobrar la respiración y el ritmo normal del corazón.

–Ha valido la pena la espera, cariño. Ha sido maravilloso –afirmó Angelo, acariciándole el pelo.

Ella lo miró con cara de ensoñación y se acurrucó en sus brazos, gozando de ese momento de ternura y tranquilidad después de haber hecho el amor, y aflorando todos los sentimientos que él le inspiraba cuando estaba a su lado. Se preguntó cuándo se había enamorado perdidamente de aquel hombre por el que, según se había repetido ella una y otra vez, no sentía nada. ¿Fue quizá aquel día en la casa flotante? ¿O habría sido semanas después, cuando se negaba a hablar con él por teléfono más de treinta segundos? ¿O tal vez la tarde que supo con certeza que estaba embarazada y él se ofreció a ayudarla sin pensárselo dos veces? No sabía cuándo ni cómo se había enamorado de Angelo van Zaal, lo único que sabía era que, después de mucho tiempo, había recuperado la confianza en un hombre.

–Has dicho que valió la pena la espera. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste con una mujer? –le preguntó Flora de forma directa, tratando de dejar las cosas en su sitio.

–No he vuelto a estar con una mujer desde el día en que estuve contigo en la casa flotante –contestó Angelo con una amarga sonrisa, ante la cara de satisfacción de Flora, que veía en aquellas palabras un comienzo prometedor para su relación–. No me preguntes por qué... Pero es como si, de alguna manera, las otras mujeres no me pareciesen ya tan atractivas. Tal vez es porque...

–No, por favor, no lo estropees tratando de explicarlo –le dijo Flora, poniéndole el dedo índice en los labios.

–No te preocupes, cariño, no creo que fuese capaz de explicar la

debilidad que siento por una cierta pelirroja, alta y con mucho carácter. En todo caso, parece que mi relación con ella va por muy buen camino –replicó él con una sonrisa de satisfacción, metiéndose el dedo de ella en la boca, chupándolo con los labios y la lengua como si fuera un caramelo, mientras la miraba fijamente con sus ojos azul zafiro brillando de emoción.

La besó de nuevo con pasión y ella respondió con idéntico fervor sin poder contenerse. Todo parecía haber sucedido de forma natural. De la noche a la mañana, y cuando menos se lo esperaba, Angelo y ella se habían convertido en amantes. Atrás quedaban sus reservas hacia él, el tener que estar midiendo cada palabra que iba a decirle y el andar buscando siempre un doble sentido a todo lo que él decía. Había abandonado todas aquellas precauciones que habían mantenido su corazón a salvo de los hombres durante tanto tiempo y ahora, derribadas todas esas barreras, se sentía indefensa y vulnerable. Sin embargo, considerar ahora a Angelo como un ejemplar especial del sexo masculino que tanto había denostado le permitía sentirse libre para disfrutar de la vida después de tantos sinsabores.

Una hora después, estaban cenando en el comedor principal. Era una sala espaciosa y con mucha luz. Las paredes estaban forradas con paneles de roble y había unos armarios muy elegantes de color hueso donde se guardaba una maravillosa colección de porcelana china.

Franz, impertérrito, sin hacer la menor mención al retraso con que habían bajado a cenar, les había servido una ensalada de pollo y un exquisito surtido de postres que sólo con mirarlos se le hacía a uno la boca agua. Skipper estaba dormido debajo de la mesa, roncando como una locomotora de vapor, aunque se espabiló un poco al oír el ruido de los platos y se quedó mirando muy expectante cada uno de los movimientos de Angelo, con gesto de desconfianza.

De pronto, Flora se acordó de que había un asunto que quería que Angelo le aclarase.

–Hay algo que me gustaría preguntarte…

–Pues adelante, pregunta –replicó Angelo con una ligera sonrisa.

–¿Por qué no me dijiste que Mariska iba a heredar el fideicomiso de tu hermano?

Nada más formular aquella pregunta, ella se dio cuenta de que acababa de meterse en un terreno peligroso. Observó a Angelo sensiblemente tenso y con los ojos brillantes, como si estuviera a punto de lanzar unas flechas azules muy afiladas.

–¿Quién te ha dicho eso?

–Bregitta Etten vino a verme esta tarde para darme la bienvenida y me lo contó –respondió Flora–. Me sorprendió no saber que mi sobrina iba a heredar una fortuna.

Un pesado silencio cayó sobre ellos.

Flora se maldijo a sí misma por ser tan inoportuna.

## Capítulo 8

NO veía ninguna razón para hablar de ese asunto contigo –contestó Angelo con frialdad–. Después de todo, y por imperativo legal, lo lógico es que la herencia de mi hermano recayese en su única hija, ¿no crees?

–Sí, vistas así las cosas… Pero, entonces, ¿por qué Willem no pudo disponer en vida de un dinero que en derecho le correspondía? –señaló Flora, no muy convencida de la explicación de Angelo, sospechando que trataba de ocultar algo.

–Eso es un asunto privado de la familia. Bregitta no debería haber hablado de eso –afirmó Angelo muy serio.

–Pero lo hizo y me hizo sentirme como una estúpida. Angelo, ¿por qué no me lo has contado todo? –le preguntó Flora ahora con más firmeza, ya que antes había creído advertir en él una sonrisa irónica y de desprecio cuando le había dicho que no tenía ni idea de que su sobrina fuese a heredar una fortuna–. ¿Por qué, Angelo?

Angelo suspiró y respiró hondo. Luego se levantó de la mesa y la miró fijamente. Flora se vio obligada a inclinar la cabeza hacia atrás para poder sostenerle la mirada.

–Yo no sabía con seguridad si estabas o no al tanto de su herencia, pero me preocupaba que tu interés por adoptar a Mariska residiera en tu interés por ese dinero. Si te concediesen ahora su custodia, tendrías derecho a reclamar legalmente una importante asignación.

Flora se quedó perpleja al escuchar aquellas acusaciones tan ofensivas. Quiso creer que no le había oído bien o que quizá había malinterpretado sus palabras, pero la verdad era que lo que Angelo le había dicho no dejaba margen de error. Como siempre, había hablado con claridad meridiana. No podía creerlo. El hombre con el que acababa de estar en la cama y que era el padre de los hijos que llevaba en su vientre, no tenía la menor vergüenza acusándola de ser una ambiciosa cazafortunas. Una cazafortunas que, además, según él, era lo suficientemente calculadora e inmoral como para estar dispuesta a comerciar con una niña inocente sólo por dinero. Estaba absolutamente horrorizada de que él pudiera pensar de ella una cosa así.

Apartó hacia atrás la silla donde estaba sentada y se levantó también de la mesa. Su rostro reflejaba la tremenda indignación que sentía a la vez que su incredulidad por lo que estaba escuchando.

–¿Qué demonios te ha llevado a formarte una impresión tan negativa de mí como para acusarme de querer aprovecharme de mi sobrina con fines lucrativos? ¿Qué he hecho o qué he dicho para que pienses eso de mí?

Angelo movió las manos varias veces con gesto irónico.

–No hace falta que hayas dicho ni hecho nada, Flora. Antes de que Willem se casase con tu hermana, contraté a un detective privado para que investigase, no sólo su pasado, sino también el tuyo –confesó en tono grave y sombrío.

–Supongo que te refieres a ese informe del que me hablaste, ¿verdad? –dijo ella con el corazón en un puño, imaginando ya cuál era el origen de sus sospechas.

–Estoy al tanto de que te acostaste hace tres años con tu jefe, un hombre casado, y que trataste de hacerle chantaje para conseguir que te diera un buen extra –le dijo Angelo secamente.

Flora retrocedió un paso, como si acabara de recibir una bofetada, pero lo que sentía por dentro en ese momento era mucho peor. Angelo había resucitado un sórdido episodio de su vida que ella creía haber enterrado para siempre, a pesar de que no había tenido una conclusión satisfactoria para ella. Tener que enfrentarse de nuevo a aquellos ingratos recuerdos, y que Angelo la acusara, era algo tan humillante y doloroso que no sabía si podría resistirlo.

–Las cosas no sucedieron de esa manera, Angelo –respondió ella muy digna mientras Skipper salía de debajo de la mesa y se acurrucaba a sus pies como buscando protección–. Esas calumnias contra mí fueron hechas en la magistratura de trabajo, no en un tribunal de justicia, y nunca se demostró que fueran ciertas. Yo nunca me acosté con mi jefe ni intenté hacerle chantaje.

Angelo, sin poder ocultar su disgusto, hizo un gesto con las manos en un intento de esquivar aquel espinoso asunto.

–Eso pasó ya hace ya algunos años, Flora. Lo pasado, pasado está. Todos podemos cometer errores, en especial cuando somos jóvenes. Lo importante es aprender de ellos para no...

Flora, furiosa y fuera de sí, sintió una descarga de adrenalina al escuchar esas palabras moralizantes que parecían querer indultarla de un delito que no había cometido. Apretó los dientes en un esfuerzo por pensar alguna cosa que decir en su defensa, pero resultó inútil. Se sentía traicionada y humillada. El episodio más traumático de su vida había sido sacado de nuevo a la luz por el hombre al que ella creía amar. Se sintió defraudada por su desconfianza y desengañada por la mala opinión que él tenía de ella.

–Nunca te perdonaré esto, Angelo –le dijo con voz temblorosa, mirándolo fijamente con sus ojos esmeralda que brillaban como estrellas en su rostro pálido y descompuesto–. ¿Cómo te atreves a juzgarme por algo que no he hecho? ¿Cómo te atreves a decirme que la gente cambia con los años? Ahora tengo más edad que entonces, pero no he cambiado. Todo lo que aprendí de ese tribunal fue a desconfiar de la gente. Cuando las cosas se ponen realmente mal, lo más probable es que te encuentres sola y sin amigos.

–No creo que debamos discutir esto en el estado en que te encuentras –dijo Angelo tratando de zanjar el asunto, viendo que Skipper, siguiendo el ejemplo de su ama, estaba ladrándole y enseñándole los dientes.

–Tú fuiste el que empezaste todo. Tú fuiste el que me lanzaste esas acusaciones tan horribles. Ahora no me puedes negar el derecho a defenderme.

–Me vi obligado a explicarte por qué no quise contarte lo de la herencia de Mariska. No te estoy negando tu derecho a defenderte.

–Faltaría más. Mi pasado no es asunto tuyo. Y me gustaría que tampoco lo fuera mi presente –dijo Flora, arrepintiéndose de las decisiones que había tomado últimamente, mientras Skipper, como si fuera un calco del estado de ánimo de ella, se ponía a ladrar estrepitosamente–. Lo que no acierto a explicarme es, cómo teniendo esa opinión de mí, no me lo has dicho hasta ahora. ¿Cómo te has atrevido a traerme a Amsterdam contigo si pensabas esas cosas tan horribles de mí? Me engañaste al no contarme nada de esto.

–Dile al perro que se mantenga al margen de esto –le pidió Angelo, dirigiendo una mirada irónica al pequeño perro que, refugiado a los pies de Flora, daba unos ladridos tan fuertes que obligaba tanto a Flora como a él a hablar casi a gritos para entenderse–. No era mi intención engañarte.

–¡Vaya, eso sí que es una sorpresa! Una vez más, tratas de poner la ética por bandera. Pero ya no me importa nada lo que pienses. Creo que he estado a tu lado como anestesiada por una falsa sensación de seguridad. Pero ahora me doy cuenta de que todo ha sido una farsa –exclamó Flora, estallando de despecho y de rabia.

Angelo la miró con sus ojos azules, con aquella frialdad que le había valido tantos éxitos en el mundo de los negocios.

–No me quedaba otro remedio. ¿Cómo podías esperar que yo sacara a la luz ese asunto tan desagradable de tu pasado, llevando a mis hijos en tu vientre y estando como estabas?

Flora estaba temblando. Incluso aquella forma tan especial en que Angelo trataba de elegir las palabras más adecuadas le parecía muy reveladora de lo que pensaba de ella y de su triste pasado. Sin saber nada de ella, la había juzgado y la había declarado culpable. Sí, la había condenado. Al menos ya sabía por qué siempre había recelado de ella. Angelo van Zaal, incluso antes de conocerla, ya tenía la idea preestablecida de que ella no era una mujer en la que se pudiera confiar. Lo que tenía que hacer era olvidarle lo antes posible. Estaba claro que él no sentía el menor respeto por ella, sólo el embarazo le había obligado a tragarse sus recelos y tratar de llegar a un entendimiento con ella. No era de extrañar, por tanto, que lo único que le hubiera ofrecido fuese compartir su cama. Quería mantenerse

alejado lo más posible de ella y de su sórdido pasado.

–Te odio –exclamó Flora furiosa, con una expresión de rechazo y frustración que parecían venir de lo más profundo de su corazón–. ¡Me voy!

Se dirigió hacia la puerta, pero Angelo corrió hacia allí y se plantó delante, bloqueándole el paso como si fuera una pared de piedra maciza.

–No dejaré que te vayas…

–¡No te estoy pidiendo permiso!

Angelo la dirigió una mirada penetrante. Sus ojos azules relucían como piedras preciosas en su rostro sombrío y desafiante.

–¡No voy a dejar que te vayas así!

–Angelo, no seas estúpido, no necesito tu permiso para irme cuando quiera. ¡Apártate y déjame pasar!

–¡Por Dios, tranquilízate! –exclamó Angelo.

Flora acabó de perder la paciencia al escuchar aquel consejo. La estaba tratando como a un niño que se hubiera comportado mal, cuando había sido él precisamente el causante de esa situación tan tensa e insostenible. ¿Pensaría él sinceramente que podían seguir las cosas entre ellos como si nada hubiera pasado después de todo lo que le había dicho?

Su dolor y su resentimiento se combinaron en una mezcla explosiva de emociones, que la hizo saltar. Se arrojó sobre él con los puños cerrados y le golpeó en los hombros con todas sus fuerzas.

–¡Vete! ¡Vete de mi vida! –exclamó a voz en grito.

–¡Madre mía! –exclamó a su vez Angelo en voz alta, apartándose de ella, al ver que Skipper, asustado por los gritos, tenía intención de morderle en un tobillo–. ¿A qué diablos estás jugando?

Viendo el estado de excitación del perro y el extremo al que estaban llegando las cosas, Flora bajó los puños. Nunca había imaginado que Angelo, siempre tan moderado, pudiera perder los nervios de esa manera. Vio que tenía la mandíbula desencajada y sus ojos echaban chispas de indignación. De repente, se hizo un gran silencio. Angelo trató de canalizar su ira con aquella aparente calma que era más intimidatoria que reconciliadora.

–Tú provocaste esta situación con tus ofensas –le echó en cara Flora sin poder controlarse–. ¡Te lo repito de nuevo! ¡Apártate de mi camino!

–No pienso hacerlo hasta que te tranquilices y se te vaya el enfado… ¿o debería decir rabieta? –exclamó Angelo con una leve sonrisa.

–¡Apártate de mi camino! –insistió ella una vez más, incapaz de recobrar el control de sus emociones, aunque haciendo una señal a Skipper para que se tranquilizase y dejase de ladrar y enseñarle los

dientes a Angelo.

Finalmente, se hizo el silencio. Angelo se apartó unos pasos de ella y la miró expectante, con el gesto descompuesto. Flora pasó por su lado sin mirarle y se dirigió a las escaleras. Al llegar a la mitad, casi se tropezó con Skipper, que le había seguido los pasos, muy asustado, pegado a sus pies. Estuvo a punto de perder el equilibrio, pero se agarró a la barandilla. Angelo subió corriendo y en un par de saltos la sujetó por los hombros por detrás para evitar que se cayera.

–Ya te tengo. Todo ha pasado. Flora, indignada al oír ese detestable comentario, se volvió hacia él.

–Estás equivocado. ¡Tú nunca me has tenido y nunca me tendrás! Estás convencido de que voy detrás de tu dinero, a pesar de que nunca he querido recibir un solo céntimo de ti –le recordó ella–. Yo era independiente y vivía de mi trabajo hasta que tú te empeñaste en meterte en mi vida y trastocarlo todo. ¿Y para qué? ¿Por qué no me dejas en paz, de una vez?

–Baja la voz –dijo Angelo.

–¡No! –replicó ella con firmeza, porque gritar la hacía sentirse mejor y le servía de válvula de escape a las emociones que tenía reprimidas dentro de sí.

Tampoco quería dejar de discutir con él. Quizá porque creía adivinar que, cuando acabara aquella discusión, se encontraría sola en medio de las cenizas de una relación muerta, y no tenía prisa por llegar a ese punto.

–¿Te das cuenta de lo que me has hecho…? ¡Has arruinado mi vida! –añadió Flora con la cara contraída mientras volvía a su dormitorio, donde Skipper, asustado sin duda por el griterío y la tensión que se mascaba en el ambiente, se había escondido debajo de la cama y lanzaba unos aullidos lastimeros,

–¡Dios mío!, mi vida también se ha visto alterada –exclamó Angelo.

–Te sentirías mucho peor si estuvieras, como yo, embarazado de trillizos –replicó ella resuelta a decir la última palabra.

Indignado por su obstinación, Angelo siguió a Flora hasta el dormitorio y la vio derrumbarse abatida sobre la cama, aún deshecha.

–Estás muy pálida. Sería mejor que descansaras en vez de pelearte conmigo –le dijo él muy serio.

Flora se incorporó un poco, apoyándose en los codos, y lo miró con sus ojos verdes, llena de rencor.

–¿Esperabas acaso que me pusiera a dar saltos de alegría después de lo que me dijiste? ¡Que si era una ambiciosa cazafortunas…! ¡Que si planeaba desplumar a mi propia sobrina…!

–No me gusta mentir y tengo que admitir que, al principio, me parecieron algo sospechosos los motivos por los que demostrabas tanto interés en adoptar a Mariska –afirmó Angelo sin ceder un palmo

de terreno.

–Sin embargo, a pesar de tus sospechas, no te importó acostarte conmigo, ¿verdad? –replicó Flora fulminándole con la mirada.

–Nunca he dicho que fuera perfecto –respondió Angelo algo avergonzado pero sin querer asumir ninguna culpa.

Flora le dirigió una mirada asesina y se tapó la cabeza con la almohada. Tenía ganas de gritar y llorar, pero no quería hacerlo delante de él, y se puso a dar puñetazos a la almohada. Estaba allí, en su casa, a su merced, atrapada en sus redes sólo por el hecho de estar embarazada. Por eso él había insistido tanto en convencerla de que aún la deseaba y de que su relación debía ser más íntima. Pero los lazos que les unían eran producto de la casualidad y no de una planificación responsable. Él podía aún desearla físicamente y querer acostarse con ella, pero eso era todo. No albergaba ningún sentimiento más profundo hacia ella. ¡Qué estúpida había sido bajando la guardia, dejándose ablandar y enamorándose de él! ¿Por qué no había tenido presente que ella no sabía casi nada de los hombres y que siempre le salían las cosas mal cuando estaba con ellos? ¿Cómo había pasado por alto el hecho de que estaba tratando con un hombre millonario, guapo y mujeriego, que estaba más acostumbrado a recibir que a dar?

–Déjame sola –dijo Flora con la voz amortiguada por la almohada–. Por favor…

Angelo apretó los dientes y cerró con fuerza los dedos alrededor de la madera del pie de cama.

–A las mujeres os gusta que se os hable con sinceridad...

Flora se dio media vuelta en la cama, apoyó la mejilla en una mano y lo miró de lado, con su maravillosa melena pelirroja alrededor de los hombros.

–Sí, eso es algo que todas solemos decir porque queda bien… pero sólo nos gusta la sinceridad cuando nos van a decir las cosas que nos gusta oír –respondió ella con aspereza.

Angelo respiró profundamente. Luego maldijo para sus adentros y apretó con más fuerza las manos alrededor de la madera.

–No era mi intención molestarte ni hacerte daño, yo…

–¡Cállate! –le interrumpió Flora–. No me interesan tus intenciones. Y no trates de escurrir el bulto. Tú recelabas de mí, tenías sospechas de que podía ser una mujer ambiciosa y sin moral, y a pesar de todo lo disimulaste. Dadas las circunstancias, creo que no fue muy noble por tu parte. ¿Crees de verdad que habría venido a vivir contigo si hubiera sabido lo que pensabas de mí?

–El dictamen del jurado fue concluyente –replicó Angelo.

Flora se encogió de hombros con un gesto despectivo.

–¿Y? ¿Crees que, a estas alturas, voy a perder el tiempo esforzándome por que tengas una mejor opinión de mí? Ya no me

importa –afirmó ella desafiante, con una mirada de desprecio–. Pero, de todas formas, te diré algo que deberías haber sabido. Yo era virgen cuando me acosté contigo aquella tarde en la casa flotante. Sé que tú no te diste cuenta, pero demuestra que es imposible que yo hubiese podido tener aquella sórdida relación con mi jefe hace tres años.

–¿Virgen? –repitió Angelo sorprendido, con la voz apagada, mirándola fijamente con el ceño fruncido, como si no pudiese dar crédito a sus palabras–. Entonces… ¿Yo fui… tu primer amante?

–Sí, las vírgenes no van por ahí anunciándolo con un cartel para atraer la atención de los obsesos sexuales –dijo ella con displicencia, molesta por su escepticismo.

Era evidente que, dijera lo que dijera, no iba a convencerle de su inocencia. No tenía sentido seguir contándole más cosas de su vida privada.

–Yo no soy un obseso sexual. No podía saber que eras virgen. Tuviste, además, una larga relación con un hombre hace años, ¿no es cierto? –le dijo él, resistiéndose a aceptar que fuera tan inocente como decía.

–Peter me respetó a lo largo de toda nuestra relación –respondió ella con una mueca de amargura–. Recuerdo que ésas fueron sus palabras de disculpa cuando me abandonó.

Una sensación de dolor y de humillación pareció adueñarse de ella. Aquella conversación se estaba adentrando en un terreno demasiado íntimo y personal. El daño que le había infligido el único novio que había tenido le había dejado una herida que aún no estaba cicatrizada.

Había sufrido el desprecio de un padre egoísta y mujeriego, y por eso había sido muy precavida con los chicos desde su adolescencia. Sin embargo, había confiado en Peter y le había abierto su corazón. ¿Y qué había conseguido? Que la abandonase cuando más lo necesitaba. A pesar de que Peter había sido su mejor amigo durante muchos años, no había vuelto a saber nada de él desde que se separaron.

Angelo la miró con expresión preocupada largo rato sin conseguir que ella le mirase a la cara.

–Aún te acuerdas de él, ¿verdad?

–Éramos buenos amigos hasta que nos separamos.

–Ésa no es una respuesta.

–Tú no tienes derecho a pedirme ninguna explicación. No crees en el amor ni en una relación seria y responsable –le dijo ella muy arrogante.

Angelo le dirigió una mirada tan cortante como el filo de una hoja de afeitar.

–Seguiremos hablando por la mañana. Comprenderás que no puedes marcharte, por el bien de Mariska y por el tuyo propio.

Aquello sobrepasaba todos los límites de lo imaginable, se dijo

Flora. Angelo no tenía el menor pudor en utilizar a la niña y su propio embarazo para tratar de salirse con la suya. Separarse de Angelo podía ser doloroso, pero podría aguantarlo, especialmente después de saber la opinión que tenía de ella, pero la idea de no volver a ver a Mariska suponía para ella un verdadero tormento. Cerró los ojos con fuerza para no ver nada a su alrededor y se quedó así, ciega e inmóvil, hasta que escuchó el sonido de la puerta al cerrarse.

Angelo podía ser un genio de los negocios, pero carecía de la sensibilidad suficiente para darse cuenta de sus sentimientos y emociones. Se había enamorado locamente de él y ahora tenía que ser fuerte para poder superar la decepción, el desengaño, y olvidarse tanto del amor como del sexo.

Sería un gran reto. Pero Angelo van Zaal la había herido y humillado en lo más profundo de su alma. ¿Qué clase de hombre era para haber preferido creer lo que habían publicado sobre su caso las revistas sensacionalistas que tratar de averiguar la verdad? ¿De qué fuentes se había valido aquel detective privado para elaborar su informe? Probablemente de sus propias sospechas expuestas como si fueran hechos probados. ¡Y qué decir de Peter! El hombre que se suponía que la amaba y la conocía mejor que nadie le había fallado cuando más lo había necesitado. Tampoco él había creído en su versión de los hechos. «Cuando el río suena, agua lleva», era el viejo dicho que parecían haber aplicado todos contra ella. Peter y su familia se habían mostrado horrorizados por las historias sensacionalistas que la habían mostrado como una mujer inmoral y despreciable. Su relación había acabado consumiéndose a fuego lento en la hoguera de los recelos y la vergüenza.

Aunque, para ser sincera, su relación con Peter se había deteriorado ya mucho antes. Cuando se conocieron en la universidad, Flora se había mostrado decididamente en contra de las relaciones prematrimoniales. No quería sufrir ninguna decepción. Su madre había estado conviviendo con su padre durante años antes de que se dignase un día a casarse con ella a regañadientes. Nunca había tenido el menor sentido de la responsabilidad ni había podido soportar lo que él consideraba atarse a una mujer, y se pasó la vida llevando la desgracia a muchas mujeres.

Peter, que había estudiado contabilidad mientras ella hacía administración de empresas en la universidad, venía de una familia algo chapada a la antigua y se sintió impresionado por el carácter independiente de Flora. Pero aquella admiración pronto comenzó a flaquear cuando Flora consiguió un trabajo en el que ganaba el doble que él, además de un buen extra a finales de año. Su madre y sus hermanas no tardaron en empezar a hacer comentarios malintencionados sobre la forma en que acabaría una mujer como ella

en un puesto así.

Por desgracia, aquel trabajo tan prometedor pronto se convirtió en una pesadilla. Era la única mujer en su departamento y se encontró con un jefe déspota que le hizo la vida imposible, imponiéndole un horario de trabajo agotador y gastándole todo tipo de bromas obscenas. Ella había intentado pasar por alto aquellos soeces comentarios de su jefe, pero pronto, lo que hasta entonces habían sido sólo palabras, pasó a ser un auténtico acoso sexual. Marvin Henshall, su jefe, era un hombre casado de unos treinta y tantos años, que había tenido bastante éxito aplicando esas mismas tácticas de acoso con otras mujeres de la empresa, y la resistencia de Flora no hizo más que estimular aún más su deseo.

Cuando estaba ya a punto de perder la paciencia, conoció a Susan, una secretaria que trabajaba en el departamento administrativo, que le confesó que ella también había sido víctima de un acoso similar en el pasado. Juntas, fueron a presentar una queja sobre Marvin al departamento de Recursos Humanos. Aquella reclamación se difundió en seguida como la pólvora por todo el personal de la empresa y a partir de ese momento su trabajo se convirtió en un infierno. Sus compañeros la ignoraron y Marvin comenzó a quitarle gradualmente todos los trabajos importantes para dárselos a sus compañeros.

Peter le había aconsejado que se buscase otro empleo, pero ella no había encontrado ninguno en que le ofrecieran un sueldo parecido y además se sentía muy herida en su orgullo y su dignidad como para permitir que Marvin Henshall pasara por ser la víctima de aquel asunto y su acoso quedara impune. El caso llegó a la magistratura de trabajo pero, desgraciadamente para ella, Susan, asustada, retiró sus cargos a última hora y Marvin se defendió relatando una versión de los hechos falsa, pero difícil de rebatir. Flora perdió el caso de forma humillante.

La prensa sensacionalista se encargó de arruinar su reputación vertiendo sobre ella todo tipo de infundios y calumnias. Acabó arrepintiéndose de no haber hecho caso a Peter y haber buscado otro trabajo.

Angelo había resucitado ahora aquel desagradable incidente de su vida y sus acusaciones habían herido gravemente su sentido de la justicia, reviviendo su voluntad de ser una mujer independiente que no tuviese que depender nunca de nadie. Nunca más volvería a poner la vista en un hombre. Antes o después acabaría arruinándole la vida.

A la mañana siguiente, le llevaron el desayuno a la cama. Había pasado una noche horrible. Todos aquellos recuerdos, unidos al embarazo, parecían haber agravado sus molestias. Decidió darse una ducha. Se vistió, pero se sintió tan débil, que se echó de nuevo en la cama para tratar de recuperarse. Ella era una mujer fuerte. Trató de

reflexionar y poner en orden sus pensamientos. Estaba decidida a poner fin a aquella situación y encontrar una alternativa viable a su relación actual con Angelo.

Bajó las escaleras y vio a Angelo en uno de los rellanos, frente a uno de los retratos de la familia. Tenía a Mariska en los brazos y le estaba diciendo algo en holandés.

–Flora… –le dijo al verla, mirándola fijamente.

Angelo estaba impresionante. Llevaba unos pantalones vaqueros desgastados y una camisa de cuello abierto. A pesar de la discusión que habían tenido la noche anterior, Flora no pudo evitar sentir una especie de hormigueo por los pechos y la zona baja del vientre al ver la forma en que la miraba con sus espectaculares ojos azul zafiro.

Su sobrina le sonrió de forma encantadora, pero siguió agarrada a los brazos de Angelo. Flora trató de ser comprensiva y no darle importancia. A llegar a su altura se detuvo para contemplar aquel retrato. Era un cuadro de grandes dimensiones y con el marco dorado en el que se veía a una dama muy elegante.

–¿Quién es? –preguntó Flora.

–Mi difunta madre. No puedo enseñar a Mariska un retrato de la madre de Willem porque mi padre no encargó ninguno de ella –dijo con un gesto despectivo–. Y si lo hubiera hecho, yo no lo habría colgado nunca de estas paredes.

–¿No te llevabas bien con tu madrastra?

–Era una arpía, siempre buscando problemas con los amigos y la familia. Al pobre Willem no le dejaba vivir. La gente la rehuía y procuraba no cruzarse en su camino. Mi padre careció del carácter necesario para ponerla en su sitio.

–¿Y por qué se casó con ella? –preguntó Flora, bajando el último tramo de las escaleras.

–Mi madre murió cuando yo tenía diez años. Mi padre fue muy feliz con ella y pensó que podría serlo de nuevo con una segunda esposa. Así fue como se casó precipitadamente con Myrna, casi sin conocerla. Fue muy desgraciado con ella –afirmó Angelo con tristeza–. Tanto, que sigo creyendo que fue el sufrimiento que le hizo padecer aquella mujer lo que le produjo el ataque al corazón que acabó con su vida.

–Los hijos suelen ser los que sufren más las consecuencias de unos padres malavenidos –dijo Flora, entrando en el salón, un espacioso lugar con unos sillones muy cómodos y acogedores y unas espléndidas vistas a los jardines de la finca–. Creo haberte contado ya mi historia y la de Julie.

–Sí, la madre de Julie fue amante de tu padre.

–Una de tantas. Mi padre iba repartiendo sus favores entre todas las mujeres que encontraba a su paso –replicó Flora con una sonrisa

irónica, extendiendo los brazos hacia Mariska.

La niña sonrió y abrió a su vez los bracitos para que su tía la tomara en brazos. Flora abrazó a Mariska llena de felicidad y le acarició las mejillas con mucho cariño, mientras se sentaba con ella en un sofá junto a una de las ventanas.

Angelo la miró con los ojos entornados durante unos instantes antes de dirigirse a ella.

–Estaba pensando en llevarte a hacer un recorrido por los lugares más típicos de la ciudad, ¿qué te parece?

Flora se quedó desconcertada. Sólo un hombre como Angelo se atrevería a comportarse con tanta naturalidad, como si no hubiera pasado nada, después de la discusión tan acalorada que habían tenido la noche anterior.

–Necesito descansar un poco después del viaje de ayer –dijo Flora, tratando de eludir el compromiso y luego añadió al ver su gesto de contrariedad–: En cuanto a lo de anoche…

–No me gusta mentir ni decir las cosas a medias –replicó Angelo secamente–. Estoy acostumbrado a decir lo que pienso.

Flora se puso tensa. Era evidente que no sentía el menor remordimiento por las cosas que le había dicho. Pero, ¿quién iba a atreverse a echarle en cara su franqueza? No era difícil imaginar que la mayoría de las mujeres, en su lugar, deseosas de complacer a un hombre tan apuesto y con tanto dinero, habrían tolerado aquella ultrajante muestra de sinceridad sin la menor queja. Pero ella se sentía humillada en lo más profundo de su alma. La había colocado la etiqueta de ambiciosa y cazafortunas y no estaba dispuesta a perdonar esa ofensa tan fácilmente.

–Ahora que sé ya dónde estamos y lo que cabe esperar de nuestra relación, creo que sé cómo podemos resolver esto –dijo ella.

Angelo se acercó a la ventana con una expresión de inquietud en la mirada.

–¿Cómo?

–Bueno, apenas llevamos un día juntos y, a la vista de lo de anoche, parece obvio que no estamos hechos para convivir. Debemos descartar por tanto esa posibilidad –afirmó Flora muy serena, observando la reacción de disgusto que produjeron en él sus palabras–. Afortunadamente, esta casa es muy grande y podríamos vivir separados bajo el mismo techo, sin molestarnos. Al menos a corto plazo.

Quizá fueran imaginaciones suyas, pero creyó ver que aquel brillo, lleno de vida, que iluminaba su cara habitualmente, se apagaba por momentos.

–¿Es eso de verdad lo que quieres?

Flora suspiró lentamente.

–Sí. En este momento no quiero disgustos ni complicaciones. Lo único que deseo es dedicarme a Mariska y a los hijos que llevo en mi seno.

Angelo se encogió de hombros en un gesto elocuente de resignación.

–Lo comprendo, pero confiaba en que pudiéramos hablar…

Flora le miró con tal dureza, que pareció como si tuviera un par de piedras de jade verde en las cuencas de los ojos.

–No tengo nada de lo que hablar contigo –dijo ella alzando la barbilla, muy altiva–. Ya sé lo que piensas de mí y está claro que nuestra relación como pareja no tiene ningún futuro –añadió, recalcando cada palabra–. Puede que necesite tu ayuda hasta que nazcan los niños, pero preferiría que, a partir de ahora, me tratases sólo como a una amiga o… una compañera de piso.

–¿De verdad es eso lo que quieres? –repitió él con el ceño fruncido.

Angelo estaba realmente confuso. No estaba acostumbrado a recibir una negativa de una mujer y, por otra parte, estaba convencido de que ella no había sopesado bien el alcance de la decisión que estaba tomando.

–Sí, y creo que tú también –respondió ella, tratando de adoptar una postura más conciliadora, pues aunque Angelo, hasta el momento, no se había opuesto abiertamente a su decisión, por sus gestos daba a entender que no le parecía sensato lo que estaba diciendo–. Tú mismo dijiste que este embarazo había trastocado todos tus planes y te había desorganizado la vida.

Sus ojos azules ardían como piedras de zafiro por encima de sus pómulos de bronce.

–Pero con eso no quería decir que lo viese como algo negativo en mi vida.

Flora trató de sustraerse al encanto de aquellas facciones tan atractivas como varoniles, mientras acunaba en sus brazos a Mariska, que se había quedado dormida en su regazo.

–Oh, vamos, tú lo tenías todo antes de que cambiase tu suerte aquel día que te acostaste conmigo en la casa flotante –replicó ella sin poder reprimir un cierto tono sarcástico en la voz–. Tenías todas las mujeres hermosas que querías y sin ningún compromiso ni responsabilidad que te atase a ellas. Justo el tipo de relación que nunca tendrás conmigo. Así que creo que será mejor que reconozcamos ahora las diferencias que nos separan, antes de que nazcan los niños.

Angelo esbozó una mueca de amargura, al tiempo que el brillo de sus ojos pareció apagarse como una vela justo en el momento de consumirse. Agachó la cabeza, en una muestra de resignación.

–Respetaré tus deseos. Lo más importante para mí en este

momento es tu bienestar y tu seguridad. Pero creo que estás cometiendo una gran equivocación.

Equivocada o no, Flora sintió la satisfacción de ver que él no se había mostrado tan obstinado como otras veces y que no le había exigido cosas que ella no estaba dispuesta a concederle. Desde luego, la concesión de Angelo había que valorarla en su justa medida. Él se preocupaba por su salud y la de sus hijos. Unos hijos que eran también suyos y, sabiendo lo que le gustaban a él los niños, tampoco había que considerar eso un gran sacrificio.

Sintió un picor en los ojos. Bajó los párpados para que él no viera las lágrimas que pugnaban por salir y se abrazó a Mariska en busca de consuelo. Podía estar enamorada locamente de Angelo van Zaal, pero no quería que él lo sospechase. En adelante, se comportaría de manera seria, formal y distante cuando él estuviese cerca.

# Capítulo 9

SE te ve espléndida –exclamó Bregitta Etten con su jovialidad habitual.

Flora estaba ya de siete meses y tenía una tripa considerable. Era un suplicio para ella estar de pie mucho tiempo.

–¿Te importa si me siento?

–¡Qué cosas tienes! Debe ser agotador llevar todo ese peso extra encima –respondió la rubia sentándose junto a Flora en un sofá muy lujoso pero no muy confortable.

Estaban en un acto benéfico que se celebraba en un espectacular edificio público, lleno de lujos pero con pocas comodidades.

–Fue una verdadera pena que Henk y yo no tuviéramos niños.

–Sí, fue una pena –dijo Flora, tratando de ser amable con Bregitta, procurando no mirar hacia donde estaba Angelo.

Los fondos de la recaudación de aquel acto iban destinados a la organización benéfica que Angelo patrocinaba. Una fundación a favor de los niños con trastornos cerebrales.

Angelo había dado un discurso muy emotivo que había conseguido calar en el corazón de todos los invitados, y estaba ahora conversando con ellos. Le había pedido a Flora que le acompañara al acto y, como era la primera vez que le había pedido una cosa así, había accedido.

–Soy una mujer algo chapada a la antigua –dijo Bregitta, bajando la mirada como una tímida adolescente–. Yo no habría sido capaz de hacer como tú, correr el riesgo de quedarme embarazada, de tres niños a la vez, sin estar casada.

–¿De veras? –dijo Flora sonriendo, ya acostumbrada a las frases irónicas de la rubia.

Hacía tiempo que había observado el recelo con que Bregitta veía a cualquier mujer que se acercase a Angelo, y más aún sin entraba en su casa. De hecho, al enterarse hacía un par de meses de la noticia del embarazo múltiple de Flora, se había sentido tan ofendida como si le hubiese robado a Angelo.

Sonrió al recordarlo, pues estaba convencida de que Angelo no veía a Bregitta con los mismos ojos que ella a él. Por otra parte, aunque Angelo no les había dicho a sus amistades que iba a ser padre hasta que Flora se fue a vivir con él, luego lo compensó con creces presumiendo ante todos de ser padre de trillizos. A Flora no le cabía la menor duda de lo entusiasmado que estaba sobre su inminente paternidad. Además, viendo el cariño que demostraba con su sobrina, había llegado a la conclusión de que Angelo era uno de esos hombres especiales que amaban de verdad a los niños y disfrutaban con su compañía.

Durante los últimos cuatro meses, Flora se había recuperado de

nuevo pero, a pesar de todo, su avanzado estado de gestación le impedía desenvolverse con normalidad. Se cansaba con facilidad y le dolía la espalda y las caderas si andaba demasiado. Le resultaba imposible ponerse a jugar en el suelo con Mariska, y le costaba mucho también dormir por las noches con los tres bebés moviéndose en su interior. Pero se sentía feliz sintiéndoles darle patadas, porque eso era señal de que el embarazo seguía su curso normal.

Natalie le había puesto en contacto con un ginecólogo de Amsterdam que tenía muy buena reputación, a cuya consulta asistía todas las semanas. Su amiga Jemima la llamaba también con regularidad para interesarse por su salud. Pero Angelo era el que más la había ayudado. Y eso paradójicamente la entristecía, porque cuanto más conocía a Angelo van Zaal más se daba cuenta de lo mucho que lo amaba. Quizá se había sentido inicialmente atraída por su físico, pero luego había visto su amabilidad, su respeto y su disposición a escucharla si estaba preocupada por algo. En realidad, no podía tener ninguna queja de él. Si ya no se mostraba tan efusivo como antes, era porque ella misma le había pedido que la tratase como a una compañera de piso.

Por lo general, sólo estaban juntos cuando Mariska estaba presente. El acto benéfico de aquella noche era una excepción. Las pocas veces que habían salido juntos se habían llevado también a la niña. En todo lo demás, Flora y Angelo llevaban vidas separadas. Angelo pasaba la mayor parte del día trabajando en su despacho o de viaje en el extranjero. Cuando estaba en casa, dormían en habitaciones separadas y solían tener también diferentes horarios en las comidas.

Conforme pasaban las semanas, Flora comenzó a preguntarse si no habría cometido un error mostrándose tan intransigente con él. Angelo parecía ir distanciándose poco a poco, tal como ella le había pedido, y ella comenzó a sospechar que debía de haber ahora otras mujeres en su vida. Después de todo, no podía esperar que un hombre como él se abstuviera de tener relaciones sexuales. Demostraba, en todo caso, mucha discreción a ese respecto, pero esa discreción no le servía a ella de consuelo y se reconcomía de celos por dentro cada vez que le veía mirando más de tres segundos a otra mujer.

Aunque parecía contento, ella se daba cuenta de que se sentía solo, triste e inseguro. Reconocía que la discusión que habían tenido aquel día había levantado una barrera entre ambos difícil de derribar. Él no quería hacerla sufrir más ni empeorar la situación tratando de volver a incidir sobre ese asunto, pero de lo que no se daba cuenta era de que ella, en todo el tiempo que habían vivido separados, había tenido la oportunidad de conocerle mejor, y ahora confiaba plenamente en él. Había comprendido finalmente que era un hombre sincero y franco, que no decía mentiras ni ponía pretextos amables para ocultar lo que

de verdad pensaba. No tenía nada que ver con su difunto padre, que había sido un farsante y un mujeriego toda su vida, ni con Peter, que había tenido siempre un carácter débil que había sido la causa de su ruptura.

–¡Qué valiente eres, Flora! ¿Cómo puedes estar tan tranquila? –exclamó Bregitta con cara de incredulidad, arqueando las cejas para dar mayor énfasis a sus palabras–. En unos meses tendrás cuatro hijos, Mariska estará correteando y revolviéndote todo... No me puedo imaginar a Angelo en el papel de padrazo.

–No lo conoces bien. Está loco con los niños –contestó ella con confianza.

–Pues el hombre que estuviera conmigo tendría que quererme a mí más que a cualquiera de los hijos que pudiéramos tener –respondió Bregitta sin vacilar–. Por lo que me dices, eso no te va a resultar a ti nada fácil con Angelo.

Molesta por esos comentarios, Flora prefirió no responderle. En aquel momento, sabía que Angelo sólo tenía ojos para ella. Era natural, estando embarazada. Cuando nacieran los bebés, tendrían que llegar a algún tipo de acuerdo, aunque era muy poco probable que continuasen viviendo juntos bajo el mismo techo. Pensó, con tristeza, que muy pronto aquellos momentos inolvidables que había pasado al lado de Angelo serían sólo un recuerdo. ¿Por qué entonces no hablaba con él y trataba de aclarar las cosas? Por otra parte, estaba convencida de que él no se sentía a gusto con aquella situación. ¿Por qué él, a su vez, tampoco le había dicho nada?

–Si me lo preguntas, tendría que decirte que la única mujer que consiguió ganarse el corazón de Angelo fue Katja –afirmó Bregitta con un suspiro–. Y como fue ella la que se fue, metafóricamente hablando se entiende, ¿qué otra mujer podría ocupar ahora su lugar?

Flora se quedó sorprendida ante la idea de que Angelo pudiera haber amado alguna vez a una mujer, y mucho más aún de que ella le hubiera dejado, pero era demasiado orgullosa como para pedirle a Bregitta que le contase los detalles de esa historia. Prefirió mirar entonces hacia donde estaba Angelo, al otro lado de la sala. Se le veía muy risueño, charlando animadamente con una rubia espectacular que llevaba un vestido rojo de noche, muy ceñido y bastante escaso, que le permitía enseñar descaradamente buena parte de los pechos y los muslos. Sintió un pinchazo en la boca del estómago al compararse con aquella mujer. Tras siete meses de embarazo, su figura había perdido buena parte de su atractivo. Su cuerpo, antes esbelto y seductor, estaba hinchado y deformado.

Seguían riéndose. ¿Le estaría contando Angelo algún chiste? ¿O estaría la maldita rubia coqueteando con él? ¿O sería todo producto de su imaginación, que creía ver amantes por todas partes? En todo

caso, no saber nada de la vida de Angelo le dolía en el alma y contribuía a hacer más honda la brecha que se había abierto entre el hombre al que amaba y ella. Porque, a pesar de todos sus esfuerzos por evitarlo, lo amaba más que nunca.

Angelo se acercó a ella al cabo de diez minutos.

–Se te ve con cara de sueño –susurró él en voz baja.

«¡Mentira!», sintió deseos de gritarle. «¡Dime que me encuentras maravillosa y sexy, o cualquier otra cosa que se te ocurra, aunque sea mentira, pero no que tengo cara de sueño!», quiso decirle. Pero se tragó su enfado y sus celos y trató de controlarse, mientras él le tendía la mano para ayudarla a levantarse, con tanto cuidado y esmero como si fuera una ancianita respetable llena de achaques. Por un instante, detestó estar embarazada y no ser rubia y esbelta y tener unos pechos turgentes y una cintura más estrecha.

Furiosa consigo misma, le pidió que volvieran a casa y se fue derecha a la cama, rechazando la invitación de Angelo para cenar con ella. Estaba comportándose de una manera absurda y estúpida, reconoció ella misma con tristeza. A pesar de su estado de inquietud, consiguió dormir un par de horas, pero le despertaron unas pequeñas patadas. Tuvo la sensación de que se estuviera disputando un partido de fútbol dentro de su vientre. Se quedó inmóvil unos instantes. Luego puso las palmas de las manos sobre la tripa y percibió, embriagada de emoción, aquellos pequeños movimientos que ponían de manifiesto las tres vidas que llevaba en su seno. Sintió entonces un hambre feroz. Trató de volverse a dormir para olvidarlo, pero no hacían más que venirle a la imaginación imágenes de mujeres con cuerpos maravillosos sonriendo a Angelo. Así que se bajó de la cama, se puso la bata y bajó las escaleras en silencio.

Nada más entrar en la cocina, Mango se acercó a ella y se puso a dar vueltas alrededor de sus piernas ronroneando mientras Skipper continuó impasible acurrucado en su esquina.

–Dios mío… Me pareció haber oído a alguien…

Flora se volvió de repente al oír aquella voz y vio a Angelo en el marco de la puerta. Skipper dio un pequeño ladrido y se levantó corriendo para saludar muy contento a Angelo mientras ella contemplaba la escena con recelo. Skipper estaba siempre esperando a Angelo en la puerta de entrada para darle la bienvenida cuando llegaba de trabajar. No entendía cómo Angelo había podido ganarse la confianza de Skipper, pues no le había visto nunca hacerle otra cosa que darle algunas palmaditas en la cabeza.

A diferencia de ella, Angelo estaba aún vestido. Llevaba la misma camisa blanca de por la tarde, pero se había cambiado de pantalones y llevaba ahora unos vaqueros desteñidos. Se había quitado también la chaqueta y la corbata. Flora se sintió incómoda porque sabía que

estaba muy despeinada.

–Debería haber cenado algo –dijo ella mientras se preparaba un sándwich vegetal.

–Te lo dije –replicó Angelo, apoyado ahora, en actitud relajada, en la pulcrísima mesa de pino que había en medio de la cocina.

–¡Cómo no! No podías resistirte a no decirlo. Está bien, ¿te apetece tomar algo?

–Gracias, pero ya tomé algo antes. He bajado para terminar un trabajo que tengo pendiente.

–Yo he bajado porque no podía dormir. Llevo ya algunas noches así. Los bebés se ponen a moverse por ahí dentro y me despiertan –dijo Flora, sentándose en la mecedora de Teresa para comerse cómodamente el sándwich–. Angelo, he estado pensando que...

–¿Qué? –le interrumpió él con impaciencia.

Flora decidió dejar el sándwich para otro momento y respiró profundamente.

–Creo que ya es hora de que te cuente lo que pasó de verdad –dijo ella y añadió luego en tono desafiante al ver la expresión de recelo en sus ojos azules–. Puedes creerme o no, ése es tu problema.

–Ciertamente, me gustaría escuchar tu versión de los hechos.

Un poco frustrada por la ironía de sus palabras, Flora comenzó hablándole del trabajo que había conseguido a las pocas semanas de graduarse en administración de empresas en la universidad.

–Pero, ¿por qué no denunciaste a tu jefe en cuando comenzó a propasarse contigo? –preguntó en seguida Angelo muy impaciente sin esperar a que ella llegara a ese punto.

–Me preocupaba que yo estuviera malinterpretando sus actos. En un departamento donde casi todos eran hombres y había mucha tensión en el trabajo, tampoco quería armar un escándalo por nada –dijo ella muy seria–. Estaba haciendo un gran esfuerzo para integrarme en el grupo y no quería dar a mis compañeros la imagen de ser una mujer problemática. Cuando el acoso se hizo más descarado, empezó a preocuparme la repercusión que podría tener en mi trabajo el que le pusiese una denuncia a mi jefe por acoso sexual. Henshall estaba muy bien considerado dentro de la empresa.

–No debía haberte preocupado eso –dijo Angelo como recriminándola.

–No estoy hablando aquí de teorías, sino de lo que pasa en la vida real. Muchos de mis compañeros de la universidad no habían encontrado aún trabajo. Yo había tenido la suerte de conseguir uno que suponía para mí una gran oportunidad y no quería echarlo todo a perder.

–En todo caso, habría sido tu jefe el que habría tenido la culpa, no tú. Pero si lo que me estás contando es verdad, no entiendo entonces

cómo pudiste perder el caso.

Flora esbozó una amarga sonrisa.

–Se dieron dos factores decisivos para que yo perdiera el caso en la magistratura. La mujer del departamento de administración que había presentado la denuncia conmigo contra Henshall se echó atrás a última hora y retiró su denuncia, supongo que por presiones o por miedo a perder su trabajo. Así que me quedé sin las pruebas que ella habría aportado. El segundo factor fue la demanda que presentó Henshall. En ella se decía que yo había tenido una aventura con él y que ahora estaba resentida y con deseos de venganza porque él se había reconciliado con su esposa y no había querido darme el célebre extra que al parecer yo le había pedido –Flora estaba pálida y tensa e hizo una pausa para recuperarse–. La historia atrajo la atención de la prensa sensacionalista que publicó algunos titulares verdaderamente sórdidos y ofensivos contra mí. La mayoría de la gente se creyó la historia de Henshall, porque nadie podía pensar que un hombre casado confesaría haber tenido una aventura si no hubiera sido así...

–¿Por qué crees que pretendió hacer creer a todos que él y tú habíais tenido una aventura? –preguntó Angelo muy sereno.

–Porque tenía miedo de perder su trabajo si yo era capaz de demostrar que era un acosador. Henshall tenía un sueldo muy alto en la empresa, así que pensó que la mejor forma de mantenerlo sería tratando de desacreditarme manchando mi reputación. Su esposa apoyó todas sus declaraciones ante el tribunal por la misma razón. Él había tenido ya más de media docena de casos parecidos en el trabajo, así que ella debía saber de sobra cómo era.

–Peter rompió también su compromiso contigo casi al mismo tiempo –le recordó Angelo.

–Después de las cosas que se publicaron de mí en los periódicos, Peter y su familia pensaron que sería una vergüenza y una deshonra para ellos que se les llegase a relacionar conmigo. Lo que sí conseguí al final fue el maldito extra –concluyó ella con amargura.

Angelo no pudo ocultar su sorpresa al oírlo.

–¿Lo dices en serio?

–Me lo había ganado en justicia por mi rendimiento. La empresa lo sabía y me lo abonó, pero sólo unas semanas después de que se calmaran los ecos del escándalo que había desatado la prensa. Lo conservo aún en el banco… sin tocar –dijo Flora.

–Me imagino que no fue un gran consuelo dadas las circunstancias –comentó Angelo, ayudándola a levantarse de la mecedora al ver que trataba con dificultad de incorporarse.

–No, no lo fue –admitió ella.

–Te acompañaré a tu cuarto –dijo Angelo.

Flora se contuvo para no decirle que no se preocupase por ella, que

sabía arreglárselas sola. Valoraba mucho su independencia, pero mantener a Angelo alejado no era exactamente lo que ella quería. Cuando él se acercó a ella, se sintió embriagada por el perfume de la colonia exclusiva que usaba habitualmente, desatándose en su recuerdo una oleada de imágenes de los momentos felices que habían vivido juntos en la intimidad. Recordó la pasión de sus besos, la sensualidad de su boca, las caricias de sus manos, y sintió una fuerte tensión sexual. Absorta en aquellos inconfesables pensamientos, se tropezó en uno de los escalones cuando subía al dormitorio, pero Angelo la agarró en seguida por los hombros para evitar que se cayera.

–Sube despacio, no hay prisa –le dijo suavemente.

No era verdad. Apenas les quedaba ya tiempo de seguir juntos, pensó ella con tristeza. El ginecólogo le había aconsejado encarecidamente que guardase reposo en cama el mayor tiempo posible hasta el mismo día del parto. Pero la ironía era que, una vez que diese a luz y estuviese en condiciones de moverse libremente como antes, estaría aún más sola y alejada de Angelo que ahora.

Angelo la ayudó a quitarse la bata, deslizando suavemente las manos por sus hombros, con tal sensualidad que le recordó la forma en que se comportaba cuando estaba con ella en la cama. Sintió que le abrasaban las mejillas. Sorprendida de su reacción, se acostó en la cama rápidamente y, cuando él se disponía ya a marcharse extendió, de forma inconsciente, una mano hacia él. Se sorprendió al sentir la mano de Angelo agarrando cálidamente la suya. Se volvió hacia él y contempló emocionada sus ojos azules, que la miraban fijamente como tratando de desentrañar los secretos de su corazón.

–No te vayas… –exclamó ella sin saber por qué.

Angelo se sentó al borde de la cama y la miró fijamente.

–¿Te encuentras bien?

Sintió esa sensación de incomprensión y frustración que era ya habitual en ella cada vez que estaba cerca de él. Le había pedido que se quedara con ella y a él sólo se le ocurría pensar que podría estar enferma o muy nerviosa. Era evidente que, en el estado en que estaba, no tenía ningún aliciente sexual para él.

–Sí, estoy… bien –dijo tartamudeando al sentir a uno de los bebés–. Ha sido una patada –añadió poniéndose una mano en el vientre.

–¿Te importa? –le preguntó Angelo, con mucho interés, apoyando una mano muy cerca de la suya, con la esperanza de sentir el movimiento de sus hijos dentro del vientre de ella.

–Claro que no –mintió ella, que en realidad estaba a punto de echarse a llorar.

Se quedó muy quieta y rígida, mirando hacia abajo al montículo en

que se había convertido su vientre, preguntándose en qué demonios podía haber estado pensando para creer que podría seducir en su estado a un hombre como Angelo. Una vez más los trillizos, se las habían ingeniado para ser el centro de atracción.

El rostro de Angelo pareció transfigurarse cuando sintió la patada de un bebé. Ella vio su cara de satisfacción y se sintió como un ser inferior destinada a ser una mera incubadora humana de los hijos que Angelo parecía desear tanto. Aunque lo hubiera buscado, no habría encontrado un padre más entusiasta que él. No conseguía entender cómo no se había casado hacía años y tenía ya una prole de hijos. Sin duda, había tomado buena nota de la amarga experiencia de su padre cuando se casó precipitadamente con aquella mujer que le amargó la vida. Por otra parte, era evidente que valoraba mucho su libertad y había tratado de conservarla. ¿Habría sido diferente con aquella misteriosa Katja, a quien Bregitta había querido presentar como una poderosa rival?

–¡Es increíble! –exclamó Angelo con cara de admiración, mirándola fijamente con sus deslumbrantes ojos azules.

Ella creyó oír en sus oídos el latido desbocado de su corazón. Deseaba tanto que la tocase, que tuvo que hincarse las uñas en las palmas de las manos para no pedírselo abiertamente. Su respiración se hizo más entrecortada y audible, sus pechos se inflamaron y sus pezones se pusieron duros y rígidos, al tiempo que empezaba a sentir un calor húmedo entre los muslos. Él sostuvo la mirada y la atmósfera pareció por un instante cargarse de electricidad. Ella se sentía incapaz de razonar porque estaba totalmente a merced de aquellas hormonas descontroladas y del deseo que parecía arder en su corazón.

Angelo retiró la mano de su vientre y tapó a Flora con la sábana.

–Ya es tarde. Tengo que dejarte descansar –dijo él muy sereno, incorporándose de la cama y apagando la luz de la mesita de noche–. Y no te olvides de la cita que tenemos con el ginecólogo mañana por la tarde.

La luna derramaba su luz por el cuarto a través de las rendijas de las cortinas. Con el corazón en un puño, Flora vio a Angelo saliendo de su habitación, pero sentía tanto dolor que no fue capaz de decirle nada. ¿Cómo había podido pensar que podría besarla o mostrar algún interés sexual por ella?

Comenzaron a brotar lágrimas de sus ojos, que corrieron lentamente por sus mejillas. Volvió a sentir en ese momento otra patada de alguno de los tres bebés. Se echó a llorar desconsolada y escondió la cara debajo de la almohada para amortiguar el sonido de sus sollozos.

Cuando se despertó a la mañana siguiente después de una noche casi en blanco, vio un resplandor intermitente sobre la mesilla. Era su

teléfono móvil. Alguien le había dejado un mensaje de texto. Vio, con asombro, que era de su ex novio, Peter Davies. Sintió una gran curiosidad por saber lo que decía. Se sentó en la cama y lo leyó. Después de haberse encontrado con un amigo común, Peter le decía lo sorprendido que se había quedado al conocer la noticia de la muerte de Julie y de que ella estuviera viviendo en la actualidad en Amsterdam con su sobrina. Él estaba trabajando en Londres para una empresa de transportes que tenía su sede en Rotterdam y se encontraba en ese momento en Holanda asistiendo a una conferencia. Decía, por último, que estaba deseando verla antes de regresar a Londres.

Llevada por la curiosidad, averiguó que el vuelo de Peter con destino a Londres salía esa misma tarde y concertó una cita con él para tomar un café juntos antes de que saliera para el aeropuerto.

## Capítulo 10

ANGELO acompañó a Flora a la consulta del ginecólogo.

–Va todo bien, pero llegados a esta fase del embarazo es recomendable guardar el máximo reposo posible por el bien de los trillizos. Cuanto más tiempo estén en el seno de la madre, mejor se desarrollaran –dijo el doctor Wintershoven con una sonrisa–. Yo le aconsejaría, por mayor seguridad, que ingresara ahora en el hospital, pero teniendo en cuenta lo bien que la cuida el señor Van Zaal, creo que puede quedarse en casa sin ningún problema.

Flora y Angelo salieron muy contentos de la consulta.

–Va a ser muy aburrido tener que estar todo el día en casa tumbada –dijo Flora suspirando mientras salían del aquel hospital de lujo donde el doctor Wintershoven pasaba consulta.

Ella sabía que, a pesar de sus quejas, el consejo del ginecólogo era razonable en el estado en que estaba. Angelo la miró muy sonriente con un brillo especial en sus ojos azules.

–Yo me encargaré de que estés entretenida. Vamos a ir ahora directamente a tu librería favorita y compraremos unos libros y unas películas, así…

–No puedo. Se me olvidó decirte que he quedado con una persona esta tarde –dijo Flora.

–¿Con quién? –preguntó Angelo sin rodeos.

–Recibí un mensaje de Peter esta mañana. Al parecer, está asistiendo a una conferencia en Rotterdam esta semana y quería verme y tomar un café antes de tomar su vuelo de regreso a Londres.

–¿Peter? –exclamó Angelo sorprendido mirándola fijamente a los ojos con expresión tensa–. ¿Te refieres a Peter Davies, tu ex novio? ¿Está en Rotterdam?

–Sí –dijo ella sonriendo–. Trabaja como contable en una empresa de transportes, que tiene su sede central allí. ¿No es una curiosa coincidencia?

–En efecto. No sabía que siguierais en contacto.

–No había vuelto a saber nada de él desde que me fui de Londres. Un amigo común le informó de lo que había pasado últimamente y me mandó un mensaje de pésame por la muerte de Julie –replicó Flora con tristeza.

Angelo se quedó callado unos segundos al pie de la limusina.

–Claro, conocería mucho a tu hermana.

–Sí, pero nunca se llevaron muy bien –dijo Flora con una sonrisa irónica–. Peter tenía celos de ella porque yo siempre estaba pendiente de Julie y le dedicaba más tiempo que a él.

Angelo la ayudó a entrar en el coche y luego se acomodó en la parte de atrás junto a ella.

–Creo que iré con vosotros –dijo Angelo.

–¿Para qué? –exclamó ella sorprendida.

–No me gusta que vayas sola a ninguna parte en el estado en que estás. Me sentiría más tranquilo yendo contigo.

–Eso es ridículo. Sólo voy a entrar en una cafetería, sentarme a tomar un café, saludar a Peter y volver luego a casa –replicó Flora secamente.

–Aun así, preferiría acompañarte –dijo Angelo muy obstinado, sin hacer caso de sus explicaciones.

–Angelo, no puede ser. No puedes venir. Peter y yo no podríamos hablar libremente de nada personal estando tú delante –le dijo ella con firmeza.

Angelo la miró muy pensativo, con cierto recelo. No parecía estar dispuesto a dejarla irse sola.

–¿De verdad quieres ir a verlo?

Flora asintió con la cabeza, a punto de perder la paciencia. Sentía curiosidad por saber cómo le había ido la vida a Peter. Ésa era la única razón de que quisiera verlo, pero creía que no tenía por qué darle a Angelo tantas explicaciones. Después de todo, ¿qué le podía importar a él que se fuese a tomar un café con su ex novio y estuviesen charlando amistosamente unos minutos? ¿Acaso él no había tenido toda la libertad del mundo para ver a otras mujeres en esos últimos meses? Él no sabía lo difícil que había sido para ella permanecer callada y no decirle nunca nada para que no pensase que quería inmiscuirse en su vida o coartar su libertad.

Al llegar frente a la cafetería donde había quedado con Peter, Flora se bajó de la limusina. Consciente de lo contrariado que dejaba a Angelo, le dirigió, en desagravio, una cálida sonrisa para tranquilizarle. Pero sus rutilantes ojos azules siguieron tan sombríos como antes y ella pudo observar una amarga mueca de disgusto en sus sensuales labios. Con aquel vestido amplio de premamá que llevaba, entró en la cafetería.

Peter estaba esperándola. Aunque le reconoció de inmediato, observó que había perdido bastante pelo y que había echado algunos kilos. Nada más verla, Peter se levantó de la silla y se dirigió a ella para decirle lo mucho que había sentido lo que le había pasado a su hermana Julie.

–Me imagino cuánto lo habrás sentido. Con lo unidas que estabais Julie y tú… –dijo Peter–. Cuando me enteré de que estabas viviendo en Amsterdam, sentí muchas ganas de verte. Aún me remuerde la conciencia cuando recuerdo la forma en que nos separamos...

–Ha llovido mucho desde entonces –replicó Flora con una sonrisa, aliviada al descubrir que Peter no despertaba ya ninguna de las emociones que había sentido por él en otro tiempo.

Ni siquiera cuando vio el anillo de casado que llevaba en uno de sus dedos regordetes.

Cuando Flora fue a sentarse en la silla que había frente a la de Peter, él se dio cuenta entonces de su estado.

–¡Estás embarazada!

Flora no pudo contener la risa al ver su cara de sorpresa.

–Parece como si no hubieras visto nunca a una mujer embarazada.

–Pero… ¡No estás casada! –exclamó Peter en voz muy baja como si temiera que su comentario pudiera escandalizar a la personas que estaban en el local.

–Por lo que veo, tú en cambio sí lo estás. Los dos hemos cambiado y hasta nos hemos ido a vivir a otra ciudad –dijo Flora muy tranquila, haciendo una pausa para pedir su café–. Pero dime, ¿cuándo te casaste?

Peter se puso más colorado que un tomate.

–Unos meses después de separarnos. Ella se llama Sandy. Trabajábamos juntos.

–Nunca me hablaste de ella –dijo Flora, sonriendo.

–Tienes razón. Debí habértelo dicho, pero se me hacía difícil y no encontraba nunca la ocasión propicia.

–Si yo hubiera sabido que había alguien más en tu vida, no me habría sentido tan culpable de la ruptura de nuestro compromiso – afirmó Flora con cierta ironía–. Sentí mucho la vergüenza por la que tuvisteis que pasar tu familia y tú debido a las noticias que se publicaron de mí en la prensa.

–Yo fui el único culpable de todo aquello, Flora –dijo él con un gesto de amargura–. No sabes cómo lo lamento. No tuve valor para decirte lo que realmente sentía y utilicé aquel veredicto del tribunal como excusa para romper nuestro compromiso. Fue un acto vergonzoso que no podré olvidar nunca.

–No te preocupes, ya no tiene importancia –dijo Flora muy generosa tomando un sorbo de su taza de café.

–Te dejé y siempre me arrepentiré de ello, pero creo sinceramente que no congeniábamos. Me sentía más como tu hermano que como tu novio –confesó Peter algo turbado–. En algún momento de nuestra relación, perdimos esa chispa tan esencial en una pareja y yo no fui ya capaz de recuperarla.

Flora sintió como si la pequeña nube negra que había llevado encima esos últimos años se hubiera alejado de ella y viera ahora en su lugar un cielo despejado y limpio. Él tenía razón. Su relación se había basado más en la amistad que en la pasión y, con el tiempo, la atracción que pudo haber entre ellos se había ido debilitando en lugar de acrecentarse. Peter había sido el primero en darse cuenta de ello porque se había sentido atraído por Sandy. No en vano, se había

casado con ella sin pensárselo dos veces. Si hubiera sido más sincero con ella, no se habría sentido tan frustrada. Habría aceptado que él se había enamorado de otra mujer, pero no se habría quedado con la sensación de ser rechazada.

–No estábamos hechos el uno para el otro –le dijo ella, tratando de no preguntarse si quizá la verdadera causa del fracaso de su relación no habría sido el haber pasado tanto tiempo juntos como compañeros en la universidad y luego como amigos y novios.

La costumbre y la rutina era algo que enfriaba la pasión de los hombres.

¿Era eso lo que le pasaba ahora a Angelo? ¿Que había perdido todo el interés por ella? ¿Que el haber estado conviviendo en la misma casa le había llevado a verla ya con indiferencia?

–Siempre fuiste muy testaruda e independiente para mí –dijo Peter–. Con Sandy me siento a gusto, me hace sentirme bien conmigo mismo...

–Vamos a dejarlo ahí –le aconsejó Flora secamente antes de que pudiera meterse en terrenos más espinosos si seguía con sus comparaciones.

Peter le preguntó por el padre de sus hijos y luego le confesó que él ya tenía un hijo de un año. Flora, por su parte, sonrió al ver la cara de sorpresa que puso Peter cuando le dijo que ella iba a tener trillizos. Estuvieron charlando animadamente durante veinte o treinta minutos y luego se despidieron cordialmente.

Flora tomó un taxi para volver a casa de Angelo preguntándose por el camino por qué se había estado atormentando tanto tiempo por aquella ruptura con Peter. Ya desde que salieron de la universidad, su relación se había convertido en una mera amistad, no había amor ni pasión entre ellos. Pero ella había estado tan entregada a aquel trabajo tan interesante, que había conseguido, que no se había dado cuenta de la realidad.

Al entrar en casa, vio una bolsa en el recibidor que le recordó que, con el buen tiempo que hacía, quizá fueran ese fin de semana otra vez a Huis van Zaal. Confiaba en que Angelo no se empeñara en que se quedase en Amsterdam, guardando reposo en cama, porque ella disfrutaba mucho en el campo. Además, en aquel castillo, Angelo conseguía olvidarse de los problemas de sus negocios y estaba más relajado. Pero, aunque el clima era agradable y lucía el sol, se empezaba ya a notar el aire fresco del otoño y no estaba claro si Angelo querría ir ese fin de semana a su casa de campo.

Entró en el cuarto de Mariska.

–¿Dónde está Angelo? –le preguntó a Anke.

–Creo que fue a ver a Katja, así que debe estar a punto de llegar –contestó la niñera muy cordialmente mientras la niña se acercaba a

ella, caminando a trompicones como un patito, para enseñarle el vestido nuevo que llevaba.

Viéndola tan alegre, nadie habría dicho que la niña hubiera sufrido la amarga experiencia de haber sido víctima de un accidente en el que había perdido a sus padres.

Flora estuvo a punto de preguntar a Anke quién era Katja. Sabía que la niñera sería la persona idónea para satisfacer su curiosidad, sin hacerse de rogar como alguna que otra rubia que ella sabía. Pensó también que, dado que Bregitta le había mencionado el nombre de Katja en dos ocasiones, lo más probable era que no hubiera nada de especial en aquella relación. Quizá fuese una respetable anciana de noventa y cinco años. Estaba claro que Bregitta disfrutaba sembrando la duda y la desconfianza en ella. De haber habido algo entre Angelo y esa Katja, no habría desaprovechado la ocasión de crear la discordia entre Angelo y la madre de sus tres futuros hijos.

Una hora después, Flora descansaba plácidamente echada en una tumbona, con un vaso de limonada casera mientras disfrutaba del agradable sol de principios de otoño. Mariska y Skipper jugaban los dos muy felices en el jardín con una pelota. Flora miró al cielo como tratando de ver en él su futuro. Angelo quizá no estuviese enamorado de ella, pero sería un padre excelente para sus hijos y sin duda, con el tiempo, ella acabaría acostumbrándose. ¡Cuatro niños! ¡Qué barbaridad!, pensó asustada ante la perspectiva del revuelo y el ruido que podrían organizar. Bastaba ver el que armaba Mariska por sí sola, se dijo ella sonriendo.

Anke se acercó a preguntarle si podía llevarse a la niña para enseñarle la granja de sus padres, que estaba muy cerca de allí. Flora le dio permiso. Una vez sola en el jardín, cerró los ojos y trató de relajarse.

–¿Flora?

Ella abrió los ojos y vio como en una aparición maravillosa a un hombre alto, fuerte, apuesto… Angelo estaba a tan sólo un par de metros de ella. Iba vestido con unos pantalones muy elegantes y una camisa de un tono pálido que resaltaba aún más su piel bronceada y su pelo negro azabache. Ella inclinó la cabeza hacia un lado para poder admirar mejor los rasgos varoniles de su cara, sus pómulos de patricio romano, su nariz recta de corte clásico y la línea de sus labios perfectamente delineados.

–¿Por qué me miras así? –dijo Angelo muy suavemente.

Flora se ruborizó y, cuando él la miró fijamente con sus impresionantes ojos azules llenos de vida, sintió que se le secaba la boca y le ardían las mejillas. Intentó incorporarse pero, en aquella tumbona, esa operación resultaba muy complicada para ella. Angelo acudió como un rayo y la ayudó a sentarse.

–¿Cómo te fue con Peter? –le preguntó él con frialdad.

–Está igual que siempre, no ha cambiado nada –respondió ella.

Flora no quería hablar mal de su antiguo novio ni contarle a Angelo lo que habían estado hablando entre ellos, así que guardó silencio discretamente.

Angelo la miró con el ceño fruncido.

–Me gustaría hacerte una pregunta –dijo él, muy serio.

–Adelante –replicó Flora esperando que la pregunta no tuviese nada que ver con Peter y aprovechando para tomar un sorbo de limonada en un intento de recuperar la calma.

–¿Me harías el honor de ser mi esposa? –le dijo Angelo con mucha solemnidad.

A Flora se le atragantó la limonada. Se puso a toser y Angelo tuvo que darle unas palmaditas en la espalda. Luego lo miró sin dar crédito a lo que acaba de escuchar mientras se secaba los ojos con un pañuelo. ¿Lo había entendido bien? ¡Le estaba pidiendo que se casara con él! Después de semanas y semanas de convivir bajo el mismo techo, sin tener el más mínimo contacto, de pronto le pedía que fuera su esposa. No podía entenderlo. Aturdida, lo miró fijamente a los ojos y comprendió por su expresión que no estaba bromeando.

–Yo… yo…

–Me parece que te ha sorprendido mi proposición.

–Sí, la verdad es que… no me esperaba una cosa así– replicó ella sin saber muy bien en aquel momento dónde tenía la cabeza y dónde los pies.

Angelo se sentó en una silla junto a ella y la tomó una mano.

–Me sentiría muy orgulloso de que fueras mi esposa.

–¿Aunque creas que soy una cazafortunas? –dijo ella, apartando suavemente la mano.

–Sólo un estúpido que no te conociera como yo ahora podría pensar una cosa así de ti... Y yo no soy un estúpido, amor mío.

Pero Flora no se dio por satisfecha a pesar de esas buenas palabras.

–Me parece muy bien que hayas cambiado de opinión sobre eso, pero ¿por qué has tardado tanto en decírmelo?

–Te veía tan susceptible, que me parecía que el tratar de reabrir el asunto sólo conseguiría empeorar las cosas. Tengo que reconocer que no se me da bien aceptar mis errores.

–No tienes arreglo, Angelo. Eres tan testarudo como una roca –replicó Flora.

–Reconozco que debería haber comprobado mejor todo lo que sucedió en tu caso, pero no me pareció importante cuando te conocí. Cometí un error dando por sentado ciertas cosas y dejándome llevar por un juicio precipitado.

–Me sentí muy mal cuando me di cuenta de que habías tenido

desde el principio tan mala opinión de mí –admitió Flora con tristeza.

–Por si te sirve de consuelo, llevé a cabo algunas investigaciones con posterioridad –dijo Angelo muy serio–. Alrededor de año y medio después de marcharte de la empresa en la que trabajabas, Marvin Henshall fue despedido tras abrírsele un expediente disciplinario por la denuncia de acoso sexual interpuesta por una nueva empleada.

Flora lamentó que hubiera habido otra mujer víctima de aquel hombre depravado, pero se sintió satisfecha de saber que las alegaciones que se habían hecho contra él habían logrado finalmente hacerle pagar sus delitos.

–No sabes cuánto lamento lo que has debido sufrir. Me costó mucho llegar a darme cuenta de que estaba equivocado, que decías la verdad –dijo Angelo muy serio–. Fue injusto por mi parte no darte la oportunidad de defenderte. Mi única disculpa es que veía que nuestra relación no pasaba por un buen momento y tenía miedo de que se rompiera definitivamente.

–¿Porque estaba embarazada?

–Lo del embarazo influyó también en mi decisión, lo reconozco –replicó Angelo muy sereno–. Pero antes de eso, sólo me interesabas tú, y, desde el principio, deseaba que mi relación contigo fuera mucho más de allá de aquel simple encuentro en la casa flotante.

Flora lo miró emocionada al escuchar esas palabras.

–¿Lo dices en serio? ¿De verdad querías seguir conmigo?

–¡Dios mío! ¿Cómo quieres que te lo diga? ¿No te pedí en seguida que fueras a pasar un fin de semana conmigo? Claro que quería seguir contigo. ¡Aquella tarde en la casa flotante, sentí a tu lado algo que nunca había sentido en toda mi vida! –exclamó Angelo con mucha convicción–. Todo me parecía diferente. Tú y yo éramos también diferentes cuando estábamos juntos, aun cuando estuviésemos discutiendo. Nunca había sentido una sensación así con una mujer.

–Pensé que tu único interés por mí era por estar embarazada.

–¡Qué cosas se te ocurren! ¿Por qué iba yo a pensar una cosa así? –dijo Angelo sonriendo, pero algo molesto porque Skipper no hacía más que dar vueltas alrededor de sus pies con una pelota.

–Porque, como padre de los trillizos, te sentías en la obligación de cuidar de mí.

–Yo nunca te habría ofrecido compartir mi vida si no te hubiera querido por ti misma.

Flora se apoyó las manos en los brazos de la tumbona y se puso de pie. Se calzó los zapatos y caminó un par de pasos pensativa. Le seguía costando creer que él la quisiese realmente y su orgullo de mujer no le permitía aceptar a un hombre sólo porque él creyese que era su deber.

–Aquel día que la doctora Ellwood nos comunicó que estaba embarazada, yo no quise aceptar tu ayuda. Pensé que me lo decías

sólo porque te sentías en la obligación de hacerlo.

–Yo quería y deseaba ayudarte y estar a tu lado, pero tú te pusiste imposible. A veces me molesta que seas tan orgullosa y antepongas tu sentido de la independencia a todo lo demás –dijo Angelo con toda franqueza.

–¡Menuda mujer independiente que estoy hecha! Lo que soy es una aprovechada que he estado viviendo a tu costa durante meses –exclamó ella muy vehemente–. ¿Dónde ves tú la independencia en eso?

–Eso no es verdad, tú no eres una aprovechada. Has estado viviendo en mi casa sí, pero, ¿cuándo has salido a comparte algo? –dijo Angelo a punto de perder la paciencia con Skipper, que no le dejaba en paz, pegado a sus pies con la dichosa pelota–. Parece como si te diera asco mi dinero… ¡No sé qué voy a hacer contigo…!

Flora le miró recelosa con sus ojos de esmeralda.

–¿Por qué me has pedido que me case contigo, Angelo?

–Créeme si te digo que tengo muy buenas razones para habértelo pedido.

–¿No será quizá porque vamos a tener que cuidar de cuatro hijos dentro de muy pocas semanas?

Angelo soltó una carcajada y su sonrisa irreverente pareció suavizar los varoniles rasgos de su rostro bronceado.

–No, no estaba pensando precisamente en eso.

Flora frunció el ceño desconcertada.

–¿No…? ¿Entonces…?

–No sé si tendría que avergonzarme por decirlo, pero la verdad es que sólo estaba pensando en ti y en mí.

–No, no es para avergonzarse, pero aún no has respondido a mi pregunta.

Angelo se agachó, agarró la pelota de Skipper y se la lanzó todo lo lejos que pudo. El pequeño terrier salió corriendo por el césped y se metió por un seto detrás del que había caído la pelota. Angelo siguió con la mirada al perro durante unos segundos y luego se volvió hacia Flora con ojos muy enigmáticos.

–Te he pedido que te cases conmigo porque tuve miedo cuando fuiste a reunirte con Peter. Mi intención era habértelo pedido después de que nacieran nuestros hijos.

–¿Tuviste miedo de Peter? –exclamó Flora con cara de incredulidad–. No lo entiendo. ¿Qué quieres decir?

–Creo que es obvio, ¿no? Tenía miedo de que al verle pudieran reavivarse tus sentimientos y decidieras irte otra vez con él –replicó Angelo con la mirada baja–. Sí, estaba… celoso, es verdad.

–¿De Peter? –exclamó ella sorprendida–. ¡Tú!, ¡celoso de Peter...! ¿Y con esta tripa que tengo? No lo entiendo.

–Con tripa y todo, aún enciendes mi pasión, amor mío –dijo Angelo con voz apagada, tomándole las manos y atrayéndola hacia sí–. ¿Por qué no ibas a poder encender también la suya?

–Por una razón muy simple... –dijo Flora vacilando un par de segundos antes de proseguir–. Entre Peter y yo nunca hubo ninguna encendida pasión, ésa fue la verdadera causa de nuestra separación. Pero… ¿Lo dices en serio? ¿Aún me encuentras atractiva a pesar de este aspecto?

–¡Por Dios, claro que sí! ¡Y mucho! –afirmó Angelo casi susurrándole en el oído.

Flora sintió un dulce estremecimiento al oír esas palabras. Aunque, sin embargo, no le parecieron lo suficientemente convincentes.

–Pero si ni siquiera me has dado un beso en todos estos meses

–Tú me pediste que te tratara como a una compañera de piso, ¿recuerdas?

–No lo dije en serio. Supuse que te pondrías a discutir conmigo, como haces siempre. Pero como no lo hiciste, pensé que te daba igual y que no le habías dado ninguna importancia.

–¿Cómo me iba a dar igual? ¿Crees acaso que soy de piedra? –exclamó Angelo muy emotivamente, acariciándole las mejillas con las manos y pasándolas luego suavemente a lo largo de su maravillosa melena pelirroja–. No te puedes hacer idea de lo duro que ha sido para mí verte todos los días y no poder tocarte.

–Yo…

Flora no pudo decir la siguiente palabra. Angelo la besó en la boca poniendo en aquel beso toda la pasión reprimida durante meses. Luego ella apoyó la cabeza dulcemente sobre su hombro para recuperar el aliento y sonrió secretamente. Ahora sí empezaba a creerle. Ahora sabía que había estado ciega, y por una vez se sintió feliz de saber que se había equivocado.

–Sólo con dormir en tu misma cama sería ya para mí algo maravilloso –afirmó Angelo con la voz entrecortada–. Sé que en la situación actual no podemos hacer más, pero con eso me conformo.

–Creía que el sexo era lo único que te interesaba de mí.

–Si me hubiera dado cuenta de que eras virgen y yo tu primer amante, habría sido más considerado. Sé que me comporté con cierta frialdad –confesó Angelo mientras se dirigía con ella hacia dentro de la casa–. Pero eso ya es historia. Lo importante es el presente, y sobre todo el futuro, y aún no me has dado una respuesta. ¿Querrás casarte conmigo?

–Dame una buena razón para hacerlo –dijo ella sintiendo aún un cierto cosquilleo del apasionado beso anterior.

–Te amo. Te amo tanto, que no puedo imaginarme la vida sin ti –respondió Angelo con tanta naturalidad como si se lo hubiese estado

diciendo todas las mañanas antes de irse al trabajo.

Flora volvió hacia él los ojos sorprendida.

–Pero me dijiste que esas cosas de amores y compromisos no iban contigo.

–Sí, quizá debería haber añadido… hasta que no encontrase a la mujer adecuada –replicó Angelo suavemente, pasándole la mano por la espalda–. Y tú, vida mía, eres sin duda esa mujer, mi media naranja. Yo tengo un carácter muy fuerte y tú tampoco te quedas atrás. Pero somos sinceros y creo que cada uno conoce ya del otro tanto sus virtudes como sus defectos… Los dos somos testarudos, orgullosos, impacientes…

–¿Por qué no dejas esa retahíla y me sigues hablando de amor? –le dijo Flora, tocándole cariñosamente el brazo con que el la llevada agarrada.

–Mandones, independientes, y a los dos nos gusta salirnos con la nuestra y decir la última palabra –prosiguió diciendo Angelo con una sonrisa irónica–. ¿Cuándo piensas darme la respuesta? Te estoy ofreciendo todo lo que deseabas.

–Lo estoy pensando –replicó ella con timidez.

Angelo metió entonces la mano en el bolsillo derecho del pantalón, sacó un pequeño estuche y lo abrió delante de ella.

–El anillo de compromiso.

–¡Oh! –exclamó Flora, viendo cómo la luz del sol, al incidir sobre aquel precioso anillo engastado de esmeraldas y brillantes, desprendía unos rayos de fuego verdes y cristalinos–. ¡Es el anillo más bonito que he visto nunca!

Al entrar en el recibidor, Angelo se detuvo y le tomó la mano para ponerle el anillo.

–¡No me va a entrar, Angelo! –se lamentó ella–. Tengo los dedos hinchados.

Angelo, que ya se había percatado de eso, le puso el anillo con mucha solemnidad en el dedo meñique.

–Me gustaría celebrar la boda en la misma iglesia en que se casaron mis padres.

–¿Cuándo? –le preguntó Flora poniéndose de puntillas para darle un beso en la comisura de los labios.

–Lo antes posible –contestó él mirándola apasionadamente con sus ojos de zafiro–. Te amo, vida mía…, te amo tanto, que no puedo esperar a casarme contigo para…

–Pero, ¡mira cómo estoy! ¿No has visto la tripa que tengo? –se lamentó ella.

–Se suponía que tenías que estar tumbada y descansando –le recordó Angelo impaciente subiendo con ella las escaleras.

Flora no podía aún creer que todos sus sueños se hubieran hecho

realidad en apenas unos minutos. Entraron en el dormitorio y dejó que Angelo la ayudara a tumbarse en la cama y le quitara los zapatos. Contempló una vez más el maravilloso anillo y luego miró a Angelo con una radiante sonrisa de felicidad.

–Yo también te amo –le dijo ella con algún retraso–. Llevo locamente enamorada de ti desde hace meses.

–¡Buena forma has tenido de demostrármelo, vida mía! –exclamó Angelo en tono de broma, echándose en la cama junto a ella y rodeándola tiernamente con sus brazos–. No sabes el miedo que tenía de que pudieras marcharte en cuanto nacieran los niños.

–Yo también tenía miedo de perderte, creía que estabas viendo a otras mujeres –Flora se dio entonces la vuelta y lo miró fijamente a los ojos, a unos centímetros de los suyos–. ¿Lo hiciste?

–No, vida mía, soy todo tuyo –dijo Angelo con una expresión llena de ternura en sus ojos azules mientras ponía suavemente las manos sobre su vientre–. No ha habido nadie más en mi vida, sólo tú.

Aquella afirmación tan categórica le llegó a Flora al alma. Sintió una inmensa felicidad y puso las manos sobre las suyas, deseando fervientemente que llegase pronto el día en que podrían hacer de nuevo el amor y experimentar juntos aquellos momentos de intimidad y placer de los que ya habían gozado. Pero por el momento le bastaba con el amor tan grande que veía que él sentía por ella.

–Me casaré contigo en cuanto esté todo dispuesto –le dijo ella suavemente, acariciándole los dedos con sus manos–. Yo tampoco puedo imaginarme ya la vida sin ti.

–De ahora en adelante –susurró Angelo con cara de satisfacción–, dormiremos juntos, abrazados. ¿Te has dado cuenta de que no hemos dormido nunca juntos una noche entera?

–Mmm…

La felicidad y el calor del cuerpo de Angelo la hacían sentirse tan a gusto, que producían en ella un efecto sedante más eficaz que cualquier medicamento. Flora se fue adormeciendo lentamente pensando que, como acababa de decir él, iban a dormir tranquilamente por primera vez los dos juntos.

Dos años después de aquella noche, Flora se estaba mirando muy detenidamente en el espejo de su habitación. Lucía un vestido de noche verde, bordado a mano, que sin duda habría costado una fortuna. Era un verde turquesa muy particular que le daba un brillo especial a su cara. El vestido tenía un corte que se adaptaba perfectamente a su cuerpo, resaltando sus seductoras curvas. Había estado trabajando duramente en el gimnasio los últimos meses para recuperar su figura, después de haber dado a luz felizmente a los trillizos.

Aquella noche tenía lugar la fiesta benéfica que Angelo celebraba

todos los años en su casa y había sacado para la ocasión todas las joyas de la familia para que ella las luciera. Flora llevaba una espléndida diadema de brillantes, una gargantilla y unos pendientes de oro que habían pertenecido en otro tiempo a la madre de Angelo. Cada vez que se movía, la luz de la habitación arrancaba reflejos de aquellas joyas.

–Estás espectacular…

Flora se giró para mirar al hombre que acababa de entrar y le sonrió cálidamente.

–¿Se han dormido todos?

–Naturalmente –respondió Angelo con una sonrisa de orgullo y satisfacción.

–No te creo. Seguro que están ahora saltando, tratando de salirse de la cuna –afirmó Flora con el pesimismo típico de una madre.

Ella adoraba a sus hijos, pero Joris, Rip y Hendrik era unos niños con mucha vitalidad y costaba mucho hacerles dormir por la noche. Mariska, a la que Flora y Angelo habían adoptado oficialmente el año anterior, hacía lo que podía para tener a raya a sus hermanos pero, cuando los tres diablillos de veintidós meses se ponían de acuerdo para armarla, no había forma humana de controlarlos.

–Tenían que estar muy cansados. Anke y Berna han estado jugando con ellos todo el día –dijo Angelo sin apartar la vista de Flora–. ¡Señora Van Zaal, está usted impresionante!

Angelo acompañó el cumplido tomándola de la mano y atrayéndola hacia sí. Flora se deshizo de él y levantó las manos en son de paz.

–¡Cuidado! Me vas a estropear el peinado y el maquillaje.

–¿Para qué quiero verte tan guapa si no puedo tocarte, vida mía? –exclamó él.

–No seas tonto y prepárate que tienes abajo a todos tus invitados esperándote –le dijo ella con una sonrisa seductora.

Flora dejó a Angelo y se fue corriendo por el pasillo a la habitación de Mariska. La vio dormida en su cama y retiró los cuentos que había sobre la colcha para que la niña no se despertara si se caían al suelo por la noche. La hija de Julie era una niña feliz, inteligente y llena de encanto y ternura. Había recibido, sin ningún recelo y con mucha alegría, la llegada de sus tres hermanos y le gustaba mucho ejercer su papel de hermana mayor con ellos.

Joris, Rip y Hendrik habían nacido por cesárea cuando Flora estaba en la semana treinta y tres de su embarazo. Los bebés habían pasado sus primeros días en la incubadora del hospital. Rip, el menor de los tres, había nacido con algunas dificultades respiratorias, pero había superado esos problemas y ahora tenía el mismo peso y aspecto que sus hermanos. Angelo y Flora habían contratado a Berna, la nueva

niñera, para que ayudase a Anke. Pues, a pesar de que Flora también les dedicaba mucho tiempo a sus hijos, toda ayuda era poca con aquellos cuatro niños pequeños tan llenos de vida.

El acto de esa noche era nuevamente en beneficio de los niños con trastornos cerebrales. Una causa a la que Angelo parecía ser especialmente sensible. En cierta ocasión en que Flora se había atrevido a preguntarle a Angelo quién era la tal Katja, se había enterado por fin de aquella trágica historia.

Katja había sido uno de las compañeras de instituto de Angelo. Tenía dieciséis años cuando resultó atropellada por un coche. Desde entonces, vivía en una clínica especializada porque su cerebro había quedado dañado seriamente y tenía la capacidad mental de un niño. Cuando los padres de Katja murieron, Angelo se encargó de que siguiera recibiendo los mismos cuidados. Iba a visitarla casi todas las semanas y le llevaba unos puzles de animales que le gustaban mucho. Flora, que le había acompañado muchas veces, veía el corazón tan generoso que tenía su marido y eso la hacía amarlo aún más, si tal cosa era posible.

Esos dos últimos años habían estado llenos de momentos felices y Flora había ganado mucha confianza y seguridad en sí misma. Guardaba muy buenos recuerdos de su boda celebrada en la intimidad, en la vieja iglesia local que estaba sólo a un kilómetro de Huis van Zaal. No le había importado lo más mínimo tener que haber ido con un vestido premamá de encaje, de color marfil, ni tener que haber regresado a casa para meterse en la cama a descansar después de la ceremonia. Lo único que realmente le había importado de todo había sido el amor y la ternura que había visto en los ojos de Angelo cuando le había jurado amarla y respetarla todos los días de su vida en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza… Cuando los niños tuvieron tres meses, se fueron al Caribe a disfrutar de una larga, aunque tardía, luna de miel. Bregitta Etten, viendo que no tenía ya nada que hacer con Angelo, había dejado de aparecer por aquella casa y no habían vuelto a saber nada más de ella.

Flora se detuvo en la puerta del cuarto de los niños. Parecían, en efecto, estar los tres dormidos. Había un silencio absoluto en la habitación, cosa muy poco habitual. Podía ver las tres cabecitas oscuras muy quietas, algo muy raro de ver durante el día, excepto cuando estaban tramando alguna travesura. Llamó a Skipper para que saliera de la habitación. El animal, que adoraba a los niños, se había acurrucado debajo de la cuna de Rip y se habría pasado allí tan feliz toda la noche si ella le hubiera dejado.

–Tengo una esposa muy bella y cuatro hijos maravillosos –dijo Angelo apareciendo detrás de ella y rodeándola con sus brazos–. Soy el hombre más afortunado del mundo.

Flora se giró y le miró a los ojos sintiendo en seguida el corazón desbocado en su pecho. Nunca le había visto tan atractivo. Se abrazó a él llena de pasión.

–Ten cuidado no te estropees el peinado y el maquillaje, vida mía –le dijo Angelo, con una sonrisa burlona, dos segundos antes de que ella lo besara apasionadamente con sus labios de color cereza.

–Más tarde… –susurró ella en un tono de promesa femenina, sintiendo el gran placer de poder leer en el rostro de Angelo el deseo aplazado que aquellas dos palabras habían producido en su corazón.

–Más tarde... –repitió él de mutuo acuerdo, mirándola fijamente y pasando sensualmente un dedo a lo largo de su escote, justo unos centímetros por encima de sus pechos, pequeños pero muy firmes y erguidos.

Ella sintió la boca reseca y la respiración entrecortada.

Angelo le puso la mano en la espalda para bajar con ella las escaleras e ir a saludar a los invitados.

–Supongo que te habrás dado cuenta de que estoy loco por ti.

–No sé, pero me gusta oírtelo decir –le dijo Flora con una sonrisa provocadora–. Después de todo, recuerda que yo también estoy perdidamente enamorada de ti.

–¿Sólo un beso? –le susurró al oído Angelo desde lo alto de la escalera.

Con un brillo perverso en sus ojos verdes, Flora se apartó de él con una risita victoriosa y bajó las escaleras con Skipper pisándole los talones.